UNA RONDA DEL TIEMPO

Juan Manuel Ramírez Pérez

Dedico este escrito a mis hijos Ana Isabel, Luis Augusto y Juan Manuel para que comprendan mejor de dónde provienen.

A mis padres que fueron, íntegramente, hijos de Pamplona donde nacieron y murieron amándola.

Y a, ella, mi ciudad natal – hoy casi toda destruida, -para recordar con afecto doloroso su pasado de gloria, sus sacrificios por la libertad de la Patria y su contribución a la educación de la juventud de Colombia y Venezuela.

*“Hicieron los hombres el tiempo
para darle nombre a cosas
de las que poco sabían:
la vida, el amor y la muerte
y el destino de conocer
que los actos son las huellas,
los huesos, la piel, la conciencia”*

Eduardo Cote Lamus
(ESTORAQUES)

Ese día, Portilla padecía una nostalgia confusa y sus pasos inseguros lo arrastraban por las calles repletas de estudiantes bulliciosos, pero él no oía nada como si llevara puestos unos tapaoídos, y tampoco veía a nadie porque su mirada estaba puesta en el confín intermitente de las baldosas del piso que lo conducían a su inmediato destino que era su propio abandono.

La zozobra de Portilla tenía una causa trillada: era la resaca de dos días de excesos de alcohol y marihuana porque cuando se agotaban los licores y cigarrillos, y los convidados se dispersaban entre las brumas del guayabo, Portilla bajaba desde su casa situada en la salida a Bucaramanga hasta el parque principal sin percatarse siquiera de que aquel era otro amanecer desperdiciado. Esa mañana comprendió que su alma estaba ligada de manera insoportable a esas calles repetidas diariamente, a las caras insensibles de sus vecinos, a los dedos añosos que lo señalaban, y fue cuando dijo para sí que iba a cambiar de rumbo lejos de esa ciudad inclemente.

En el trasegar de su alma de un lado a otro con la carpeta de sus caricaturas, Portilla sentía pasar las horas como ventiscas incesantes, y su pensamiento se aferraba a la buena suerte que habría de salvarlo algún día. Era un debate repetido cuando terminaban las intensas jornadas de farra con sus amigos en las que cada vez hablaban de lo mismo, soñaban con las ilusiones de siempre, y él caía en el abismo de su soledad repleta de miedos.

Al final de ese día, cuando empezaba a oscurecer y la ciudad se transformó en una ruidosa discoteca Portilla regresó a su casa. Pudo ver de nuevo las caras inexpresivas y los dedos que lo señalaban como si le marcaran el camino que debía seguir para alejarse de allí definitivamente. En la penumbra de su desolación lo asaltó de nuevo el recuerdo pertinaz de su infancia cuando era llevado a temperar en la casa de unas ancianas tías que vivían en Cúcuta.

Eran días felices para el niño que pasaba largas horas jugando con los más insólitos juguetes en las estancias solitarias de la casona. De viejos baúles arrumados en los rincones sacaba ropajes antiguos que no se usaron en muchos años, con los que se disfrazaba para representar las escenas de sus sueños fabulosos. En los enormes escaparates con espejos de cristal de roca encontraba alhajas de fantasía, portarretratos de vidrios rotos, incompletos utensilios para comer, todo aquello con lo que armaba imaginarios almacenes en los que él era el vendedor y, a su vez, el único comprador que regateaba los precios como lo veía hacer en la plaza de

mercado de Pamplona. Con los innumerables estuches vacíos que aparecían de una manera prodigiosa en esos armarios con olor a naftalina Portilla armaba una tienda en la que se refugiaba para huir de las llamadas insistentes de sus tías para que las ayudara en los oficios detestables del aseo.

Una mañana, esculcando aquí y allá, encontró un pesado cofre que con mucho esfuerzo pudo sacar de la gaveta más alta y, al abrirlo, vio unos rodetes dorados con los que jugó un largo rato construyendo pequeñas torres que él mismo desbarataba simulando terremotos repentinos. En una de esas catástrofes, uno de ellos rodó hasta la rejilla del sifón del baño y desapareció de improviso ante la fascinación del niño que creyó haber visto cómo ocurrían los milagros en esa casa embrujada. En adelante, siguió impulsando los rodetes una y otra vez para que se perdieran en el misterioso enrejado y, cuando todos se habían esfumado, pasó inadvertidamente a otros juegos con las antiguallas que descubría.

Unos días después, una de las tías, furibunda, lo buscó para que le dijera si él había robado las morrocotas que las ancianas guardaban desde cuando tuvieron que salir de Venezuela tras la muerte del dictador tachirenses Juan Vicente Gómez. El niño aterrado ante la furiosa reprimenda no supo qué responder por el miedo de recibir un castigo, pero la mujer adivinó que él había sido el ladrón. Lo llevó a rastra hasta la cocina y le puso las manos sobre el fogón ardiente para que dijera dónde tenía ocultas las monedas de oro. El niño, sufriendo las quemaduras en sus manos, gritó que no las tenía, pero, que él sabía que en esa casa había espantos que se llevaban las cosas mágicamente. Nadie supo jamás a dónde habían ido a parar las morrocotas y, Portilla, mostrando las cicatrices de la tortura, asegura que desde entonces abomina el oro, pero que si alguien lo ambiciona él le puede indicar dónde lo depositó impulsado por algún espíritu burlón que quiso castigar con saña la avaricia abominable de sus tías.

Había llegado diciembre y, como las lluvias pamplonesas se habían retrasado, en las madrugadas la neblina todavía estaba detenida sobre el poblado y se engarzaba en los matorrales de las laderas como el algodón de los pesebres. Todos deseaban ver el cielo azul sin nubes para empezar a vivir la ilusión decembrina, mas, la estación de las lluvias tenía todo detenido y una humedad helada se pegaba a las mejillas enrojeciéndolas con un carmín nativo. Había un hálito de melancolía que se podía ver en los rostros adustos, en las vitrinas sin adornos navideños, en los lánguidos árboles del parque.

El paisaje de Pamplona tiene la breve perspectiva de las montañas que la rodean por todas partes; las enormes moles se asoman al poblado como vigilantes

milenarios de la paz que se respira en el pequeño valle que es un milagro de la cordillera.

El centro de la ciudad tiene el trazado de la época colonial, del cual sólo quedan algunas edificaciones porque la mayor parte fue derruida para levantar nuevas construcciones de una arquitectura casi siempre inferior. El panorama urbano es un revoltijo desapacible de casas y locales casi todos destinados al comercio que ha invadido de una manera desordenada a la ciudad, y el clima de indolencia va arrasando el poco patrimonio histórico sobreviviente. ¡Es el progreso!, afirmó orgulosamente el dueño de un próspero negocio de materiales para la construcción.

La Calle Real comunica el parque Águeda Gallardo con la Plazuela Almeida, y es la más concurrida de todas. Desde siempre, los habitantes la recorren de un lado a otro en un interminable desfile de caras conocidas. Una de éstas es la de Meneses, el poeta popular que ha retratado en sus coplas irónicas a los lugareños más conocidos. Él es un hombre de pocas palabras que se expresa mejor en sus escritos publicados artesanalmente y que circulan en los sitios más concurridos. Son páginas anónimas que, sin embargo, todos saben que son de su autoría. Por ellas ha recibido enfurecidas reprimendas de sus víctimas y una que otra paliza, pero nada lo amilana porque su insistencia en ridiculizar a los otros es una irrefrenable vocación que ejerce desde la adolescencia.

Aquella mañana vio pasar a Portilla con quien tiene una rivalidad vieja, y le pareció que su abstracción y el rostro demacrado revelaban que sufría alguna enfermedad. Bien merecida la tiene, pensó. Pero no se ocupó de él. Caminó rápidamente y entró al café de la esquina para reunirse con sus contertulios habituales y, como todas las mañanas, permaneció allí hasta el mediodía criticando con sorna a quienes eran mencionados en esas conversaciones cotidianas.

Las costumbres de los pamploneses son rutinarias y circunscritas al ámbito reducido del centro urbano. Como todo es cercano, actúan con una calma descansada que les permite abrir los almacenes después de las nueve de la mañana, y cerrarlos con toda tranquilidad a la hora del almuerzo. Después del mediodía, sólo se reabren desde las dos hasta las seis de la tarde. En la calle, el encuentro con cada conocido desata largas conversaciones mientras el tiempo pasa al ritmo lento del reloj de la catedral que marca las horas con el repique parsimonioso de su vetusto carrillón.

En las afueras del poblado la vida sigue siendo rural. De los campos cultivados todavía bajan recuas de cabalgaduras con los productos de la tierra, y los arrieros se estacionan para negociar sus artículos en las tiendas de toda la vida. Allí, en las mañanas frías desayunan con arepas de trigo y café negro colado con panela; y a

la hora vespertina del regreso beben cervezas tibias. Mientras los campesinos charlan con palabras cortas y secas, las bestias descansan en hileras pacientes como si el tiempo se hubiera detenido en las veredas antes de la llegada del automóvil.

Años atrás, en mayo de 1962, estalló el primer paro cívico del pueblo pamplonés como consecuencia del alza de las tarifas del servicio de agua que ordenó Acupamplona, la empresa que administraba el acueducto municipal. Fue una asonada memorable puesto que no había ocurrido un movimiento ciudadano tan grande desde el 4 de julio de 1810 cuando se dio el grito de independencia. La ciudad reemplazó su placidez centenaria por días de agitación, y una alborozada multitud se tomó las calles y bloqueó las carreteras que atraviesan el poblado. Había una mezcla de fiesta y de protesta que hacía estrepitoso el movimiento. Se levantaron barricadas con muebles viejos, bicicletas en desuso, tablones de maderas y alambres de púas donde ondeaba la bandera de la ciudad de franjas amarillas, blancas y rojas, y en las jornadas de guardia para impedir el paso de los vehículos los adultos cantaban el himno de Pamplona y los muchachos gritaban “abajos” a los opresores del pueblo.

Un debate soterrado se suscitó entre los habitantes porque la estridente agitación popular era descalificada por quienes consideraban inadmisibles ese insolente desorden. En tanto que los amotinados recorrían las calles con su algarabía, los encopetados críticos se reunían a hurtadillas en las casas más distinguidas a desaprobando el paro cívico relatando con furia los más desfachatados episodios.

Meneses, uno de los jóvenes más entusiastas del alzamiento, advertido de la conspiración, resolvió espiar las reuniones de los opositores y fue consignando sus críticas y burlas en extensas coplas hirientes. Los anónimos se esparcieron vertiginosamente entre los amotinados que, en las barricadas, las recitaban en voz alta entre vulgares carcajadas; y llegaron en copias clandestinas a los opositores que en las casas distinguidas leían en voz baja con una enorme indignación: El asunto podía pasar a mayores.

Por fin, el paro cívico terminó con el triunfo de haber logrado la rebaja de las tarifas del agua, y el único ajeteo que sobrevivió fue el juicio por injuria y calumnia que se le siguió a Meneses por la denuncia que formuló una de las furiosas damas satirizadas en sus versos.

El juzgado penal funcionaba en el segundo piso de la Casa de Las Marías, al que se subía por unas amplias escaleras usadas desde la época colonial. El magnolio del patio estaba lleno de grandes flores blancas que aquella mañana aromaban más

que de costumbre. Reinaba una gran expectativa en la casona, y los empleados judiciales se asomaban a cada rato a los balcones para ver llegar al reo, hasta cuando apareció Meneses en medio de su abogado de oficio y de un pariente cercano. Iba pálido, ataviado con un traje azul y una corbata roja que hacían más notoria su blancura, y como era menor de edad, se le asignó un curador *ad litem* que lo esperaba en la puerta del juzgado con evidente nerviosismo, en tanto que la sala de audiencias se había repletado de curiosos como no ocurría sino en los casos de extraordinaria importancia.

Cuando entró la comitiva, un murmullo sostenido se prolongó, y la jueza exigió silencio haciendo sonar su campanilla para dar comienzo a la audiencia. Después de los rituales iniciales del proceso ordenó al acusado ponerse de pie.

- ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? - preguntó la funcionaria con severidad.

- ¡No! –respondió Meneses.

- ¿Por qué no? – inquirió la jueza con asombro.

- Porque yo soy ateo y no puedo jurar.

Aquella insólita respuesta produjo una enorme confusión y fue necesario suspender la audiencia para consultar si de acuerdo con la legislación vigente era posible continuarla sin que el declarante prestara el juramento de rigor. Al fin, se reanudó dejando constancia en el acta del delicado asunto.

Se le preguntó, luego, si sabía la razón por la cual había sido llamado a juicio, a lo que respondió que no estaba seguro, pero él creía que era por una calumnia.

- ¿Y puede decir a quién ha calumniado?

- No, la calumnia es contra mí porque yo no he hecho nada indebido.

Las respuestas de Meneses eran celebradas por la audiencia con sonoras risotadas que encolerizaron a la jueza que ordenó repetidas veces que se guardara silencio so pena de ordenar el desalojo de la sala.

Enseguida se le dio a conocer un escrito que contenía las coplas objeto del denuncia, y la jueza preguntó si las conocía. Respondió que sí. Y cuando la

funcionaria le ordenó que dijera si era el autor de esos versos, Meneses aseguró que él no era, pero que sí conocía la imprenta donde se habían publicado.

- ¿Y cuál es la imprenta?
- La del señor Rincón – afirmó Meneses.
- ¿Y usted por qué lo sabe?
- Porque yo ayudé a levantar el texto en los chibaletes de la tipografía.

Ante estas aseveraciones, el juzgado ordenó hacer un careo entre Meneses y el señor Rincón para aclarar el asunto, y se levantó la audiencia para continuarla con la comparecencia de los dos declarantes.

En los días del paro, cuando Meneses tuvo listo el manuscrito de las coplas, buscó al señor Rincón en su tipografía para rogarle que le imprimiera gratuitamente cien ejemplares. Éste, que estaba de acuerdo con el paro, leyó el escrito y dudó en hacerlo por lo fuerte de las burlas. No obstante, resolvió que lo haría, pero sin poner el pie de imprenta para evitarse problemas. Tampoco las coplas llevarían la firma del autor y, por tanto, la publicación sería clandestina. Meneses ayudó al levantamiento del texto que, entonces, se hacía escogiendo en las cajas de madera los tipos de plomo de cada letra y ordenándolos al revés en la bandeja metálica del armador para preparar, después, las planchas que se instalaban en la prensa de imprimir. Cuando salía la primera prueba, era inevitable hacer correcciones bien fuera por errores de ortografía o porque había letras cambiadas, puesto que al devolverlas a las cajas muchas veces se ponían equivocadamente en el cajón de otros tipos. Meneses corrigió el texto para ahorrarles trabajo a los tipógrafos.

En la audiencia de careo el señor Rincón afirmó que Meneses era el autor y, como prueba, contó que fue éste quien levantó los textos e hizo las correcciones. El poeta replicó que solamente había ayudado por solidaridad con Rincón, y que había hecho las correcciones porque encontró errores. Además, aseguró que él podía hacer unas coplas mejores que las redactadas por el tipógrafo.

El señor Rincón, enfurecido, tomó una de las hojas impresas e imprecó a Meneses reclamándole cómo podría negar ser el autor de las coplas que, de inmediato, leyó con gran entonación:

Eché fuera los obreros
Margarita Sandoval.
¿A esos pobres panaderos

por qué los trató tan mal?
 ¿Quién le bate los panderos
 solterona angelical?
 Alfonso Pérez Hernández
 alcalde de la ciudad
 es el bobo entre los grandes
 pues no tiene autoridad
 y a lo ancho de los Andes
 gritaba piedad, piedad.

Don Luis Ramírez, "Lerato,"
 es un pobre concejal...
 no pudo ser ingeniero,
 debió ser por animal
 y tapa como hace el gato
 su trayectoria bestial.

Es don Víctor Peñaloza
 el microbio de un violín,
 tiene la piel carrasposa
 y el pelo de cuerpo espín.
 Su presencia es fastidiosa
 como babosa en jardín.

- ¿Ve que es verdad? –dijo Meneses- Las coplas las hizo él porque se las sabe a la perfección.

La secretaria que levantaba el acta preguntó, temerosa, si podía transcribir lo que decía el acusado. La jueza, disgustada, refunfuñó que obviamente debía hacerlo, y cerró el caso porque no halló pruebas suficientes para demostrar que el acusado era el autor de las coplas anónimas. Enseguida, levantó la audiencia dando un fuerte manotazo en la mesa.

Los asistentes estallaron en una feliz algazara y levantaron en hombros a Meneses para llevarlo en procesión hasta el templete del parque principal. Allí, tomó la palabra Portilla quien había sido otro de los más animados protagonistas del paro, y elogió el valor del poeta y lo proclamó un héroe. Dijo que en ese sitio debía colocarse una placa en la eternidad del mármol de Mutiscua para que se perpetuara la memoria del triunfante alzamiento popular con esta inscripción:

Recuerdo

*del Primer Paro Cívico
del pueblo pamplonés.
1962 mayo 21,22 y 23*

En la época en que había dos salas de cine en la ciudad, Portilla era un asiduo espectador y no faltaba a la proyección de muchas películas, buenas o malas, en los teatros Jáuregui y Santa Cecilia. En los días ordinarios de la semana había funciones vespertinas y nocturnas, y en los domingos y días festivos había, además, proyecciones matinales. Y como él asistía a casi todas, eso le permitió conocer las intimidades de los establecimientos y tener la confianza suficiente para sugerir que se presentaran cintas de mejor calidad.

Se emocionó cuando vio por primera vez a Marilyn Monroe en “El Príncipe y la Corista”; seguía con buen sentido crítico las actuaciones de Gary Cooper, Burt Lancaster, Humphrey Bogart, Eduard G. Robinson o Jean Paul Belmondo. Era fanático de Anthony Quinn. Le encantaban los senos turgentes de Sophia Loren y los cuerpos voluptuosos de Christine Kauffman y Elsa Martinelli. Se fascinaba con las películas de Tony Curtis, Kirk Douglas y Yul Brinner y, como muchos de los jóvenes de la época, llegó a enamorarse de Claudia Cardinale.

Cuando se proyectó en el Santa Cecilia “La Dolce Vita” dirigida por Federico Fellini que muestra a través de un reportero - Marcello Mastroiani - excitantes noches y amaneceres de la Vía Veneto de Roma, y describe con deleite un baño nocturno de la voluptuosa Anita Ekberg en la Fontana de Trevi, el obispo de Pamplona prohibió que esa sala llevara el nombre de una santa y, desde entonces, ordenó llamarlo solamente Teatro Cecilia.

Don Alejandro Jáuregui, el fundador del teatro que lleva su apellido, fue sepultado secretamente junto a la casita que le había sido construida años antes en el fondo del lote donde se levanta el edificio. El sepelio, efectuado con una elemental ceremonia impía, fue hecho por su socio acompañado del sepulturero a quien le pagó cincuenta pesos para que mantuviera en secreto la inhumación del cadáver, oculto en el ataúd que nunca se abrió; y de Portilla, el más constante de los cineastas a quien se le pidió ayuda en esa lastimera tarea. Nunca más se supo el sitio donde quedó enterrado el cuerpo de aquel hombre que desapareció de Pamplona sin dejar rastro, y que pasó a ser una leyenda desde el día que tomó un rumbo desconocido sin que nadie supiera la causa de su extraño proceder.

Se llegó a decir que don Alejandro huyó porque había matado a su rival en un ataque de celos; también, que se había suicidado presa de una depresión incurable. Algunos afirmaron que había muerto de repente y, otros, que fue asesinado por

alguien cercano a él. En definitiva, sus últimos años y el día de su muerte fueron desconocidos para los pamploneses que dejaron sin resolver el enigma de quien logró cambiar con el cinematógrafo las costumbres de la tranquila ciudad, y que siguieron acudiendo a las funciones del teatro sin preocuparse por la suerte del adelantado empresario. Varios habituales asistentes llegaron a creer que su alma en pena rondaba por las instalaciones del teatro, y que observaba a los espectadores para examinar sus expresiones durante las escenas más emocionantes de las películas que se exhibían.

El señor Jáuregui fue un hombre emprendedor perteneciente a la clase dirigente de la ciudad de la cual fue alcalde y concejal, y que resolvió traer a Pamplona la magia del cine. Con la tenacidad que desplegaba en todas sus acciones se empeñó en importar de los Estados Unidos una proyectora marca Simplex que llegó a la ciudad a lomo de mula, y el 4 de julio de 1922 inauguró el Teatro Jáuregui.

La sala de cine inició actividades en el local de la panadería que don Alejandro había abierto hacía varios años, en la que adaptó un telón y unas sillas para presentar películas solamente de noche porque durante el día se continuaba atendiendo la venta de pan y colaciones. Desde el comienzo se establecieron tres categorías de espectadores que se distinguían por las características de los asientos: Para la clase baja eran los bultos de harina de fabricar los amasijos; para la clase media había sillas metálicas plegables, y para los más distinguidos asistentes se sacaban poltronas abullonadas. El sitio también se convertía, en salón de baile en las fiestas patrias o en las novenas decembrinas.

La forma de anunciar las funciones era con pregoneros quienes, dirigidos por un capitán, proclamaban a través de una bocina de latón las virtudes de las películas que se proyectarían ese día. Además, en las principales esquinas se instalaban carteleras escritas a mano con tizas de colores, y en el teatro había una sirena de ferrocarril que indicaba el comienzo de cada función con tres toques continuos.

El edificio, que aún existe, se comenzó a construir mediante un ingenioso sistema que consistió en ir rodeando con paredes exteriores el antiguo local sin entorpecer el negocio de la panadería ni las proyecciones. Don Alejandro había contratado como diseñador y constructor a su amigo Luis Villas, que se hizo su socio adquiriendo cuatro de las veinte acciones de la sociedad y que, a la postre, hábilmente se convirtió en su único heredero.

El verdadero nombre de Villas era Luis Francisco Villamizar Villamizar, pero decidió cambiarse el nombre, según afirmaba él, para que no lo confundieran con un clérigo

de mala fama por sus costumbres inmorales. No obstante, también se decía que lo hizo para evadir un proceso judicial en su contra usando otra identidad.

Luis Villas le dio al edificio las características del Art Deco en boga durante las décadas de 1930 y 1940, con una fachada rectilínea que culmina en una torre iluminada con bombillos de colores, y se adorna con una cornisa que permite a los compradores de los boletos refugiarse de las lluvias recurrentes o del sol picante del mediodía. El estilo de la construcción era una novedad en la colonial Pamplona que recibió un ejemplo de modernismo que influyó hondamente en la vida urbana.

Un pequeño recibidor distribuye las entradas a la platea principal y a los balcones del segundo piso a los que se sube por una amplia escalera, mientras que a la galería de la tercera planta se accede por otra angosta escala lateral. El teatro tiene una capacidad para quinientos espectadores, pero en ocasiones especiales se llegaban a acomodar hasta setecientos con bancos de madera colocados en los pasillos de la platea. Para dar a la sala la acústica apropiada se instalaron costales de fique en el cielo raso y en los muros, que todavía se conservan. Un vendedor con linterna en mano pasaba entre las hileras de sillas vendiendo cigarrillos, caramelos y crispetas, e interrumpiendo los furtivos romances que se vivían en la penumbra de las presentaciones. Como dato curioso, en el teatro se permitía fumar, y a pesar del peligro que significaba esta costumbre considerando los elementos de la construcción que podían arder fácilmente, nunca ocurrió un incendio en sus instalaciones.

Numerosas compañías de danzas, teatro, ópera y zarzuela que desembarcaban en Maracaibo y, aguas arriba por el Río Zulia llegaban a Cúcuta, subían a lomo de mula hasta Pamplona rumbo a Bucaramanga, para presentarse en el Teatro Jáuregui. Es difícil saber cómo se financiaban esas empresas para ofrecer sus funciones al reducido público pamplonés, que llegó a disfrutar de espectáculos reservados a las ciudades capitales. Fue el esfuerzo de los dueños del teatro el que permitió contar durante muchos años con esas exhibiciones.

Mientras el teatro presentaba las películas más afamadas del cine mexicano, y las canciones de Jorge Negrete, Pedro Infante, Agustín Lara y José Alfredo Jiménez emocionaban al público pamplonés; y las figuras de Arturo de Córdoba, María Félix, María Antonieta Ponds y Sara García poblaban la imaginación de jóvenes y mayores, una terrible noticia ensombreció la vida de don Alejandro Jáuregui: Estaba contagiado de lepra. Aquella tragedia cambió para siempre su existencia porque las estrictas normas sanitarias de entonces obligaban a los enfermos del mal proscrito a internarse en un leprosorio. Don Alejandro tenía que abandonar su casa para ir a convivir con quienes tenían allí una prisión perpetua. La sentencia era inapelable.

El encargado por el gobernador del departamento de cumplir la penosa tarea de recluirlo fue Luis Villas, quien por la época era congresista por el Partido Liberal y tenía directa injerencia en todos los nombramientos gubernamentales de la provincia. Empezaron el viaje por carretera hasta Contratación, en Santander, pueblo destinado a ser el leproso del oriente colombiano, y al final del tormentoso itinerario hicieron la tramitación formal del ingreso del enfermo. Después, utilizando su influencia y su dinero, Luis Villas regresó a Pamplona con don Alejandro.

Fue cuando mandó a construir la pequeña vivienda en el lote trasero del teatro donde instalaron una mesa de billar y diversos juegos de mesas, con los cuales se distraía el desdichado paciente en compañía de unas pocas personas de su absoluta confianza para evitar que alguien pudiera informar que vivía fuera del lazareto. Aunque era un lector persistente y recitaba de memoria pasajes del Quijote y de la Ilíada, nunca volvió a abrir la Biblia para no encontrar los crueles episodios de leproso porque decía que Dios lo había condenado injustamente a sufrir un infierno en vida.

En cuanto avanzaba la enfermedad e iba perdiendo el sentido del tacto, don Alejandro, sumido en la tristeza, se resistía a morir y se las arreglaba para presenciar los espectáculos de su teatro. Cuando las luces se apagaban para dar comienzo a la proyección de las películas, él se ocultaba detrás de la pantalla para verlas sin que se advirtiera su presencia. Mas, si la cinta era hablada en otro idioma, tenía que usar un espejo para leer, a través de él, los letreros de la traducción que se veían al revés desde donde se ubicaba el incógnito cineasta.

Durante las presentaciones de las compañías que llegaban al teatro, se ubicaba en la parte alta de la tramoya para mirar el escenario, y en esas ocasiones vestía frac y sombrero de copa o smoking según la categoría del espectáculo. En más de una ocasión, alguna actriz creyó ver que desde lo alto de la sombría techumbre le sonreía un fantasma. Don Alejandro también, se ingenió un sistema para ver desnudarse a las actrices a través de agujeros abiertos estratégicamente en las paredes de los camerinos cuando ellas se preparaban para salir al escenario,

Al fin, don Alejandro murió sin haber salido jamás de su propiedad durante los años de la penosa dolencia. Fue una enfermedad ignota y una muerte incierta para los pamploneses, ignorantes de que siempre estuvieron acompañados por quien les abrió con el cinematógrafo el horizonte de un mundo antes lejano detrás de la enorme muralla de la cordillera.

El aguacero interminable de aquella tarde cubría de un gris espeso la callejuela a donde daba la pequeña puerta trasera del lote del teatro. El torrente que corría por la mitad de la vía impedía caminar por ella a menos que se hundieran los pies en el agua amarillenta que arrastraba papeles y hojas secas. No había persona alguna por los alrededores, y la humedad fría se metía hasta las estancias más recónditas.

Serían las cuatro de esa oscura tarde, y los bombillos de luz rojiza empezaban a encenderse en los postes de madera. Por allí, bajo la lluvia pertinaz y después de terminar el triste oficio de enterrar a don Alejandro, el sepulturero, que llevaba en un maletín de lona sus herramientas fúnebres, fue despedido por una mano enguantada. Aquella mano misteriosa cerró silenciosamente la diminuta puerta de madera que a los pocos días fue cancelada y tapiado su vano con adobes fabricados con barro y paja en un chircal vecino. Esa noche, como si nada extraño hubiera ocurrido en la intimidad del Teatro Jáuregui, se dio la función habitual a la que Portilla asistió sumido en la más amarga soledad.

La iglesia de San Juan de Dios, la capilla del antiguo hospital frente al almotacén estaba repleta de quienes esperaban ansiosos el concierto programado para conmemorar la fundación de Pamplona. Grandes floreros con gladiolos coloridos adornaban el altar, y la luz cálida de las lámparas colgantes le daban al recinto un esplendor sorprendente. Junto al piano de cola que iba a tocar el maestro Ciro había dos sillas para los ejecutantes del tiple y el contrabajo, los acompañantes del pianista.

La presentación musical que se anunciaba incluía las composiciones “Fita Chiquita”, “Pamplona” y “El Tato” de Oriol Rangel; “El Inmortal” y “A mis Colegas” de Víctor M Guerrero; “Geñita” de Rodrigo Mantilla, y Ocañerita de Rafael Contreras y Alfonso Carrascal. Era una muestra sin par de la música norte santandereana.

Cuando aparecieron los tres profesores y saludaron con una elegante venia, el público les correspondió con un aplauso cerrado que desató en los intérpretes una gran emoción. Para dar inicio al recital, Meneses, quien oficiaba de maestro de ceremonia, leyó el programa y la brillante hoja de vida de cada uno de los intérpretes.

Ciro, que frisa hoy los cincuenta años, es profesor de piano de la Universidad de Pamplona, y su cátedra está orientada a la enseñanza de la música andina colombiana que ha sido su obsesión desde cuando inició sus estudios en la Escuela de Música Ramón González Valencia. El caserón de la escuela sería su segundo hogar, y allí descubrió el piano, el aparato que para él es el más maravilloso creado sobre la faz de la tierra. Su magia cautivó mis sentidos, mi corazón y mi ser, solía repetir en las noches de bohemia cuando departía con sus amigos, hasta el amanecer. Desde entonces mi vida ya no tuvo otro sentido; fue descubrir esferas superiores, una locura que me embriaga y me arranca de las garras de la mediocridad, afirmaba en el apogeo de sus confesiones desatadas en los continuos brindis de la tertulia pertinaz.

Ciro recordaba con afecto, a pesar de sus rabieta, al maestro Carlos Rey quien le dio las primeras lecciones entre coscorriones y machucones en los dedos. Sabía que en la escuela de música habían sido profesores Gerardo Rangel, el padre de Oriol Rangel Rozo; Luis Chacón Hernández, un prestigioso abogado y organista de la catedral; el maestro Manuel Espinel Calderón; Manuel Vera el mejor intérprete de tuba de Pamplona; Carmen Chacón, María Ramírez Torres, Cruz Delina Jáuregui y

Tristán Arbeláez. En su alma adolescente, alumno sentía el orgullo de seguir sus pasos, y soñó interpretando en un concierto formal, como el de esa noche, la música que varios de ellos compusieron.

En la Escuela de Música había dos pianos de Marca Pleyel para el aprendizaje, y uno, de fabricación argentina, que se usaba solamente para las presentaciones de gala. Las primeras partituras que se seguían en la enseñanza eran las que el propio profesor Rey transcribía de su puño y letra para que, en arreglos elementales, pudieran ser interpretadas por los pequeños alumnos.

En 1982 Ciro conoció a Ruth Marulanda, la magnífica pianista a quien recuerda como uno de sus mejores profesores. Con ella empezó una nueva etapa en el estudio del piano y de la música colombiana, que le imprimió un nuevo y fascinante rumbo a las lecciones que recibía una vez por semana en Bogotá.

Al cabo de esforzados estudios iniciados en 1987, Ciro se graduó con honores en la Universidad Pedagógica de Bogotá. Su grado fue el pináculo de su pasión por las interpretaciones maravillosas de Oriol Rangel, a quien siguió desde jovencito en las grabaciones de la Antología Musical de Colombia; en los discos de acetato que conseguía con mucho sacrificio, y en los programas del Grupo Nocturnal Colombiano de la Emisora Nueva Granada de Bogotá. Precisamente, su trabajo de grado fue una biografía de Oriol Rangel complementado con un recital de obras del consagrado pianista.

Ciro es un hombre sencillo y sentimental, que ha sido invadido por la melancolía porque siente que la música que él interpreta con virtuosismo es desconocida por los jóvenes que ya no se interesan sino por los ritmos extranjerizantes. Lucha en su interior contra los olvidos de una sociedad que se está alejando de sus raíces; contra la incuria de la universidad por la orientación mediocre del programa de música; y contra los fantasmas de sus amores dispersos en los acordes ondulantes de su imaginación.

Ha vivido torturado por pasiones imposibles que lo arrojan a un abismo alucinante, en el que mezcla el sufrimiento con la delicia de amar apenas con un vestigio de esperanza. De niño se enamoraba, en secreto, de vecinitas que nunca se enteraron de sus sentimientos, y hace algunos años, cuando estuvo en la población de La Donjuana para acompañar a un amigo en el último día del novenario por la muerte de su padre, conoció a una bella monja que también había viajado junto con varias hermanas de su orden para consolar a la familia en duelo

Durante la ceremonia, en la que él tocaba el piano y las religiosas cantaban en coro, Ciro se fascinó con la figura y la voz de la joven monja, y se obstinó en acercarse a ella para cortejarla. En el camino de regreso, viajando en el vehículo que los llevaba a Pamplona, furtivamente pudo tomarle una mano y transmitirle su anhelo. Ella le correspondió secretamente.

Allí comenzó para ambos una obsesión angustiosa. Ciro buscó la manera de ir frecuentemente al colegio, donde la monja era profesora, con la excusa de hacer sus ensayos en el piano del salón de actos al que ella llegaba con algún pretexto para mirarse a los ojos por unos instantes y, una que otra vez, tomarse de la mano de manera disimulada.

Ciro tenía que viajar a Bogotá para continuar sus cursos en la universidad, y aquella despedida iba a ser desgarradora. Antes de partir le hizo llegar varios poemas colmados de expresiones de un amor inflamado que desataban en la enamorada una gran melancolía. Le prometió que durante todo el tiempo en que ella estuviera en el convento, aunque todavía no hubiera profesado los votos perpetuos, él sería célibe. Le juró que nunca la olvidaría.

Desde Bogotá le seguía escribiendo cartas y poemas. En uno de ellos le recordaba que “En un manto de luz te acercaste/ con tu duda esa noche de duelo”. En otro le confesaba “Esa noche en tu piel me perdí: es tu voz mi señal, mi destino”. Y remató con uno más, sentenciando, “tú serás el vivir del alma mía”

Ciro le suplicaba a la joven que buscara alguna excusa para viajar a Bogotá donde los dos podrían vivir ese amor fantástico. Por fin, en una de las conversaciones que semanalmente se hacían a escondidas, la bella monja le anunció su próxima llegada. Para Ciro fue como una resurrección. Pasó varios días sin comer ni dormir doblado frente a su piano, como si quisiera desleír en el teclado el tiempo que faltaba para verla. Fue cuando compuso para ella 14 hermosos pasillos que nunca pudo recordar porque en aquel incontenible frenesí de frases musicales no tenía tiempo de escribir sus creaciones.

Concertaron una cita en el apartamento de un amigo, y allí se encontraron una tarde soleada. Parecían dos niños aterrorizados. Se miraron sin hablar, frente a frente, y en un arrebato incontrolable él se abalanzó sobre ella para besarse con la pasión reprimida en la tormentosa soledad de cada uno.

Ciro fue desbaratando la abigarrada armadura de la toca, y apareció el precioso cabello castaño de la monja recortado toscamente. Cuando Ciro quiso seguir

desnudándola, ella dio un grito de angustia, tomó sus prendas monacales y, mientras salía, las acomodó como pudo, en su huida.

La monja desapareció y, unas semanas después, profesó sus votos perpetuos. Aquella fuerza voluptuosa, aquella pasión desmedida, aquel delirio que vivió Ciro se fue apagando como se extingue la llama de una veladora solitaria en un altar, pero que él sigue encendiendo en otras mujeres que pasan por su vida como torbellinos recurrentes.

Por esa búsqueda de amores quiméricos, el pianista no supo que la bella monja fue rodando por un abismo de fracasos irrefrenables. Como se descubrió que su viaje a Bogotá no fue para algo relacionado con el servicio de la comunidad sino un sospechoso escape, fue trasladada a Quito para alejarla de los peligros. Allí quedó embarazada del jardinero del convento y, como consecuencia obligada, la excomulgaron y la expulsaron de la orden.

Estuvo conviviendo con un hombre más joven que ella que la abandonó a su suerte, y al poco tiempo, perdida en ese atroz desamparo, desapareció. Fue como si se hubiera enterrado viva en un pueblo desconocido; como si se hubiera esfumado en la neblina de un olvido hilvanado con su pena; como si se hubiera sumido en un purgatorio recóndito. Aquel amor sublime terminó en la tragedia de madre proscrita, expulsada de su religión y perseguida cruelmente por la sociedad que no le perdonó su debilidad de amar con locura.

El concierto en la iglesia de San Juan de Dios, ofrecido como uno de los actos que conmemoraban la fundación de Pamplona, terminó con una larga y calurosa salva de aplausos en honor de los intérpretes.

El éxito de aquella noche fue celebrado por los músicos con una generosa libación de aguardiente, como era su costumbre. Allí, Ciro contó que era tal su obsesión por parecerse a Oriol Rangel que cuando tuvo en su poder por un tiempo la mascarilla mortuoria del maestro, la ponía sobre su cara y pasaba varias horas tendido en su cama esperando que el espíritu del maestro se apoderara del él.

Meneses, quien siempre encontraba algo para criticar, decía que faltó en la celebración una remembranza de Pamplonilla la Loca, la época cuando el oro invadió la ciudad y alborotó de tal manera a sus habitantes que el tranquilo valle vivió un estruendoso festín de lujos y derroches.

Fue en 1551 cuando Ortún Velasco, Justicia Mayor de Pamplona, hizo traer a un conocido minero para explorar las minas que se sabía que existían en la región, y a

15 leguas de la ciudad descubrieron las minas de Páramo Rico de 23 quilates y, cerca del río Suratá, las de oro de 21 quilates. Después se descubrieron otras más que constituyen desde entonces la riqueza aurífera del Páramo de Santurbán. Del Páramo Rico se extrajo oro por más de un millón de pesos que produjo una fiebre de esa riqueza por tres años.¹

Una tarde cualquiera, cuando varios estirados pamploneses hacían una partida de caza, vieron llegar a su lado a un hombre de aspecto harapiento que subía cansadamente la pendiente. Le preguntaron los señores qué lo traía por aquellas yermas soledades, y el hombrecito, asustado por el aspecto de los ricos señores, se detuvo un momento y les dijo:

-Perdonen Vuestras Mercedes que los importune. Hace pocas semanas salí de Extremadura para buscar cómo remediar mi pobreza porque tengo mujer e hijos que dejé allá en la miseria. Pero, la suerte ha querido que viniese hasta Pamplona y, hoy, al verlos subir en esta rica comitiva creí que iban a buscar oro y los quise seguir. Por eso, les suplico que me indiquen dónde encontrarlo.

¿Y viene a buscar el oro con esas pocas alforjas?,- comentó uno de los señores, riéndose de la ingenuidad del menesteroso -. Ha debido, mejor, traer una recua de bestias para llevar la pesada carga que va a recoger.

-Yo me contentaré con lo que me quepa en éstas – contestó el hombre, que no comprendió la burla.

¡Magnífico! - le dijo uno de los caballeros - allá, en ese cerro, hay oro en abundancia para llenar muchas alforjas como las tuyas.

Agotado por el esfuerzo de subir la empinada cuesta sin encontrar nada, el extremeño se dejó caer desesperanzado y vio que, abajo, quienes lo habían engañado empezaban a alistar las bestias para marcharse. Con prisa intentó levantarse para no quedar solo en aquel lejano paraje, y agarró una mata que se desprendió del suelo dejando ver en sus raíces numerosas pepitas de oro. Con gran alegría escarbó la tierra con sus manos, y por todas partes iba recogiendo el dorado metal con el que repletó sus viejas alforjas.

¹ ACOSTA MOHALEM José de Jesús. "Historia de la Iglesia en Pamplona. Siglos XVI, XVII y XVIII". Litoflórez: Pamplona. 2000.

Cuando llegó junto a los alegres señores que pretendían seguir su guasa, les agradeció sus indicaciones y les mostró con satisfacción la preciosa carga con la que iba a remediar las privaciones de su casa.

Asombrados, el Gobernador y sus compañeros regresaron a Pamplona rápidamente, y desde aquel día empezó la época de Pamplonilla la Loca. Aquellas heladas tierras fueron bautizadas como el Páramo Rico.

A pesar de las reglamentaciones hispanas que protegían a los aborígenes, y por no encontrar hombres negros para la explotación de las minas, se emplearon indios con los abusos que conlleva la codicia. La región estaba sembrada de laminillas y pepitas de oro hasta un pie de profundidad

La locura se apoderó de la recién fundada ciudad. Se compraban caballos costosísimos que se herraban con herraduras de oro; en los banquetes se servían aceitunas de oro para adornar la mesa; se importaban vestidos de seda, plumas, brocados y armas de lujo que se pagaban sin reparar en su precio, y a la entrada del poblado se construyó un templo para recibir limosnas en oro que depositaban los afortunados pobladores en agradecimiento al Creador.

Dada la fama de su abundancia, llegó a la ciudad un humilde sacerdote proveniente de Cataluña a recoger una limosna para la Virgen de Monserrate, y los vecinos le obsequiaron una corona de oro de 22 quilates que pesaba 12 libras y tenía engastadas 2.500 esmeraldas. Decía el clérigo que la joya, labrada por seis orfebres pamploneses, era la más bella que imaginar se pueda y su precio no debía ser menor de 50.000 ducados.

Pero, Pamplonilla la Loca iba a durar poco tiempo. La mina de aluvión se agotó en un par de años, después de los cuales sobrevino la pobreza que se apoderó del valle bajo la neblina que desciende de los páramos exangües en las tardes sombrías. Como vestigio de la orgía sólo quedó la campana de San Pedro fundida con plata y oro que, probablemente, tañe todavía en algún ignorado campanario sobreviviente de la desaparecida opulencia.

Como hecho singular, a Pamplona la fundaron, simultáneamente, dos conquistadores enviados por el poderoso gobernador del Nuevo Reino de Granada Miguel Díaz de Armendáris para adelantar la expedición de las Sierras Nevadas. La fecha más probable del acto fundacional es el primero de noviembre de 1549, celebrado en el Valle del Zulia.

Pedro de Ursúa era navarro, y Ortún Velasco segoviano, pero no hacían parte de la soldadesca desarrapada que se embarcó buscando en América, tan sólo, un modo de sobrevivir. Ambos pertenecían a familias notables de sus lugares de origen; mas, los fundadores, poseían caracteres opuestos y sus destinos en el Nuevo Mundo iban a ser muy diferentes.

Ursúa llegó al servicio del virrey del Perú recomendado por el emperador Carlos V *“por ser hijo del Señor de Ursúa, que es en Navarra, pues Nos ha servido de mucho.”* Era un muchacho de 18 años audaz y ambicioso, que en 1543 decidió cruzar el océano para alcanzar glorias y riquezas al servicio de la Corona en la conquista del continente descubierto.

A su llegada al Perú, don Pedro encontró un ambiente político enrarecido por intrigas y rebeliones, y debieron ser varios los meses que transcurrieron en la zozobra de las investigaciones y encarcelamientos. Al poco tiempo de su permanencia en Lima ocurrió un hecho providencial para él porque su primo, Miguel Díez de Armendáriz, recibió del Emperador el nombramiento de Juez de Residencia para Santa Marta, Nuevo Reino de Granada, Cartagena, Popayán y Río de San Juan. El juez se radicó en Cartagena hacia octubre de 1545, y hasta allá se trasladó Ursúa para hacer parte de la mesnada del poderoso delegado imperial.

Díez de Armendáriz llegó con poderes extraordinarios para proveer todo lo necesario y castigar los excesos cometidos en el Nuevo Reino desde el descubrimiento y, en consecuencia, adelantar los juicios de residencia y suspender a quienes hubieren incumplido las leyes imperiales. Nunca antes le habían sido conferidas tantas atribuciones a alguien como a este otro navarro de 37 años de edad.

Estando en Cartagena, varios caballeros que habían salido de Santa Marta y del Nuevo Reino de Granada para huir de las garras de Alonso Luis de Lugo, visitaron al Juez de Residencia pidiéndole que se trasladara a la gobernación de éste para hacer justicia por las atropellos y arbitrariedades que cometía en desconocimiento de los derechos y privilegios adquiridos legítimamente por ellos. Le exigían que iniciara juicios de residencia al gobernador y a sus tenientes.

Armendáriz expuso diferentes razones para aducir la imposibilidad de viajar hasta Santa Fe por los delicados asuntos que debía atender en su sede, pero los peticionarios insistían en la urgencia de atender sus reclamos. Varias semanas transcurrieron en este intenso forcejeo, hasta cuando sugirieron al Juez que designara a su primo Pedro de Ursúa Teniente General del Juez de Residencia *“aunque mozo de buen entendimiento, brioso y otras muy buenas partes”*, para que

tomara posesión de la Gobernación de las ciudades en su nombre, y con plena autoridad rectificara los desafueros cometidos por De Lugo.

Dudaba don Miguel en encomendarle tan delicada misión por su juventud y falta de experiencia, y porque, además, para ejercer el cargo era requisito indispensable tomar posesión ante los Cabildos y recibir su anuencia con el fin de adquirir legítimamente la facultad de ejercer sus deberes y derechos. También, las leyes prohibían a jueces y gobernadores delegar la administración de justicia en otras personas.

Pese a todo, Armendáriz facultó a Ursúa para que lo representara como Teniente General del Juez de Residencia y actuara con toda autoridad, tomara posesión de la gobernación de las ciudades y rectificara los desafueros cometidos por las autoridades que había ido a reemplazar. Fue, ésta, una de las causas por las que acusaron posteriormente al poderoso Juez y, juzgado por el Consejo de Indias, se truncó su brillante carrera política.

Cuando, meses después, Miguel Díez de Armendáriz llegó a Santa Fe como Gobernador del Nuevo Reino de Granada, Ursúa permaneció a su lado como su teniente general emprendiendo las acciones que le encomendaba el influyente primo.

Es así como, a finales de enero de 1548, adelantó la exitosa expedición para someter a los indios Guanes, Chanchones y Chalanés de la provincia de Vélez que se habían rebelado contra las autoridades locales.

Habiendo quedado Ursúa inactivo después de su frustrada expedición a la región de los ríos Atrato y Magdalena llamada "*entre los dos ríos*", Díez de Armendáriz le ordenó que alcanzara a Ortún Velasco y lo relevara del mandato que le había conferido para adelantar la Expedición de Las Sierras Nevadas. La orden era que se agruparan las tropas de ambos, los sesenta y cinco soldados de a pie y a caballo que había reclutado Velasco al salir de Tunja, y los cuarenta y siete que capitaneaba Ursúa. Revocado el anterior mandato, el joven capitán de apenas veinticuatro años de edad asumió el comando de la expedición.

Pedro de Ursúa, fogoso explorador obsesionado por Eldorado, iría en pos de un trágico destino. Es insólito que el valiente navarro dejara inconclusa su obra fundacional a merced del peligro de las incursiones de los indios chitareros, pero es patético que abandonara la ciudad poco antes de que se descubrieran las valiosas minas de oro de Páramo Rico que hicieron de Pamplona un emporio deslumbrante.

Ursúa regresó a Santa Fe, y la Real Audiencia le encargó emprender la pacificación del país de los muzos. Cumplida su misión, fundó la ciudad de Tudela que también abandonó y fue arrasada por los aborígenes poco tiempo después. Por aquella época comenzaron sus problemas derivados de la caída en desgracia del gobernador Díez de Armendáriz quien, víctima de acusaciones motivadas por intrigas y envidias, fue sometido a un riguroso juicio que lo llevó a la cárcel y a regresar a España empobrecido y abandonado. Decepcionado del mundo, don Miguel decidió vestir los hábitos eclesiásticos.

Fue particularmente venturoso que otro juez y poderoso Presidente de la Real Audiencia de Lima hubiera aparecido al final de la vida de Armendáriz. Era el insobornable monje Pedro de La Gasca, designado también por el Emperador Carlos V para aniquilar la rebelión de Gonzalo Pizarro en el Perú, aprehenderlo y decapitarlo por su desobediencia a la Corona, misión en la que tuvo la colaboración de Armendáriz cuando éste era Juez de Residencia en Cartagena. Ellos habían sido amigos desde su época de estudiantes y, ahora, siendo obispo de Sigüenza, La Gasca acogió a Miguel Díez de Armendáriz como canónigo de su diócesis donde terminó sus días en paz con Dios y con los hombres.

Pedro de Ursúa, huyendo durante varios meses de la orden de apresarlos, estuvo oculto en Pamplona, en Santa Fe y en Panamá, y tuvo la suerte de vincularse en el Istmo con el nuevo Virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza Marqués de Cañete, a quien sirvió eficientemente convirtiéndose en el más prestigioso capitán del virreinato. Se dice que después del virrey, Ursúa llegó a ser el hombre más atrayente del Perú.

Al poco tiempo fue comisionado para emprender la expedición contra los cimarrones de Panamá rebelados por los malos tratos a que eran sometidos y, en 1559, después de su éxito, fue encargado de organizar y dirigir la expedición de Omagua y Eldorado que preparó cuidadosamente con no pocas dificultades.

El título que le fue dado por el virrey para su empresa fue el de *“Gobernador y Capitán General del Río del Marañón... desde la provincia de Santa Cruz de Capocovar, en los Motilones del Perú, hasta donde se encierra este gran río en la mar del Norte, con mucha anchura de la una banda y otra del río, y con grandes y amplios poderes para lo conquistar, poblar y domesticar en nombre de Su Majestad...”*

A pesar de las muchas advertencias, en septiembre de 1560 Ursúa partió comandando a varios indeseables soldados que, a la postre, lo traicionaron y asesinaron vilmente asestándole 40 puñaladas en la noche del primero de enero de

1561. Entre los asesinos estaba el criminal Lope de Aguirre, ese cojo gruñón que se complacía en colocar bajo su firma el título de “traidor”.

A pesar de la censura de sus subalternos, Ursúa se había hecho acompañar de Inés de Atienza, a quien conoció en Trujillo cuando organizaba la expedición. Ella había quedado viuda por el asesinato de su marido, y a sus 27 años era una bella y rica trigueña asediada por los hombres que la conocían.

Los amores de Inés y Ursúa están envueltos por el velo de una romántica leyenda porque son imprecisos muchos datos en torno a ellos. Mas, es real la pasión que despertó en los amantes la belleza y la decisión de Inés, el poder y el arrojo que ostentaba Ursúa, y las circunstancias casuales de un encuentro fascinante que los llevó a afrontar sin temor los reproches y las envidias que despertaron a su alrededor.

Inés entregó su fortuna para ayudar a financiar la expedición de Omagua y el Dorado, y no dudó en acompañar a su amante en esa peligrosa aventura; y Ursúa se fortaleció con la entereza que ella le transmitía en los momentos de peligro y en la enfermedad que lo atacó durante las duras jornadas.

Desde que se embarcaron nunca más se separarían. Las penalidades del viaje y las incomodidades propias de esas empresas de conquista los debieron unir, aun, más. El alojamiento que compartían, siempre estaba dispuesto cuando pernoctaban en las orillas móviles del río o en la tierra firme de la manigua.

Para Inés de Atienza aquel sería su último amor cuando frisaba la edad en que mejor relucía su espléndida belleza. Y para Pedro de Ursúa, el curtido y galante capitán de 34 años que había obtenido glorias y derrotas en sus incontables trajines, aquel romance significó acercarse a su muerte abrigado por los encantos de una pasión inesperada.

El dolor agobió de manera indecible a Inés por el asesinato de Don Pedro en Moco Moco a manos de la docena de criminales que hacían parte de su tropa traidora. Sus amargas lágrimas delataban la honda pena que sobrellevaba con recato por el riesgo que generaba aquel entorno plagado de amenazas y acechanzas.

En adelante, Inés vivió días amargos por el asedio de quienes reemplazaron a Ursúa, y la rivalidad por poseerla desató una serie de turbios episodios en la que, deplorablemente, se vio envuelta. Despojos y asesinatos se sucedieron entre los toscos rivales enceguecidos por su belleza, y un ambiente de discordia se apoderó de la expedición. Fue el perverso Lope de Aguirre el inspirador de esos atropellos,

con los que fue sacando de su camino a quienes consideraba peligrosos enemigos y, también, por eso ordenó el asesinato de Inés de quien desconfiaba desde la muerte de Ursúa.

Los sicarios enviados por el tirano Aguirre mataron a Inés de Atienza en mayo de 1561 en un pueblo de la desembocadura de los ríos Negro y Purús en el Amazonas llamado de la Matanza, y se acusa a Antón Llamoso de ser el directo asesino quien, acogiéndose a un perdón general otorgado en ese tiempo, logró huir.

Don Ortún de Velasco permaneció fiel al recuerdo de Ursúa, y al ser nombrado Capitán de Caballos entre las fuerzas que se reclutaban para combatir al malvado Lope de Aguirre, logró apresar en la Grita al asesino de Inés, y lo trasladó a Pamplona para que se cumpliera la sentencia de ejecutarlo y descuartizarlo como traidor del Rey de España. Los cuartos de Antón Llamoso fueron exhibidos por todos los caminos para que nunca se olvidara su felonía y su traición.

Juan de Castellanos, el prolijo y célebre cronista de la epopeya conquistadora, bajo las órdenes de Pedro de Ursúa participó en la campaña contra los tayronas y consagró en sus versos el valor y la audacia de este cofundador de Pamplona:

*“Que con aquel valor de su costumbre,
a pesar del ejército enemigo,
ganó lo más supremo de la cumbre,
haciendo cruelísimo castigo
con riesgo, con sudor y pesadumbre:
fueron sus grandes hechos aquel día
bastante prueba de su valentía”.*²

Por su parte, don Ortún Velasco de Velásquez, el otro cofundador de Pamplona, provenía de la familia de Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor de los Reyes Católicos, casado con María de Velasco y Guevara sobrina de Pedro Fernández de Velasco, VI Condestable de Castilla y II Conde de Haro.

Siendo muy joven, Velasco entró al servicio de la corona de Castilla y participó en varias guerras europeas, particularmente contra los turcos en Italia y contra el duque de Sajonia en Alemania. Llegó a las Indias con Gonzalo Jiménez de Quesada como veedor, y hubiera sido uno de los fundadores de Santa Fe si su bergantín no naufraga en la entrada del río de la Magdalena. Militó bajo las órdenes de Jerónimo

de Lebrón y, luego, estando al servicio del Adelantado Alonso Luis de Lugo, fue nombrado Regidor de Tunja en 1543. Un tiempo después, el propio Armendáriz le confirió el título de Teniente de Corregidor de la capital boyacense.

En junio de 1549 Armendáriz designó como Teniente y Capitán General de la expedición al segoviano Velasco radicado en Tunja, quien pidió licencia para emprender la Expedición de Las Sierras Nevadas y establecer una población en esas gélidas serranías.

Fue poco después cuando Díez de Armendáriz ordenó a Ursúa que alcanzara a Ortún Velasco, lo relevara del mandato y agruparan las tropas de ambos. Por esa razón, el joven Ursúa asumió el comando de la expedición.

El viejo soldado no se opuso a la orden y, según coinciden los historiadores en relatar, se convirtió en mentor de Ursúa a quien cedió el mando y secundó en la empresa que él había comenzado por disposición del gobernador Díez de Armendáriz. Los dos capitanes avanzaron por la región de los chitareros hasta encontrar un hermoso y fértil valle de clima suave, con abundantes aguas y poblado de numerosas viviendas indígenas, ideal para asentar una población fácil de defender, estratégicamente ubicada para ser vigía de la extensa comarca circundante, y base de futuras expediciones.

Todos los expedicionarios aceptaron que la ciudad fuera denominada Pamplona en homenaje a la capital navarra, de donde era oriundo Pedro de Ursúa, y se erigió en aquel valle del Zulia ubicado en el exacto lugar donde la cordillera oriental de Colombia se divide para formar, hacia el oriente, los Andes Venezolanos y, con dirección norte, la Sierra de los Motilones.

Decidido el nombre y escogido el día en la festividad de Todos los Santos de noviembre de 1549, se procedió a la ceremonia fundacional. Siguiendo el ritual prescrito en las Leyes de Indias, Ursúa montó en su caballo de guerra y, pertrechado con sus armas, congregó a su alrededor a todos los acompañantes. Luego, en voz alta manifestó que procedía a fundar la ciudad en nombre del Rey de Castilla de quien era fiel vasallo, y que retaba a quien a ello se opusiera a batirse con él.

Como no hubo oposición, bajó de su caballo y proclamó que fundaba, asentaba y comenzaba la vida de Nueva Pamplona de la cual hacía posesión en nombre de la Corona Real de Castilla. En señal de dominio, desenvainó su espada y la blandió con cortes y reveses zahiriendo el aire y la vegetación del derredor. Dispuso enseguida que en el centro de lo que sería la plaza mayor se colocara la picota o

rollo, un grueso madero donde se debía ejecutar la justicia contra delincuentes y malhechores.

A diferencia de Pedro de Ursúa, don Ortún se quedaría en la ciudad rodeado del respeto general hasta su muerte, y durante largos años sería el Justicia Mayor con el beneplácito de los pamploneses. Había casado en Tunja con Luisa de Montalvo, sobrina de Pedro de Heredia, con quien concibió tres hijos.

Fue el verdadero conductor de la ciudad y a su empeño se debe la creación de las más importantes instituciones de su tiempo. En 1554, don Ortún, de su propio peculio, financió la construcción de gran parte de la Iglesia Mayor de las Nieves, así como el primer Hospital y el Convento de los Padres Dominicos. Como reconocimiento a su intachable conducta, el arzobispo de Bogotá, Juan de los Barrios, lo nombró Obrero Mayor de la iglesia parroquial de Pamplona en 1566.

Los hijos de don Ortún fueron Juan Velázquez de Velasco y Montalvo, gobernador y capitán general de la provincia de La Grita; María casada en primeras nupcias con Juan de Maldonado, fundador de San Cristóbal del Táchira; y Magdalena quien, después de enviudar, ingresó al convento de Santa Clara de Pamplona.

María, la hermana de Magdalena y tía de Catalina, sobrina mestiza que también fue religiosa clarisa, donó su herencia para el Convento constituyéndose, así, en fundadora.

Magdalena obtuvo la licencia para abrir el convento el 15 de agosto de 1584, apenas 35 años después de fundada la ciudad, y se hizo monja con el nombre de Sor Magdalena de Jesús. Donó sus bienes al convento, y con ellos se levantó el edificio que más tarde quedó en ruinas en el espantoso terremoto de 1644, como todas las edificaciones del poblado.

Relató una religiosa del convento que, en medio de esa terrible catástrofe, una de las jóvenes monjas recordó que su pequeña imagen del Niño Jesús había quedado olvidada en el coro de la capilla, y sin temor alguno entró de prisa en el momento en que se desplomaba la edificación. Vendría de regreso cuando cayó sobre ella una enorme viga, y al remover los escombros la encontraron muerta junto a la imagen del Niño que, erguido sobre el madero, tenía su manecita alzada como impartiendo una bendición. Desde entonces, en memoria de aquella escena piadosa, en Pamplona se venera esta reliquia milagrosa que los devotos bautizaron con el nombre de “El Huerfanito”.

Don Ortún organizó exitosas encomiendas de las cuales nacieron las poblaciones de Bucaramanga, Cepitá, Guasca, Umpalá y Cácuta de Velasco. Igualmente, bajo su gobierno y con su apoyo se emprendieron las expediciones para la fundación de Ocaña y Salazar de las Palmas en Colombia, y de Mérida, y San Cristóbal en Venezuela. Don Ortún Velasco de Velásquez murió el 4 de noviembre de 1584.

En el año 2003 se hizo un providencial descubrimiento que enriquece la historia de Pamplona y aporta valiosos elementos para comprender la importancia que tuvo don Ortún como organizador de la ciudad.

El Rector de la Catedral, monseñor Alberto Alarcón Infante, apoyándose en normas eclesiásticas de diversas épocas demostró que el Fundador de la ciudad y sus hijas doña María y doña Magdalena fueron enterrados en el presbiterio del templo como privilegio eclesiástico por tratarse de los fundadores del Convento de Santa Clara, cuya capilla fue convertida en Catedral después del devastador terremoto de 1644.

Dice que entre los restos que sacó había trozos de hábitos franciscanos, un pequeño cristo de latón sencillo y pobre, como corresponde a las religiosas conventuales de la orden franciscana, y una medallita muy oxidada en la que se alcanza a reconocer el rostro de Santa Clara.

Y, agrega, que en una bolsa grande con polvo de huesos encontró una cruz pectoral grande que, al retirársele la costra endurecida que le formaron la humedad y los detritus, comprobó que era de oro de 23 kilates y tenía incrustada una cruz de ébano intacta. Antes del Concilio de Trento las disposiciones de la Iglesia ordenaban que toda cruz debía tener alguna parte de madera para recordar la Cruz del Señor. El crucifijo pesó 223 gramos en total, y su componente de oro 187 gramos.

Varias comprobaciones hechas sobre las letras y números grabados en la cruz permiten inferir que perteneció a Don Ortún Velasco y que corresponde a 1550, un año después de fundada la ciudad, en la época de Pamplonilla la Loca, cuando el oro abundaba y se utilizaba, como ya lo hemos relatado, para adornar con aceitunas doradas la mesa de los banquetes, y las cabalgaduras se herraban con herraduras de oro, según la leyenda. La cruz pectoral está depositada en el Museo Arquidiocesano de Arte Religioso de Pamplona.

Portilla estaba obsesionado por viajar a Europa donde, según él, iría a encontrar el horizonte abierto para convertirse en un famoso pintor. Tal vez en París, como lo habían logrado los expresionistas en la “Belle Epoque”, o en Barcelona donde muchos artistas suramericanos se han hecho célebres.

Era un sueño recurrente que se revelaba en sus largas tenidas, hasta que cualquier día el milagro se hizo de manera inesperada. Un amigo le sugirió que pidiera a la Flota Mercante Gran Colombiana embarcarlo en uno de los buques que viajaban regularmente a Europa transportando el café colombiano. Y como los sueños insistentes se cumplen, le fue comunicada la noticia de que la naviera lo aceptaba como pasajero invitado. Y, también, como los anhelos acariciados pueden ser una tortura cuando se logran, Portilla empezó a sufrir los temores de partir hacia lo desconocido porque, aparte de su ilusión, no tenía nada listo: ni el dinero, ni el pasaporte, ni la ropa apropiada. Nada. Era el intento de una aventura inusitada para alguien que apenas había salido de Pamplona, y sus pasos no estaban habituados más que a las calles siempre repetidas de su andar sin destino.

Logró que algunos amigos le obsequiaran un dinero y empezó a tramitar sus documentos de viaje. Con la impreparación de siempre, viajó a Santa Marta para embarcarse, pero no pudo lograrlo aquella vez porque le faltaron cincuenta mil pesos para el pago del impuesto de salida. Luego, recogiendo aquí y allá consiguió lo necesario para ir a Buenaventura donde felizmente pudo abordar el transatlántico. Es posible que ni siquiera supiera con certeza a cuál puerto llegaría, y durante la travesía se dedicó a beber con los amigos que consiguió gracias a su simpatía y a su habilidad para hacer caricaturas que se hicieron famosas entre la tripulación.

Fueron varias semanas de farra que obligaron al capitán del buque a arrestarlo en el camarote que le asignaron al empezar el viaje, porque el piloto, que tenía una desconocida predisposición al alcoholismo, descuidó de tal manera sus tareas que, días después de haber pasado el Canal de Panamá, pudo poner en peligro la embarcación cuando atravesaba el proceloso mar Caribe.

A Portilla le ordenaron desembarcar en Bilbao por orden del capitán porque su permanencia en el buque era inaceptable. Pero, después de muchos ruegos y de obsequiarle una caricatura en la que el pintor aparece de rodillas entregándole al capitán, pintado como el Almirante Nelson, un memorial suplicante, éste le permitió seguir hasta Rotterdam que era el destino del navío.

Sin embargo, allí no terminó el viaje Portilla volvió a suplicar que lo regresaran a algún puerto español porque él no podía defenderse en un idioma distinto al castellano. Así que, finalmente, fue desembarcado en el puerto de Santurce, en Bilbao, donde el buque recalaba por última vez antes de emprender el viaje de regreso por el océano Atlántico.

Con la imprevisión que lo caracteriza, Portilla bajó del buque solamente con unas cuantas pesetas en el bolsillo, y apenas alcanzó a sacar del barco su tabla de pintar y unas hojas en blanco. Ni siquiera le permitieron recoger la tula con sus mínimas pertenencias, y en la primera calle, al salir del puerto, fue abordado por dos guardias civiles que le pidieron su documentación y le averiguaron cuál era el motivo de su viaje. De inmediato fue detenido y conducido a un hogar para indigentes.

Sufriendo los embates del hambre y del frío invernal logró sobrevivir un par de semanas. Mas, su aventura tocó fin cuando se le agotaron los dineros para comprar los materiales de su trabajo y las fuerzas para pintar. Claudicó con el desaliento que padecía en Pamplona, cuando la soledad lo cercaba y tenía que refugiarse en su casa huyendo de las necesidades en una especie de hibernación desventurada. Y, con el instinto que le aguzaron las privaciones, acudió de nuevo a la Flota Mercante en el puerto de Santurce donde lo embarcaron de regreso a Colombia en las condiciones lastimeras de un polizone ilegal.

Hoy, confundiendo la realidad con lo que imagina, describe su viaje a Europa como una gloriosa hazaña en la que conoció grandes ciudades y las más famosas pinacotecas; y respaldado por las imágenes de libros y revistas que ha ido coleccionando furtivamente, les enseña a sus amigos los lugares esplendorosos que, en su delirio, hace creer que visitó.

Meneses, en cambio, que siempre ha tenido los pies sobre la tierra, partió a buscar trabajo como periodista en Arauca, una ciudad sin puerto que se levanta en la orilla del río que le da su nombre, en la frontera con Venezuela. Eran los días cuando las guerrillas tenían prácticamente ocupado el territorio llanero, y un clima de temor y sospechas se percibía en toda la región.

Al recién llegado lo emplearon como reportero y columnista del periódico local, y empezó con gran fervor su nuevo trabajo. Él, que no podía ocultar su simpatía por las reivindicaciones sociales, durante largas semanas se dedicó a hacer reportajes a personas del común haciendo énfasis en la desigualdad social y las privaciones que sufría la mayoría de los habitantes de la región.

Era tal su obstinación, que el director del semanario le pidió cambiar el lenguaje revolucionario de sus escritos y ocuparse en escribir notas sobre los

acontecimientos ordinarios de la pequeña ciudad. Esta instrucción produjo en el periodista una enorme decepción porque cuando fue contratado creyó entender que tendría la libertad para desempeñar su oficio y, por el contrario, comprobó una vez más que el afán de lucro de los ricos siempre se impone en la sociedad. Los pobres no tienen voz ni esperanza, caviló.

Inesperadamente le había surgido un dilema crucial porque renunciar a su empleo significaba ser atrapado nuevamente por las fauces del hambre, y acallar completamente su voz sería una claudicación inaudita. Así que optó por recurrir a su preferido quehacer: escribir anónimos.

Se puso en obra. El primero fue un panfleto contra los oligarcas que explotan al pueblo y engordan sus panzas con la plusvalía que le arrebatan al honrado trabajador. Lo redactó escondido en el cuchitril que había arrendado en una casa de las afueras del poblado, que pagaba semanalmente con lo que obtenía de su trabajo de periodista a destajo. Cuando escribía, a mano, el folleto imaginaba la figura rechoncha de su jefe, y se complacía en adivinar su cara furibunda cuando lo leyera.

El día siguiente buscaría a alguien que transcribiera a máquina el escrito para fotocopiarlo y empezar a distribuirlo subrepticamente. La inquietud no le permitió dormir, y antes del amanecer ya estaba vestido para completar su obra.

El panfleto circuló rápidamente y hubo quienes sacaron copias por su cuenta para repartirlos entre nuevos lectores. En su recorrido por la ciudad en busca de noticias, Meneses se sorprendió del interés inusitado que despertó su anónimo, y se propuso seguir desempeñando esa labor que consideraba un abnegado servicio social.

Pero la empresa iba a terminar abruptamente. Cuando estaba acabando la redacción del tercer folleto se abrió con violencia la puerta de su habitación y alguien arrojó una granada de fragmentación envuelta en un papel que, con recortes de periódico, contenía esta frase: "Si no desaparece hoy, la próxima vez le explota".

Meneses, aterrorizado, preparó su equipaje, esperó a que despuntara el día y tomó el primer bus que salía rumbo a Saravena. Allí, varias horas después y sin abandonar la oficina del despachador, se embarcó para Pamplona. De esa ingrata manera terminaba el viaje que emprendió con la ilusión de abrir un horizonte exitoso para su vida rutinaria, que a veces lo abatía en las calles trajinadas de su ciudad que parecía no poder dejar nunca.

Pero allí no terminaron sus problemas. A los pocos días de su regreso le fue allanada su casa por un piquete de soldados al mando de un teniente del ejército, le revolcaron los muebles, le esculcaron las gavetas de los escaparates, le

incautaron sus libros y lo llevaron detenido al batallón García Rovira para un interrogatorio marcial.

Por informes que había recibido el ejército, Meneses era sospechoso de ser un auxiliador de la guerrilla, razón por la cual fue encarcelado en el calabozo del cuartel que estaba repleto de detenidos mientras preparaban las audiencias inculpativas. Permaneció mudo y de pie. Pasado el susto de las primeras horas, sentía que él era un nuevo mártir popular que iniciaba el viacrucis de su consagración.

Estaba arrobado en sus pensamientos cuando oyó una voz conocida que le gritó: Hola, Meneses, ¿acaso usted no estaba dirigiendo un gran periódico en Arauca? ¿Por qué lo agarraron?

Era Portilla el que lo imprecaba. También él había sido acusado de lanzar arengas en protesta por las injusticias sociales. Y es que, cuando se emborrachaba, emprendía una sarta de diatribas contra el que se le atravesara bien fuera un rival, un pudiente pueblerino o alguien que le cerrara el paso. Un día resolvió gritar que en este país de corruptos los funcionarios se roban el dinero del pueblo y se lo van a gastar con sus mozas, aludiendo al personero municipal que visitaba a escondidas a una vecina del pintor a quien éste cortejaba. Parecía que fuera ese el motivo para implicarlo en un comportamiento subversivo.

Meneses no respondió las preguntas de Portilla; lo miró con desprecio y siguió inmerso en sus cavilaciones heroicas en el fondo de aquella estancia húmeda y sombría. Luego, los detenidos fueron conducidos a distintas instalaciones para iniciar los interrogatorios.

¿Usted conoce a algún guerrillero? le preguntó el oficial que interrogaba a Meneses. Sí, respondió éste con decisión.

¿A quién?, insistió el capitán. Conozco a Tirofijo, al Mono Jojoy, a Alfonso Cano, a Iván Márquez, a Grannobles, afirmó Meneses.

Diga cómo los conoció y hace cuánto tiempo. Los conozco- respondió – desde hace mucho porque la televisión los presenta todos los días.

El oficial, con ira, le preguntó nuevamente, ¿cuál es su oficio o profesión? Soy periodista y este es mi carnet expedido por el periódico de Arauca

¿Usted vive allá? le inquirió.

En este momento no, contestó, porque unos amigos me aconsejaron que me saliera por un tiempo.

Con disgusto, el militar devolvió a Meneses a su calabozo, y a los dos días fue liberado sin cargos.

Portilla, por el contrario, había sido conducido con varios compañeros de celda para un interrogatorio colectivo por tratarse de personas sin oficio conocido y sospechosas de ser simpatizantes de la guerrilla. No tenían antecedentes judiciales y la sindicación que se les hacía era imprecisa.

A Portilla lo apresaron porque un conocido suyo lo denunció por extorsionista debido a que, según éste, lo obligaba a pagar continuamente las cuentas de los consumos que el pintor y su novia hacían en los bares de la ciudad. Sin embargo, el hecho no pudo ser comprobado a pesar de que el denunciante pretendió que se calificara como una acción guerrillera y, después de obligarlo a bañarse con agua fría, fue puesto en libertad en las horas de la noche.

El caso que produjo el arresto de Portilla fue un episodio memorable entre los vecinos de su barrio, cuando él y su acusador se retaron a duelo porque ambos pretendían a la misma jovencita, la más linda de todas las adolescentes del barrio. Con dos testigos y un padrino para cada contendor se acordó que cuando ambos estuvieran listos para el combate se haría la convocatoria. Portilla, que era más pequeño y menos fuerte que su contrincante, decidió prepararse a conciencia, de manera que fabricó unas pesas con potes de lata rellenos de cemento, una cuerda de hacer saltarines y unos guantes de boxeador armados con retazos de cuero que consiguió en la talabartería del barrio. Medio año entero estuvo en su secreto entrenamiento, al cabo del cual comunicó a su padrino que podía anunciar la pelea.

En la vecindad la noticia se esparció como una ráfaga y cada quien hizo sus propias cábalas, pero la mayoría coincidía en que Portilla iba a ser derrotado de manera inevitable. Empezaron a pactarse las apuestas que favorecían ampliamente al más fornido, y se fijó el siguiente sábado como fecha inmodificable para el desafío. El lugar acordado fue la cancha de básquetbol del barrio.

Las graderías estaban repletas. Los padrinos acordaban las reglas, y los combatientes esperaban ansiosos bajo cada uno de los tableros de basquetbol, donde se pusieron las butacas de reposo y los elementos de apoyo. Los testigos y padrinos eligieron al profesor de educación física para que actuara como árbitro, y éste convocó a los adversarios al centro del patio para darles las instrucciones finales y recomendarles un comportamiento leal. Por fin dio la voz oficial que dio inicio al combate.

Los espectadores gritaban animando a su favorito, y los boxeadores se movían en redondo estudiándose mutuamente. El grandulón, incitado por sus partidarios, fue el primero en atacar lanzando puñetazos a diestra y siniestra sin lograr impactar en

el rostro de Portilla, mientras éste, esquivándolo ágilmente, aprovechó el impulso que traía el otro en una de sus intencionadas y le asestó un golpe en su mandíbula que lo envió al suelo sin sentido. Once segundos duró la pelea.

El vencedor fue sacado en hombros por numerosos vecinos para pasearlo como un héroe por las calles de la vecindad en medio de una algarabía incontrolable, y bebiendo el aguardiente que aparecía de manera prodigiosa durante todo el recorrido. La fiesta terminó cuando cayó la noche y los escandalosos seguidores fueron quedando tendidos en los andenes completamente borrachos.

Portilla, sacando partido del triunfo, amenazó durante varios meses al contrincante derrotado obligándolo a pagar sus cuentas en los bares que frecuentaba con su novia, y exigiéndole que guardara silencio so pena de volverlo a zurrar. Esa fue la razón que llevó al resentido rival a denunciar secretamente a Portilla por extorsionador, y vincularlo con acciones de la guerrilla.

A los pocos días de haber sido dejado en libertad, Meneses decidió pasar la frontera y refugiarse por un tiempo en la población de Colón, en el Estado Táchira.

Encontró que costumbres, expresiones y usos que creía exclusivos de su región norte santandereana eran originarias de Venezuela: Las hayacas navideñas son como las que se hacían en su casa de Pamplona. La usanza de poner los regalos navideños del Niño Dios en los zapatos que los niños dejan junto al pesebre, es la misma traída por los españoles a Venezuela; la lechosa es la papaya y el quesillo es el flan colombiano. Arrecho significa algo difícil o molesto, y marico es un cobarde. Cuando Meneses oyó por primera vez la palabra marica, creyó escuchar una voz obscena.

El escritor evocaba sus días de la escuela primaria donde estudiaban numerosos venezolanos, y tenía entre sus condiscípulos un íntimo amigo originario de ese país con quien compartía los ratos de descanso y los días festivos. Era el compañero de las picardías infantiles, especialmente los hurtos a las panaderías de la Calle Real donde saqueaban a hurtadillas las delicias que se exhibían en enormes bandejas sobre los mostradores.

Un día, cuando los muchachos descubrieron que los vinos se guardaban en un cuarto junto al baño de los clientes, decidieron hacer un audaz asalto a la bodega y

planearon cuidadosamente cómo saldrían con las botellas robadas. Con los nervios de punta, sin saber que estaban siendo observados por los dependientes que ya sospechaban de su conducta deshonesto, procedieron al hurto; mas, cuando ya salían triunfantes, fueron detenidos por una de las vendedoras que, a gritos, informaba haber atrapado a los ladrones. En el interior de las chaquetas de cada uno de los muchachos fue encontrada una botella del vino ordinario que se ofrecía en las celebraciones de las gentes más humildes.

El episodio tuvo una connotación dramática: Los reos fueron retenidos cerca del servicio sanitario bajo la vigilancia de uno de los “caletas” que entraban los bultos de harina, revestido, éste, con un delantal y un gorro, y totalmente cubiertos del polvo blanco a tal punto que las cejas y las pestañas blanqueadas le daban el aspecto de un estúpido arlequín. La dueña, sin saber quiénes eran los ladrones, vociferaba llamando a la policía para que los arrestara. Pero cuando se enteró de que era Meneses y uno de los estudiantes venezolanos, fue peor su escándalo. ¡Cómo se le ocurre a un intelectual portarse como un vulgar ratero y, además, corromper a un alumno venezolano!

Para los novatos delincuentes era mejor ser llevados a la cárcel que ser entregados al colegio. Por una casualidad afortunada, entre los que presenciaban el escarnio había un profesor del plantel que se presentó a la dueña, pagó el valor de las botellas y ofreció llevarse a los ladrones para infringirles un castigo ejemplar. Cuando iban camino del colegio, el profesor les dijo:

- ¡La sanción que merecen no es tanto por el robo sino por el mal gusto de beber un vino tan ordinario!

Los días de colegio transcurrían en una rutina sin sobresaltos, y apenas era perturbada por los afanes íntimos de la adolescencia. Todas las mañanas, a las seis y media, se celebraba la misa en el colegio a la que debían asistir los estudiantes. Era un ritual que tenía un encanto particular: El frío matinal era acompañado de una ingrátida neblina que, desprendiéndose de los árboles, subía lentamente para dejar pasar cada vez con mayor intensidad la luz ambarina del amanecer. Embozados en sus ruanas de lana, los muchachos caminaban presurosos hacia el colegio. Pero, antes de la entrada estaba la tienda de Cardenio que a esa hora tenía en venta tibias arepas de maíz, empanadas, génovas y pan de agua, una estación obligatoria antes de ingresar a la capilla.

Mucho tiempo más tarde, después de que la capilla se había derrumbado dos veces y vuelto a construir, y los hermanos lasallistas habían sido expulsados de la regencia del colegio, Meneses caminaba distraídamente por la ancha calle cuando se topó

con Cardenio que permanecía todavía frente al mostrador de su tienda. Seguía incólume ante los embates del tiempo, vestido como siempre de traje oscuro y cubierto con su sombrero negro. Meneses lo saludó por su nombre y, asombrosamente, él igualmente lo saludó por el suyo. Miles de muchachos habían pasado por su tienda y él identificaba a cada uno por su nombre o por su apodo.

Recordaron que había un signo indudable para saber si se iba con retardo al colegio, y era encontrarse con Cacua que siempre llegaba tarde. Cardenio, con su sonrisa socarrona y su voz aguda lo corroboró.

Cacua fue uno de los estudiantes más populares del colegio. Era tambor de la banda de guerra y miembro de la academia literaria, pero la causa de que fuera uno de los alumnos más conocidos es que había repetido todos los cursos del bachillerato. Compañeros suyos del año en que ingresó por primera vez estaban a punto de graduarse en universidades de Bogotá o ya vestían sotana en el seminario mayor.

Pertenecía a una honorable familia en la que reinaba el matriarcado. Sus tías, tres matronas solteras, ejercían con gran autoridad un gobierno compartido. El padre de Cacua, que trabajaba como empleado de un banco, era el hermano menor y vivía con su familia en la misma casa donde todo lo disponían las tías. Con los ingresos de los miembros de la familia se formaba un fondo común que ellas administraban, y del cual actuaba como ecónoma la mayor de las tres solteras. Además, eran dueñas de un afamado parvulario en el que educaban a los niños del barrio.

Ir a la casa de Cacua era una delicia. Apenas se entraba, las tías se prodigaban en atenciones que inevitablemente conducían a degustar los más exquisitos manjares de su cocina. Ponqués, colaciones, dulces y sorbetes eran los primeros obsequios imposible de rechazar ante la insistencia de las generosas mujeres.

El año en que Meneses coincidió con Cacua en el mismo curso se hicieron inseparables compañeros. Fue un tiempo feliz en que compartían todo, y las travesuras de la adolescencia surgían de la amistad que los jóvenes construyen sin prevenciones.

En la época de exámenes se turnaban para estudiar en la casa de cada uno, y en ambas tenían el abrigo familiar. Eran jornadas con preparativos interminables: El sitio donde estudiaban en la casa de Meneses era el comedor familiar. En la casa de Cacua era una enorme estancia donde se colocaba la mesa para los libros y, al lado, otra no menos grande con todas las viandas preparadas para acompañar el estudio

Todas las aventuras vividas en conjunto o por separado hacían parte de un inacabable diálogo matizado siempre con jocosas ocurrencias que los hacían vivir días llenos de una alegría candorosa.

Era, aquella, una época en que había demasiadas represiones en las manifestaciones del sexo, y la sociedad se comportaba con muchos tapujos; pero Cagua había adquirido experiencia en moverse felinamente y lograr éxito en secretas conquistas. Visitaba a una hermosa muchacha que trabajaba como empleada doméstica en la casa de una parienta suya, y aprovechaba los domingos en que los dueños salían a misa para retozar a sus anchas con la jovencita.

En uno de aquellos domingos los esposos regresaron más temprano que de costumbre, y al entrar a su casa notaron algo extraño: En la alcoba de la empleada se oían ruidos. A su vez, los enamorados comprendieron con estupor que los dueños habían regresado. Cagua, desnudo, se metió velozmente debajo de la cama, y la jovencita se cubrió con las sábanas. Al entrar la dueña de casa y preguntarle extrañada por qué a esa hora, aún, no se había levantado, ella le respondió que se sentía indispuesta. Todo parecía normal y ya se retiraba la mujer cuando observó algo inusual: Cerca de la cama de la empleada había unos zapatos de hombre. Fue cuando con un grito estridente preguntó: ¿Y qué es esto? La muchacha no supo responder y simplemente se tapó la cara con las cobijas. La dueña de casa, conducida por su intuición, se agachó lentamente para mirar bajo la cama, y allá, en el fondo oscuro vio unos ojos muy abiertos que brillaban detrás de la blanca desnudez de un hombre. Enseguida se armó de una escoba, y estocando furibunda al intruso, lo intimó a que saliera.

-Voltéese y salgo- se oyó decir desde la penumbra del escondite.

Así se descubrió la aventura amorosa de Cagua a quien se le prohibió volver a esa casa, y la triste muchacha fue despedida sin apelación

En el colegio había un hermano lasallista que presumía de sicólogo y recorría las instalaciones del plantel vigilando a los estudiantes que le parecían necesitados de su ayuda. Las presas preferidas eran los muchachos menos esforzados en los deportes que debían practicarse obligatoriamente durante los recreos intermedios de las clases, y su método consistía en llamarlos para una sesión personalizada en las oficinas de la Prefectura de Disciplina.

Una mañana, cerca del mediodía, Cagua le contó a Meneses que el hermano prefecto lo había llevado a una extraña entrevista en la que lo sometió a un

interrogatorio minucioso sobre su actividad sexual, y que, para mortificar al improvisado sicólogo le dio respuestas inocentes a sus molestas preguntas.

-¿Usted practica el vicio solitario?,- le preguntó el Hermano, y Cacua le pidió que le explicara de qué se trataba aquello.

-¿Usted se excita cuando ve los senos de una muchacha? - ¿Qué es excitarse?- inquirió Cacua.

A la tercera insólita respuesta, el prefecto de disciplina despachó al alumno con una tremenda reprimenda por la descarada manera de ridiculizarlo, y el religioso jamás volvió a intentar hacer orientaciones sexuales a los alumnos del último grado.

Entre los profesores laicos había uno con unas singulares características apodado Peparro, que era la sigla de su dirección telegráfica. Pedro Pablo Rodríguez tenía una figura patética: era regordete, de tez morena, de regular estatura y usaba siempre unos anteojos de vidrios oscuros para ocultar el estrabismo de sus ojos. Su vestimenta era la improvisada combinación de trajes diversos porque usaba unas corbatas que nunca coordinaban con el resto de las prendas, y las puntas de los cuellos de sus camisas siempre se levantaban airosamente. Era cascorbo y caminaba a zancadas, siempre de prisa. Cuando iniciaba sus clases al comienzo de cada año, ponía sobre el pupitre del profesor un viejo maletín con la siguiente advertencia: Aquí tengo un revólver para que ninguno de ustedes se vaya a equivocar conmigo.

Venía de un pueblo cercano donde había dictado clases durante varios lustros, y su llegada al Colegio Provincial la consideraba un ascenso importante en su carrera de profesor, dado el prestigio del claustro.

El primer día de clase los estudiantes quedaron atónitos por sus modales. Su estilo era totalmente extraño al resto de profesores y, mucho más, al de los religiosos lasallistas que regentaban el colegio. Pero, a pesar de sus costumbres descorteses y sus advertencias amenazantes, fue ganando terreno en el aula por su inteligencia y su versación.

Después de algunas semanas sentenció: “Aquí no van a aprobar todos. Ya veo a varios repitiendo el curso el año entrante”. En otras ocasiones observaba: “Ríen, ríen ahora porque en los exámenes el que va a reír soy yo”.

Peparro era un hombre modesto y de buena fe que tenía el método pedagógico de colocarse al nivel de los alumnos para obtener su confianza a pesar de sus maneras

desabrochadas, e interesarlos en las asignaturas que dictaba. Además, era estricto en sus calificaciones y no tenía preferencias distintas al buen rendimiento de los muchachos.

Peparro pasó a ser el director de curso del cuarto año de bachillerato y debía vigilar que los alumnos cumplieran las estrictas normas del colegio. En cierta ocasión, cuatro estudiantes se habían escapado en horas de clase, y Peparro, que regresaba al colegio, alcanzó a verlos recostados en una pradera lejana. Ellos, también, vieron al profesor. Con el fin de poder identificarlos plenamente, Peparro emprendió una rápida caminata para llegar al aula de clase y correr la lista, así tuviera que interrumpir al profesor de turno. Los muchachos, a su vez, corrieron para llegar antes que el profesor tomando un atajo por los potreros del colegio. Como gacelas, saltaron arroyos, remontaron las cercas de alambre de púas y corrieron por los patios hasta que pudieron entrar con los compañeros que ingresaban al salón de clases al finalizar el recreo de la tarde. Cuando éste entró y pidió permiso al profesor de turno para llamar a lista, se encontró con la sorpresa de que todos los estudiantes estaban allí.

¡Yo los vi, yo los vi! gritaba llevándose las manos a la cabeza. Se quitó los anteojos oscuros dejando ver sus ojos torcidos, y empezó a caminar lentamente por entre los pupitres para ver si lograba descubrirlos por la agitación de los fugitivos, pero con desánimo observó que todos los muchachos venían sudorosos del recreo en el que tenían la obligación de practicar algún deporte.

Con los años se supo que Peparro había muerto. Su hijo mayor contó que, ya envejecido, había regresado a su pueblo natal donde continuó su labor de profesor hasta el último día, y que había llegado al final de su vida pobre y enfermo. Pero, orgulloso, el hijo aseguró que su padre dejó un legado de honradez sin haber cejado jamás en su esfuerzo de enseñar y de formar a sus alumnos con la guía de la rectitud

El origen de antiguas instituciones suscita controversias sobre la época de su ocurrencia y sobre sus gestores, porque, ellas, suelen tener inicios complejos en los que intervienen diferentes personas en tiempos prolongados. Así sucede con la fundación del Colegio Provincial de San José de Pamplona.

Cuando el gran poeta Eduardo Cote Lamus se sentaba en los bancos del Colegio Provincial, los alumnos del último año de bachillerato encabezaron una enconada discusión que contrarió a los directivos lasallistas del plantel quienes sostenían que el fundador había sido el Obispo de Mérida y Maracaibo Rafael Lasso de la Vega, mientras que Cote y sus conmlitones defendían la tesis de que el gestor había sido el General Francisco de Paula Santander. Esta disputa tuvo como consecuencia que al poeta no le fuera otorgado su diploma de bachiller por el propio Colegio, y tuviera que acudir al Ministerio de Educación para que se lo confiriera con un procedimiento extraordinario.

Lo cierto es que el colegio comenzó sus actividades en 1816 por iniciativa del Obispo Lasso de la Vega en su paso por Pamplona, concebido como una Casa de Estudios para que niños de corta edad aprendieran las primeras letras.

Monseñor Lasso de la Vega había nacido en Veraguas, Panamá, en 1764, y adelantó sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá. Como hecho muy curioso, se registra en su historia que solamente habló cuando cumplió los 18 años de edad, pero eso no impidió que fuera un ilustre prelado y desplegara una meritoria actividad a lo largo de su vida, finalizada como Obispo de Quito donde murió el 4 de abril de 1831.

Después de desempeñar varios destinos como presbítero, Lasso de la Vega fue elegido por el Papa obispo de Mérida y Maracaibo el 8 de marzo de 1815. Recibió las Bulas en San Cristóbal del Táchira, y fue durante su viaje a Bogotá, con permanencia en Pamplona, cuando dispuso la fundación de la Casa de Estudios.

Después de la batalla de Boyacá, el obispo Lasso de la Vega emigró de su diócesis y suspendió a los sacerdotes que no atendieran su rebeldía contra el gobierno colombiano surgido de la Independencia. Pero, después de 1820, cuando vio el respeto hacia la Iglesia Católica por parte del Libertador, abrazó la causa independentista, explicó su proceder en el escrito “Conducta del Obispo de Mérida” y se transformó en un decidido patriota.

En Trujillo, Venezuela, recibió a Simón Bolívar en las gradas del presbiterio y le impartió una solemne bendición; y en una visita posterior le ofreció su concurso,, como único prelado de la nueva república, para el establecimiento de las relaciones con la Santa Sede y proponer un concordato entre ambas potencias. Fue elegido Diputado al Congreso de Cúcuta de 1821 al que asistió hasta 1826.

Poco tiempo después de fundado, el Colegio entró en un receso temporal por la inestabilidad del país, hasta 1821 cuando el obispo Lasso de la Vega se entrevistó

con el general Santander durante el desarrollo del Congreso de Cúcuta en el que ambos participaron como miembros de esa histórica corporación que expidió la Constitución de la República de Colombia.³

El 4 de febrero de ese año, el general Santander hizo entrega al obispo del llamado Colegio Viejo que perteneció a la Compañía de Jesús, iniciándose así el apoyo oficial al Colegio Provincial. Por su parte, el Ayuntamiento de Pamplona decidió que se recobraran los dineros provenientes del remate de las haciendas de los jesuitas para que se constituyeran en rentas del Colegio.

Los jesuitas habían sido expulsados de España y sus colonias por orden del rey Carlos III en abril de 1767 en una forma sorpresiva y secreta, decisión que parecía inimaginable teniendo en cuenta la fortaleza de la Compañía.

El intelectual santandereano Álvaro Uribe Rueda en su libro “La otra cara de la luna”, que desarrolla una vasta investigación sobre la España medieval, la conquista americana y finaliza en el siglo XVIII, nos ilustra sobre esta sensible expulsión. Su investigación arroja unos detalles singulares sobre el estrepitoso episodio.⁴

La expulsión de la Compañía de los territorios gobernados por el rey de España Carlos III de Borbón reflejaban las ideas de la Revolución Francesa y los cambios en los factores de poder en Europa. Los jesuitas habían inculcado ideas socializantes en contra del individualismo en sus misiones de Sudamérica, y se habían convertido en eficientes competidores en los productos de exportación.

Pero en España y sus colonias, donde gozaban de gran ascendencia popular, se desató, además, un golpe cortesano quizás el más grande de la historia universal del chisme con demoledoras consecuencias. Es que el conde de Aranda hizo conocer a Su Majestad Carlos III una carta apócrifa del padre Ricci, superior general de la Compañía, en la que aseguraba que el Rey, hijo de la segunda esposa de Felipe V, Isabel Farnesio, era hijo adulterino del cardenal Alberoni, primer ministro de la época. Este gravísimo hecho podía cambiar, ni más ni menos, la legitimidad de la sucesión monárquica de España.

La reacción del monarca, que desde años atrás estaba irritado por la resistencia de los jesuitas a entregar varias reducciones paraguayas a los esclavistas de Portugal, fue fulminante. También fue motivo de su inconformidad el reciente motín popular

³ RÍOS Juvenal. *“Reseña Histórica del Colegio Provincial San José de Pamplona”*. Imprenta Departamental. Cúcuta. 1966

⁴ **URIBE RUEDA**, Álvaro. *“La otra cara de la Luna”*. Ediciones Uniandes. Impresión: Editorial Kimpres. 2014. Bogotá.

de los madrileños contra Esquilache, que parecía atizado por miembros de la Compañía, para aparecer luego como obsecuentes pacificadores.

Sin lugar a dudas, lo que desató la furia del monarca fue el documento en que se insinuaba que los jesuitas conservaban el expediente con las pruebas de la ilegitimidad para reinar de Carlos III, todo en provecho de su hermano que sería el “hombre de paja” de la Compañía. Debió ser ésta la poderosa *razón de Estado* invocada secretamente por el Rey en su pragmática de expulsión. El conde de Aranda, al emplazar a los principales jesuitas ante su Consejo, “hizo alusión a un cierto crimen de lesa majestad de la más alta gravedad y que debe permanecer en secreto”. Esto lo confirma el propio Carlos III en respuesta dada al papa Clemente XIII cuando éste le pidió que explicara las razones por las cuales decretó la expulsión de la Compañía de Jesús de todos los reinos de España y América en 1787: *Para excusar al mundo un gran escándalo, por siempre guardaré oculta en mi corazón la abominable trama que ha motivado estos rigores. Su santidad debe creerme sobre mi palabra; la seguridad y el reposo de mi existencia exigen de mí el más absoluto silencio sobre este asunto*”.

Volviendo a Pamplona, el obispo Lasso de la Vega compró la Hacienda Carrillo y la entregó en donación para que, junto con los aportes de otros benefactores, se formara un patrimonio que permitiera el funcionamiento del centro educativo superando las dificultades que hasta entonces lo habían rodeado.

Como la ley 8ª de agosto de 1821 ordenó la supresión de los conventos que tuvieran menos de ocho religiosos de misa para destinar sus edificaciones a la educación, fue cerrado el convento de San Agustín y entregado a las autoridades de Pamplona.

Los miembros de la Junta de Instrucción designados por el Cabildo, Francisco de Paula González, Vicente Quiroz y Francisco Valencia, trabajaron denodadamente para reabrir el colegio, y el 9 de febrero de 1822 lo hicieron en las instalaciones del Colegio Viejo mientras era reparado el convento de los agustinos que sería su sede definitiva.

Posteriormente, a instancias del mismo obispo, por decreto del 5 de marzo de 1823 firmado por el General Francisco de Paula Santander como vicepresidente de la República y encargado del Poder Ejecutivo, el colegio se incluyó como Casa de Educación de Pamplona dentro del amplio plan educativo que el Mandatario ejecutó en Colombia.

Pero no terminó allí la ayuda del general Santander. El 21 de noviembre de 1834, a solicitud de la Junta Conservadora del Colegio, le cedió a perpetuidad el edificio del antiguo convento de San Agustín. Además, atendiendo la solicitud que le formulara

el Gobernador de Pamplona, dictó el decreto del 15 de junio de 1835 que le dio la organización definitiva al establecimiento.

En uno de sus artículos se dispone que *“los cursos ganados en el Colegio de Pamplona, con todos los requisitos legales, habilitan para obtener el grado universitario”*, señalando la importancia que el Presidente Santander le dio, otorgándole una categoría similar a la del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá que él conocía.

Francisco de Paula Santander había nacido en el Rosario de Cúcuta el 2 de abril de 1792, y fue el tercer hijo del rico hacendado Juan Agustín Santander Colmenares que ocupó durante un tiempo la gobernación de San Faustino de los Ríos. Su madre, Manuela Antonia de Omaña y Rodríguez, había enviudado del abogado tunjano Nicolás de Tovar y Guzmán y a sus 20 años de edad contrajo matrimonio con Juan Agustín que ya frisaba los 43 años. El pequeño fue bautizado el siguiente 13 de abril en la capilla de Santa Ana en Cúcuta.

La infancia de Francisco de Paula transcurrió en la placidez de una familia adinerada que ocupaba un lugar privilegiado en la sociedad de su región. Su educación fue esmerada incluyendo estudios de Latín, y su entorno le ayudó a forjar una personalidad adornada de mesura, señorío y buenas maneras, virtudes notables de su madre. Igualmente, se formó como gran trabajador, tal como lo aprendió de su padre. Siendo un niño de pocos años nació su hermana Josefa quien sería su amiga entrañable durante toda la vida.

Como pocas ciudades colombianas, Pamplona sufrió los horrores de la guerra de independencia por haber abrazado tempranamente la causa libertadora, que le hizo merecer el título de “Ciudad Patriota” con el que la distinguió el Libertador quien se alojó en ella numerosas veces en su paso obligado hacia Caracas.

El historiador pamplonés Belisario Matos Hurtado relata lo triste del aspecto que presentaba la ciudad hacia finales de 1913, porque en las calles solitarias había cadáveres putrefactos, despojos de uniformes militares y restos de lujosos mobiliarios. Las mansiones señoriales estaban en ruinas, y solitarias las iglesias.⁵

⁵ MATTOS HURTADO Belisario. *Fechos e Subcesos de la mía Cibdad*. Editorial Gómez y Páez. 1948 Bucaramanga Santander.

Los habitantes habían abandonado a Pamplona y vivían dentro de cuevas en las soledades de los páramos yermos; y cuando las tropas españolas de Casas y Matute ocuparon la ciudad en diciembre de ese aciago año, la hallaron completamente desierta. En la terrible reconquista, los invasores se dedicaron al pillaje y destrozo de todo aquello que no podían llevarse, sin respetar, siquiera, los templos de donde se robaron valiosas piezas de la liturgia cristiana entre las que había una hermosa custodia perteneciente al convento de Santa Clara, que, se afirma, fue entregada a la Capilla Real de Madrid.

Cuando llegó a los dispersos pamploneses la noticia de que el general Santander había formado un ejército en los llanos de Casanare y marchaba a invadir la Provincia de Tunja, despertó en ellos un enorme júbilo y decidieron secundar sus movimientos libertarios. Ingeniosos ardidess emplearon para ponerse en contacto con los patriotas apresados en las cárceles de la ciudad como José María Mantilla, José María Villamizar Gallardo y otros distinguidos patriotas y, a mediados de 1819 los fugitivos atacaron a Pamplona y los prisioneros se insurreccionaron. El audaz plan fue triunfante, la guarnición realista de la plaza fue vencida y los patriotas volvieron a ocupar la desvencijada población.

Terminado el combate, se procedió a organizar el gobierno republicano. De manera unánime fue designado para el delicado y peligroso cargo de Alcalde don José María Acevedo, virtuoso y competente ciudadano que muchos servicios había prestado a la causa libertadora.

Y, por fin, el 7 de agosto de 1819 sonó en los campos de Boyacá el grito de victoria cuando se enarboló la bandera de la independencia nacional. Pronto llegaron a Pamplona los vencedores del Puente de Boyacá, y una tarde gloriosa hizo su entrada triunfal el Libertador entre los vítores de sus sufridos habitantes. La llegada a Pamplona de Bolívar y Anzoátegui selló la libertad por la que tanto habían sufrido los pamploneses, y que tanto ansiaban para recobrar la paz. ⁶

Al día siguiente de la llegada de Bolívar, narra don Julio Pérez Ferrero⁷, se dio principio a los preparativos de la campaña sobre los valles de Cúcuta y del Táchira. Sus ayudantes y edecanes transmitían las órdenes a los diversos jefes para activar la movilización del ejército, los toques de marcha ensordecían el aire y los batallones se aprestaban a marchar.

⁶ ROCHEREAU, J. Henríque *Pamplona, Descripción Tradiciones y Leyendas. Historia*. Imprenta de la Diócesis. Pamplona 1911.

⁷ Don Julio Pérez Ferrero, (1851 – 1927) educador y prohombre nacido en Cúcuta y residenciado por muchos años en Pamplona, hasta su muerte.

El Libertador hizo llamar al alcalde de la ciudad y, cuando éste estuvo en su presencia, con voz firme le ordenó

- Señor Alcalde: necesito un hombre leal, enérgico y pundonoroso que lleve pronto y con seguridad unos pliegos a Bogotá.
- Excelencia, salgo al punto a buscarlo.

No quería el Libertador desprenderse de ningún militar de las fuerzas que seguían para Cúcuta a las órdenes inmediatas de Anzoátegui, porque era una misión que no debía distraer a los hombres que se preparaban para una nueva campaña heroica.

Un rato después del diálogo transcrito se presenta el Alcalde de nuevo, y le informa a Bolívar:

- Tengo conseguido ya el hombre, tal como su Excelencia lo desea: fiel, enérgico y pundonoroso.
- Está bien, dijo secamente aquel grande hombre que llevaba bajo sus hombros el peso de la misión que él mismo se había impuesto de emancipar a América.

Apenas se habían cumplido nueve días, cuando a la puerta del despacho del Libertador llega un hombre cubierto de polvo, con los pies hinchados y el semblante demacrado, para entregar en propia mano al Libertador el pliego de respuesta, y le dice:

- Está desempeñada la comisión; ésta es la contestación de Bogotá.
- ¡Imposible!, exclamó el Libertador.
- Abra el pliego, Excelencia, y lo comprobará.

El Libertador rasgó el sobre con mano febril, y preguntó:

- ¿Quién lo trajo?
- El hombre que conseguí por mandato suyo.

Siguió, Bolívar, absorto en sus tareas sin advertir el estado de agotamiento de aquel hombre que le dio parte de su misión, y que se dirigió quedamente a la casa donde vivía su familia.

“Oscurecía la tarde, y pronto los vapores que exhalaba la tierra, empujados por un viento del norte, sutil y frío, se confundieron con las sombras de la noche,

envolviendo la ciudad silenciosa en densa oscuridad”, escribió don Julio Pérez Ferrero.

Al siguiente día, de madrugada, las campanas de todas las iglesias doblaban con un repique prolongado y lento. Las gentes corrían en dirección al sitio donde yacía la persona, que debía ser de alta posición. El Libertador preguntó quién había muerto, y se le informó que el Alcalde, quien se había ausentado de la ciudad por ocho o nueve días sin saberse su destino, y que el día anterior, al anochecer, entró a su casa enfermo a causa de excesiva fatiga y, agotado por el esfuerzo, exhaló su último aliento apenas reclinó su cuerpo en el lecho.

-¿Cómo se llamaba?

-José María Acevedo, le respondieron.

-¡Ha muerto un héroe, exclamó el Libertador.

-¿Qué clase de héroe?, preguntaron los ayudantes que estaban con él y que jamás habían oído tal nombre.

*“Un héroe del deber uno de esos seres desconocidos que nada reclaman a la gloria, y que, si la fama fuera siempre justa, habría de pregonar sus nombres para que la Historia Nacional los guardase con cariño, y la gratitud les discerniese coronas inmortales. Que mis palabras me sobrevivan para que ese nombre no se quede en el olvido.”*⁸

En 1919, después de la Batalla de Boyacá, el joven general José Antonio Anzoátegui llegó a Pamplona el 25 de octubre para reunirse con el Libertador y asumir la jefatura del Ejército del Norte designado por él.

El 8 de noviembre siguiente se despidieron los dos héroes porque Bolívar marchaba hacia Angostura para organizar los ejércitos de Apure y Oriente en su propósito de consolidar la independencia de Venezuela.

Anzoátegui había tenido una brillante actuación en Boyacá al demostrar su extraordinario valor cuando se enfrentó al grueso del ejército español, en cuyo reconocimiento recibió el grado de General de División cuando apenas iba a cumplir 30 años de edad. Años antes había sido designado jefe de la Guardia de Honor del Libertador en 1816 después de haber participado valerosamente en la batalla de Araure en 1813 y la primera de Carabobo en 1814, por todo lo cual se había

⁸ Julio Pérez Ferrero

convertido en uno de los más prestigiosos jefes de la milicia patriótica en el que Bolívar depositó plena confianza.⁹

No tenía Anzoátegui la costumbre de escribir con frecuencia cartas y, por eso, se destaca la que dirigió desde Bogotá el 28 de agosto de 1819 a su esposa Teresa Arguindegui quien vivía en Chaguas de Cumaná (Venezuela). En esta misiva relata con numerosos detalles su trajinar en la campaña libertadora al lado de Simón Bolívar. Y, para conocer dramáticos episodios del paso del ejército patriota por la cordillera de los Andes, transcribo los párrafos finales de la carta, incorporados por el doctor Alirio Sánchez Mendoza en su escrito sobre la muerte de Anzoátegui¹⁰:

“El 5 de junio acabamos de pasar el río Arauca y seguimos por entre el agua como te he dicho hasta llegar a Tame en territorio granadino el día 11, en donde encontramos ya el Ejército del General Santander...” “...El 18 salimos de Pore, el 23 llegamos a Nunchía, el 25 a Morcote y el 27 a Paya donde la vanguardia ganó la batalla...”

“¡Aquí fue Troya! Perdimos íntegra nuestra caballería; y el llanero, ese hombre terrible en su tierra, quedó reducido a nada. Una vez en el Páramo de Pisba, yo y todos los compañeros nos creímos perdidos...” “Sólo el genio del Libertador pudo salvarnos y nos salvó efectivamente, auxiliado eso sí por el patriotismo y entusiasmo de los patriotas de la Provincia de Tunja, especialmente por las mujeres, que no creerás, se despojaron realmente de su ropa para hacer con ellas camisas, calzoncillos y chaquetas para nuestros soldados...” Finalmente, se refiere a las batallas del Pantano de Vargas y Boyacá para concluir su escrito.

Encontramos a Anzoátegui el 14 de noviembre de 1819 en Pamplona consagrado a la organización del ejército que debía invadir a Venezuela por el Occidente, y sus allegados se disponían a celebrarle su llegada a los 30 años de edad. Era un domingo día de mercado y de misa solemne en la iglesia de Las Nieves.

A la una de la tarde, según el coronel José María Ortega, José Antonio Anzoátegui sufrió un ataque. En su comunicado a Bolívar, relata: *“Hoy a la una del día ha sido atacado el señor General Anzoátegui de un fuerte accidente, y a la fecha, que serán las siete de la noche, se halla privado de todo sentido y según el dictamen del doctor Tomás Foley, con bastante riesgo de perder la vida”*.¹¹

⁹ SANCHEZ MENDOZA, Alirio. *“José Antonio Anzoátegui. La muerte de un héroe”*. Sic Editorial. Bucaramanga 2008.

¹⁰ Ibidem

¹¹ Ibidem

La fiesta de cumpleaños, por supuesto, se terminó y empezaron a surgir los más variados comentarios sobre este grave acontecimiento. Y, el martes 16 de noviembre de 1819, el general Anzoátegui fallece ante el asombro general.

El féretro del grande oficial fue sepultado en la iglesia de Las Nieves, que se convertiría en la Catedral cuando se creó la diócesis de Nueva Pamplona, y que en el terrible terremoto de Cúcuta de 1875 se derrumbó y nunca fue reconstruida. Los restos mortales del héroe de Boyacá se perdieron para siempre.

Pese a las diversas hipótesis que se expusieron sobre las posibles causas del fallecimiento de Anzoátegui, el connotado médico Alirio Sánchez Mendoza en su estudio sobre la muerte del héroe afirma que, con base en diversos antecedentes examinados, *“se descubren causas suficientes para desencadenar el accidente cerebro-vascular que lo derribó a la una de la tarde del día domingo 14 de noviembre”*.¹²

¹² Ibidem

Padre, - le dijo Portilla al Padre José Rafael Faría un día de 1960, cuando se celebraba el sesquicentenario del Grito de Independencia de Pamplona ocurrido el 4 de julio de 1810- ahora sí se van a llevar el Tribunal Superior.

Faría, que se desempeñaba entonces como Vicerrector del Colegio Provincial, le replicó:

Mire, yo estoy muy cansado de enviar mensajes a la Corte Suprema de Justicia para que no se lleven el Tribunal. Además, los pamploneses son muy avaros porque cuando les pido la contribución para pagar el telegrama, me dicen que si al poner únicamente un apellido en su firma pueden pagar sólo la mitad.

Mire – concluyó el sacerdote– si los de Cúcuta nos quitan el Tribunal, les cambiamos el curso del río Pamplonita para que vayan a comer caca de otra parte.

La historia del Tribunal del Distrito Judicial de Pamplona se remonta a la creación del Departamento Norte de Santander, y fue resultado del “pacto de caballeros” que se hizo entre los representantes de las provincias de Cúcuta y de Pamplona para que esta última entrara a formar parte del nuevo departamento.

Como lo consigna el Acta de la Junta convocada el 19 de enero de 1910 por el doctor Víctor Julio Cote Gobernador de Cúcuta con el fin de definir la incorporación de la Provincia de Pamplona, las condiciones presentadas por don Julio Pérez, y que se aprobaron para que los pamploneses aceptaran dicha incorporación, fueron las siguientes:

“1°- Asignarle *al Municipio de Pamplona hasta \$3.000 pesos oro para la construcción de un matadero público*, que se deben apropiar en dos contados de \$1.500 por año.

2°- *Destinar*, con carácter preferente, el 25 por ciento del presupuesto departamental para la construcción de la carretera Cúcuta – Pamplona.

3° Y solicitar al *Poder Legislativo la creación de un Tribunal Superior Judicial con asiento en la ciudad de Pamplona.*

La disputa por la sede del Tribunal duró muchos años porque los abogados de Cúcuta se quejaban porque tenían que viajar hasta Pamplona para presentar sus alegatos ante esa corporación. Además, eventos como la posesión de un gobernador cuando no estaba reunida la Asamblea Departamental debían celebrarse ante el Tribunal Superior de la Ciudad Mitrada.

Entre pamploneses y cucuteños se lanzaban frecuentes ofensas aduciendo la importancia de la Capital del Departamento y la tradición de la pequeña Pamplona, que se preciaba de ser el centro cultural y estudiantil más importante de la región.

En una ocasión, cuando alguien argumentaba que Cúcuta era mejor que Pamplona por ser una progresista ciudad industrial, un pamplonés le replicó que eso era solamente porque en ella se fabricaban los sombreros para las cabezas pamplonesas.

El sacerdote José Rafael Faría Bermúdez nació en Pamplona el 12 de junio de 1896 y cursó los primeros estudios en los colegios de don Julio Pérez Ferrero y de doña Reyes Mantilla. Luego ingresó al Seminario Conciliar para seguir sus estudios sacerdotales. En todos los establecimientos se destacó como un aventajado estudiante.

En 1914, cuando apenas tenía 18 años de edad, Faría fundó junto con varios compañeros del Seminario el "Centro o Ateneo Zeledón" con el objeto de hacer prácticas de oratoria y declamación, ejercicio que les permitió un buen dominio de estas disciplinas.

José Rafael Faría se ordenó como presbítero en 1918 y ejerció su carrera clerical en varias parroquias del Norte de Santander con espíritu emprendedor y progresista. Trabajó en la Parroquia de San José de Cúcuta; después fue designado Cooperador en la Parroquia de las Nieves de Pamplona; más tarde, fue párroco en Gramalote donde, entre otras obras, dirigió la restauración del templo parroquial.

En Pamplona impulsó el desarrollo de la cultura mediante la realización de conciertos de música clásica y tertulias para promover estudios literarios, históricos y filosóficos. Posteriormente fundó el Centro Colombia y la Revista Colombia para estimular y fomentar el adelanto intelectual, cívico y moral de los jóvenes en los niveles local y departamental. Como base del verdadero progreso, propugnó el afianzamiento del espíritu religioso para acabar con la superficialidad y fatuidad de los jóvenes. Anexos al Centro funcionaban un salón de lectura, una biblioteca y varios sitios de esparcimiento.

El Centro Colombia y la Revista Colombia eran ajenos a ideologías políticas y en ella colaboraban destacados intelectuales como el padre Enrique Rochereu, monseñor Luis Pérez Hernández, más tarde primer obispo de Cúcuta, y el historiador pamplonés Belisario Mattos Hurtado. En el Centro Colombia se dictaban conferencias sobre literatura, derecho y artes, y uno de sus lemas centrales era el que enseñaba que “ningún hombre se basta así mismo y a todos nos es preciso adquirir, mediante ajena cooperación, lo que con nuestro esfuerzo individual nunca podríamos alcanzar.” La lucha constante por el desarrollo de la cultura hace del sacerdote un modelo de educador cuyo nombre perdurará por mucho tiempo en la memoria de sus coterráneos.

En 1949 viajó a Europa para estudiar filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma donde obtuvo el título de Licenciado y Doctor en Filosofía con tesis laureada. A su regreso, en compañía del educador Augusto Ramírez Villamizar fundó en 1953 el Colegio del Norte con estudios de primaria y bachillerato, donde se formaron estudiantes colombianos y venezolanos principalmente. Durante muchos años ejerció como profesor en diversos planteles de educación y se desempeñó como vicerrector del Colegio Provincial san José de Pamplona

Bajo su liderazgo se creó la Universidad de Pamplona el 23 de noviembre de 1960, institución que ha sido fundamental en el desarrollo cultural, social y económico de la región. Decenas de miles de egresados se han incorporado a la vida productiva y han contribuido de manera destacada al fortalecimiento de la educación nacional.

Por su magisterio sacerdotal, por su oficio de escritor y su gran labor de educador recibió numerosas condecoraciones del orden municipal, departamental y nacional que lo exaltan como ciudadano ejemplar y uno de los pamploneses más sobresalientes de todos los tiempos.

Dejó numerosos escritos sobre religión y filosofía como el Curso de Filosofía, en tres tomos, e Historia de la Filosofía publicados por la Editorial Voluntad. Es autor de Moral Familiar, Amor y Matrimonio, Catecismo Elemental, Lecciones de Catecismo y tratados de Ética, Lógica, Matemática y Cosmología. Su libro De mi Huerto es una recopilación de sus inspirados poemas.

En la época en que Faría dedicaba el mayor esfuerzo en escribir sus obras, en Pamplona funcionaba una planta hidráulica que suministraba la electricidad a la ciudad, pero en condiciones tan precarias que en las horas nocturnas en que los habitantes más la utilizaban su intensidad era bajísima. Por eso, el escritor dormía durante las primeras horas de la noche y se levantaba a las dos de la madrugada, cuando los demás se habían ido a la cama y era mejor la luminosidad de los bombillos para aprovecharla en su persistente labor.

El padre Faría vivió muchos años y fue desapareciendo discretamente en una vivienda que le acondicionó la Universidad porque él no tenía bienes materiales.

Parecía como si ya no perteneciera a este mundo en el que fue tan vital, tan enérgico, tan laborioso, y casi nadie se enteró de su existencia en esos años en que la ancianidad lo fue despojando de sus sentidos como para enviarlo a la eternidad libre de todo lo humano.

Portilla lo visitaba con alguna frecuencia, pero el presbítero ya no recordaba su nombre, ni a qué familia pertenecía, ni se interesaba por sus comentarios. El joven, en cambio, tenía guardado en lo más hondo de su alma los recuerdos de su infancia cercana al sacerdote: el terror que causaba la manera de conducir la camioneta de platón del colegio, la libreta donde anotaba los chistes que repetía en las tertulias, las sesiones de música y poesía que a veces escuchaba desde el zaguán de la casa de la familia Faría a donde era enviado por su madre con algún recado.

Pero, si los últimos años del padre Faría transcurrieron velados por la neblina del olvido, por el contrario, su memoria permanece viva en la ciudad en la que dejó como obra extraordinaria la Universidad que él fundó y fortaleció, su huella en todos los sitios donde ejerció brillantemente la misión sacerdotal y los grandes aportes como escritor y profesor.

Meneses tuvo la fortuna de ser vinculado como funcionario administrativo de la Embajada de Colombia en Venezuela en el Grado Ocupacional, 8 gracias a que había conocido al nuevo embajador cuando trabajaba como periodista en Arauca y él le ofreció hacerlo nombrar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Así, con un golpe de suerte inesperado, su vida tomó un rumbo nuevo y pudo desplegar sus habilidades como escritor y compositor de música.

Después de un tiempo de desempeñarse en la Embajada, el día que cumplió sesenta y cinco años de edad, sentado frente a la ventana con la vista del Ávila, Meneses creyó que había llegado el momento de prepararse para la muerte. Sesenta y cinco años son muchos en la vida de un hombre, se dijo, y no he hecho nada que valga la pena en este tiempo de tantos días y noches inútiles. Con escasas excepciones, mucho antes de esta edad los grandes hombres han culminado aquello que los ha hecho importantes. Pero mi vida ha sido demasiado corriente como para mostrar algo extraordinario y, menos, heroico pensó.

De niño se había embelesado en la biografía de Napoleón Bonaparte y soñaba con sus audaces hazañas que lo llevaron no sólo a restaurar la monarquía sino a fundar una casa imperial al amparo de la Revolución Francesa. Y se dolía del triste final del Emperador en Santa Elena preso en la inmensidad del océano y rodeado del ridículo protocolo de su imperio arrasado. También se había inflamado con la vida de Bolívar, triunfante en Boyacá y en Junín y coronado en Perú, y se estremecía al imaginar sus últimos días enfermo y derrotado en la casa de campo de un realista español soñando hasta su muerte con un viaje irrealizable.

En algún momento de su infancia se había emocionado con el ejemplo de los santos que habían ofrendado la vida por su fe, y se conmovió con el martirio de los cristianos despedazados por las fieras en el circo romano. Pero no había buscado la gloria ni optado por el martirio. Simplemente siguió el dictamen del que creyó que era su destino con una entrega, hasta cierto grado, abnegada.

Y como si estuviera apostando a una lotería, Meneses hizo varios cálculos en la adivinación del tiempo que le quedaba para tratar de realizar, por lo menos, una obra trascendente. Pero le fue difícil predecir cuán largo sería ese lapso porque a su edad cualquier cosa podía impedirle cumplir su propósito: Una enfermedad incurable que lo precipitase al final; la demencia senil que lo abstrajera del mundo; la pobreza inminente que le hiciera imposible trabajar en su obra o, simplemente, la abulia repentina que se apodera de las almas.

En todo caso, estaba dispuesto a afrontar el reto. Ahora debía decidir qué hacer. ¿Para qué estoy preparado? se preguntó buscando una respuesta que no podría ser como muchas de las que había dado en su vida llena de imprecisiones y de verdades a medias. Era una respuesta que solamente podía darse él y que únicamente él sabría si era verdadera. Por eso no se precipitó a contestar. Dejó vagar su mirada por las estribaciones de la Cordillera de la Costa, y se entretuvo con las nubes que surgían del mar deslizándose lentamente de oriente a occidente sobre el precioso valle de Caracas.

Como lo había repetido muchas veces, hizo un recuento minucioso de su vida asombrado por la cantidad de años que había vivido, atemorizado y arrepentido como quien declara ante un juez. Recordó su infancia feliz en la casa paterna, un refugio seguro que le evitó ser audaz para sobrevivir y le moldeó un alma sin rencores. Eran años de pobreza que, sin embargo, no le dejaron huellas de amargura, tal vez, porque no había manera de compararla con la riqueza de nadie dado que en su pueblo todos eran igualmente pobres. Por suerte, fue una pobreza sin hambre ni frío.

Recordaba el placer que le producían sus juegos en el solar de su casa donde había construido con maderas y cartones un refugio en un árbol de higo en el que permanecía largo tiempo haciendo volar su imaginación, observando los pájaros cercanos y escuchando los ruidos habituales de las casas vecinas que se producen en la intimidad de los patios traseros. Tenía claro este recuerdo porque debieron ser muchos los días que vivió aquellas insignificantes aventuras, y conservaba los olores de todas las plantas que poblaban el solar: El aroma suave de las curubas y los duraznos camuesos; el seco olor de los higos; el perfume entintado de las moras, y la fragancia de la yerbabuena que su madre usaba para las infusiones digestivas. Eran todas sensaciones familiares porque los sorbetes se hacían con las frutas del solar, y la mermelada de moras se fabricaba con las que su madre recogía del viejo moral del fondo todas las tardes. Ella, también, se refugiaba con nostalgia en aquel pequeño bosque interior cuando había culminado las tareas cotidianas que la embargaban la mayor parte del tiempo

Meneses recordaba claramente el día en que su madre lo llevó a visitar la casa de su primo Jaime, quien frecuentemente venía a jugar con él en el solar de sus sueños. Al comienzo no sabía por qué evocaba con tanta precisión aquel episodio ordinario, pero, sentado frente al Ávila entendió que el recuerdo era tan vivo porque a pesar de que la casa de su primo estaba a unas pocas cuadras de distancia, fue una de las pocas veces en que había ido a jugar a un lugar diferente a su solar.

Jaime era ingenioso y vivaz y, también, un niño inocente formado con cristiana educación que jugaba con frecuencia a celebrar misas con los ornamentos que su

madre le había fabricado, y recitaba en latín las oraciones del culto que se sabía a la perfección en razón a que servía de monaguillo en la iglesia parroquial. Jaime abrió a Meneses el horizonte de un mundo exterior poblado de sorpresas.

A Jaime se le ocurrían cosas que Meneses jamás hubiera ideado como fabricar objetos artísticos para vender; presentar funciones de circo con entradas pagas que él mismo ofrecía antes del espectáculo en el que actuaba como trapealista, y organizar excursiones con sus compañeros para escalar las colinas vecinas como guía contratado.

Para Meneses, su primo fue el primer cicerone del mundo exterior que se extendía de una casa a otra atravesando el parque principal alrededor del cual estaban los edificios principales de la pequeña ciudad: La Catedral, el Palacio Episcopal y la Alcaldía. Jaime, por su parte, había descubierto en el solar de Meneses un espacio exclusivo para dar rienda suelta a su imaginación precoz.

De la mano de su padre, Meneses se fue adentrando en el mundo de los libros con cosas tangibles que dejaron en él una grata impronta. La primera, la biblioteca paterna donde transcurría la mayor parte de la vida familiar, que era, a su vez, sitio de trabajo y sala de reunión. En estantes empotrados se alineaban los libros que el padre fue atesorando en su larga carrera de profesor y formaban parte principal del paisaje doméstico. La segunda, el oficio de librero. El padre había abierto una librería, y ambos experimentaban un placer enorme cuando se abrían las cajas de madera de pino recubiertas de papel encerado y atadas con zunchos metálicos, para descubrir entre la paja de relleno y el inconfundible olor de la tinta de imprenta los volúmenes nuevos.

Otro contacto físico con los libros era la tarea que el padre asignó a Meneses de ordenar y limpiar periódicamente los volúmenes de su biblioteca. Era un trabajo que realizaba con fruición y que ocasionaba una incomodidad a los demás habitantes porque los libros ocupaban casi toda la casa durante días enteros. El trabajo, como todas las cosas que hacía Meneses, era minucioso y ordenado, y la limpieza de cada tomo le permitía curiosear en detalle los preciosos ejemplares que constituían el mayor tesoro de la familia.

Unos hechos que también dejaron un recuerdo indeleble en la vida de Meneses eran las celebraciones religiosas, solemnes y atractivas: La Semana Santa era sinónimo de “ruéganos”, un pan penitencial sin levadura que la madre fabricaba con varios días de anticipación y que era el único que se comía durante esa época de recogimiento. También era de rigor el almuerzo de los siete potajes del Jueves

Santo. La Semana Santa significaba, igualmente, ropa nueva y la asistencia obligada a las ceremonias litúrgicas.

Entre éstas había una, tétrica y misteriosa llamada La Reseña, un rito medieval que significa la apoteosis de la cruz, símbolo de la muerte y resurrección de Cristo. La ceremonia se iniciaba con la procesión de los canónigos que, revestidos con caudas negras de varios metros de largo recorrían las naves de la Catedral presididos por uno de ellos que cargaba una enorme bandera negra adornada con la cruz roja en el centro. Al final del cortejo, bajo un palio dorado, desfilaba el obispo vestido de rojo llevando el Lignum Crucis, un relicario con un pedazo de madera que se considera que pertenece a la Cruz de Jesucristo. Desde el presbiterio en tinieblas el obispo tomaba la bandera, la agitaba sobre el altar, repetía luego la acción para el público y, finalmente, lo hacía sobre los canónigos que, tendidos en el piso, formaban una fúnebre alfombra representando a la humanidad que arrastra el pecado y su castigo, que es la muerte. La ceremonia estaba acompañada de cánticos en latín compuestos en el Medioevo, y finalizaba con la entonación del Magnificat, el himno que reproduce las palabras que la Virgen María recitó a Dios durante la visita a su prima Isabel: Magnificat anima mea Dominum. Era una ceremonia incomprensible para el público que asistía a ella, pero que sobrecogía por las luctuosas ritualidades y por los cánticos graves de los celebrantes.

También era miedoso el desfile diario de los penitentes, los miembros de la cofradía del Nazareno que servían de cargueros de las andas procesionales, vestidos con túnicas moradas ceñidas con gruesos cinturones de fique, calzados con alpargatas blancas y con los rostros cubiertos por severos capirotos que les daba un aspecto tenebroso. Al medio día, una docena de penitentes anteceditos por la cruz procesional y haciendo sonar una aguda campana recorría las calles por donde pasaría la procesión de la noche. Durante este desfile toda la población guardaba silencio

La otra actividad religiosa que la madre celebraba con especial pompa era la conmemoración de las apariciones de la Virgen de Fátima en el mes de mayo. Al atardecer, durante todos los días del mes, se rezaba el rosario frente a la gruta que los abuelos habían hecho construir en el solar, y el trece, el día exacto de la festividad, se hacía una pequeña procesión en el interior de la casa con asistencia de los vecinos. Al final del rosario, después de las letanías a la virgen, repentinamente caían ricos caramelos que salían de la gruta tirados por alguien que la madre había designado para que se escondiera allí durante todo el rezo.

La Nochebuena era la fiesta más esperada en la casa de Meneses. Su preparación ocupaba semanas enteras y comenzaba con la apertura de los cajones donde se

guardaban las imágenes de yeso del pesebre, que debían llevarse a reparar porque durante los largos meses de almacenamiento la humedad las afectaba. Después, el paseo a uno de los bosques de niebla de las afueras para recoger el musgo y los arbustos ornamentales. Esos paseos estaban cargados de aventuras infantiles e ingenuos romances furtivos que se suscitaban al abrigo del bosque gris. Eran largos y exigentes, también, los ensayos de la pieza teatral que representaba la llegada de San Nicolás, y que todos los años se interpretaba el 24 de diciembre. Ese sainete había sido escrito por el padre, y él, oficiando como director, tenía que luchar contra la indisciplina de los muchachos que acudían a los ensayos a regañadientes en aquellos días de asuetos. En la cocina la actividad era febril en la fabricación de gran cantidad de hayacas y buñuelos de maíz endulzados con melao de panela.

Las fiestas navideñas tenían un encanto extraordinario porque desde el comienzo de diciembre el clima variaba, y un frío seco hacía luminosos los días que amanecían con un cielo azul sin nubes. Era época de vacaciones escolares y, por tanto, era un tiempo disponible para el descanso. La madre de Meneses, sin embargo, creía que a los niños no se les debía dejar ociosos, y siempre ideaba actividades agotadoras para ocupar sus mentes y cansarlos hasta el agotamiento. Por eso, organizaba las caminatas extenuantes por los bosques montañosos; dirigía la fabricación de las comidas en la que cada quien cumplía una función; dirigía la construcción del enorme pesebre que ocupaba toda una habitación de la casa; presidía el rezo diario de la novena del Niño Dios con largas oraciones y canto de villancicos, y ordenaba madrugar para asistir a la misa de gallo de las cuatro de la mañana, después de la cual se tomaba el desayuno en una colina de las afueras de la ciudad con las ricas viandas que había preparado desde la noche anterior.

En una de esas jornadas decembrinas nació, también, en Meneses, la primera ilusión de su amor adolescente. Fue en los ensayos de la velada navideña cuando conoció a Rosita, vecina de su primo Jaime, y quien formaba un maravilloso dueto musical con su hermana menor. Fue su voz prima de suave tono, o su mirada lánguida, o su cabellera suelta. Fue su perfume floral o su andar armonioso. Fue su cuello esbelto o sus manos blancas... Fue algo indefinible que lo impelía a buscarla secretamente y a esperar despierto la llegada de la mañana siguiente para iniciar los ensayos del entremés. Era la sensación de quedar repentinamente sin aire cuando ella aparecía en la puerta de la casa acompañada siempre por su hermana. Era una desazón imprecisa cuando la recibía con un saludo indiferente en vez de decirle algo amoroso que no sabía cómo decir. Era una secreta rabia porque ella no atendía sus pensamientos ardorosos, y una frustración que se prolongaba en las noches silenciosas por haber perdido todas las oportunidades de tomarle la mano, de mirarla fijamente a los ojos o dirigirle siquiera una palabra amorosa.

Fue, aquella, una bella aventura que Meneses vivió con inusitada intensidad, y si alguien hubiera podido a asomarse a los debates de su alma ilusionada hubiese entendido sus repentinos disgustos y el efecto doloroso de su angustia oprimida. Fue una sensación que no volvería a tener jamás porque los amores que después brotaron en su vida estuvieron siempre impregnados de un amargo sabor que los hacía inseguros y, como si obedecieran a un sino inevitable, todos se hundieron en el cenagal de la traición.

Unas semanas después, cuando, por fin, Meneses fue capaz de decirle que estaba enamorado y quería pedirle que fuera su novia, recibió la sorpresa de que su primo Jaime le había hecho ese día la misma propuesta a Rosita y que, por lo tanto, debía esperar hasta cuando ella pudiera contestar por quién se había decidido.

El doctor Rojitas era el primero de los empleados en llegar a las oficinas de la Embajada en las horas de la mañana, y el último en salir cuando terminaban las labores de la tarde. Vestido casi siempre con un traje gris y una camisa azul celeste, entraba a su oficina para quitarse el saco y colocarlo rutinariamente en el gancho que colgaba detrás de la puerta. Enseguida pasaba al baño para hacer del cuerpo, lavarse los dientes y afeitarse. Era el ritual que cumplía diariamente de lunes a viernes, los días de atención al público, y el sábado día de descanso, por permiso especial que le concedió el Embajador.

Rojas era un diplomático de carrera y había trabajado en varios países ascendiendo lentamente en el escalafón del servicio exterior hasta llegar al cargo de Ministro Consejero que ocupaba en la embajada de Caracas. Era, éste, su último destino oficial porque ya tenía decretada su jubilación y sólo esperaba cumplir el tiempo fijado por la Cancillería para regresar al país. Su propósito primordial era, por tanto, ahorrar lo más que pudiera para retirarse con una suma de dinero que le permitiera sobrevivir mientras empezara a recibir las mesadas de su pensión de jubilación.

Era tan exagerado en su intento que ahorraba el papel higiénico de su apartamento y sólo gastaba el de la embajada. Procuraba abrir lo menos posible las llaves del agua de su casa para que el costo de ese servicio disminuyera, razón por la cual hacía su incipiente aseo personal en el lavamanos de la Delegación. Para no tener que lavar la ropa de cama sino una vez al mes, se acostaba durante quince días en una de las mitades de las sábanas y otros quince en la restante. En su apartamento solamente encendía las luces de la estancia en que permanecía para que no aumentara el gasto de electricidad, de tal manera que su vivienda permanecía

siempre en una penumbra tenebrosa. Usaba sus camisas hasta cuando ya se notaba en sus cuellos el orillo de la mugre y el olor a sudor invadía su despacho. Obligaba a su secretaria a cortarle el cabello para no pagar los servicios de peluquería.

Sus compañeros de trabajo se avergonzaban cuando en las recepciones oficiales veían a Rojitas meter en sus bolsillos los canapés y llevar en bolsas plásticas las frutas que adornaban las mesas de los bufés, después de haberse hartado de todas las viandas para sobrellevar los permanentes ayunos a que se sometía.

El trabajo en la Embajada era rutinario y tedioso: El más importante era informar a la Cancillería que se había cumplido con el informe mensual de las actividades de la embajada en los prolijos formatos diseñados por los expertos del Ministerio. Después, la atención al escaso público que lograba traspasar la barrera de los vigilantes de la recepción y la de los policías del piso número once. Se trataba, en este caso, de dar siempre la respuesta negativa a todas las solicitudes, bien fuera por falta de facultades para resolver o por carencia de presupuesto para ayudar. Finalmente, después del horario de atención al público, acudir a las recepciones de las otras embajadas para el cumplimiento anodino del protocolo, que Rojitas echaba por el suelo con su conducta avariciosa.

Otro de los diplomáticos compañero del doctor Rojas era el agregado de prensa, un hombre de origen humilde que había adquirido una gran habilidad en su oficio y era un cumplido trabajador. Se había adiestrado en el manejo de los sistemas de computación y vivía al tanto de todo lo que registraban los medios de comunicación para tener siempre informado al Embajador.

Colmenares, el periodista, había llegado a Caracas con el anterior embajador, y utilizando una estudiada adulación había logrado quedarse con el nuevo. Mas, su secreta aspiración era reemplazar a Rojitas para subir en la escala salarial, y por eso siempre le estaba aconsejando que saliera a disfrutar de su pensión para que culminara de manera honrosa su carrera diplomática; pero, subrepticamente informaba a la Cancillería sobre la incapacidad de Rojas y su falta de modales.

El agregado de prensa era, además, un alcohólico secreto. Vivía solo en Caracas porque su mujer se había negado a acompañarlo pretextando que el traslado era perjudicial para el estudio de su único hijo, pero, en el fondo, era para no convivir con un marido insoportable. Colmenares bebía a escondidas de sus compañeros de trabajo, y se las arreglaba para tratar de que no se notara su tufo alcohólico masticando chicles de menta y ramitas de perejil.

Tenía una concubina, esposa de un político venezolano de provincia, que por los viajes constantes de su marido disponía de tiempo suficiente para sostener su amor furtivo sin afanes. Así que, después de las horas de trabajo en la Embajada, la vida de Colmenares era misteriosa: Acudía diariamente a Juan Sebastián Bar ubicado cerca de la Embajada donde le abrieron una cuenta que sólo pagaba después de recibir su mesada, y donde habitualmente tenían que pedirle un taxi para que lo llevara a su apartamento cuando, pasado de copas, era incapaz de conducir su propio automóvil.

Cuando Colmenares se emborrachaba, adoptaba una conducta bestial. En una ocasión discutió con su amante porque ella quiso deshacerse de él debido a que se le había convertido en una carga pues, arguyendo tener que cumplir con el mantenimiento del hogar que tenía en Bogotá, jamás pagaba ninguna cuenta en los sitios que frecuentaban ni tenía con la mujer el menor detalle. Estuvo a punto de ahorcarla con sus propias manos, y la mujer tuvo que acudir a la policía para denunciarlo por intento de homicidio. Colmenares fue detenido durante unas horas, pero gracias a su inmunidad diplomática pudo librarse de la cárcel y de un enorme escándalo. Al otro día del incidente, Colmenares pidió una licencia y se marchó del país dejando libre a su amante y en paz al doctor Rojitas.

Todos los días, después de leer durante unas horas frente a la ventana iluminada por el Ávila, Meneses caminaba hasta la Embajada para iniciar su jornada matutina. El nuevo Embajador era un funcionario de gran trayectoria, culto y arrogante que se acercaba a los 80 años de edad, pero estaba en el pleno ejercicio de sus facultades físicas e intelectuales. Era un trabajador incansable que tenía un gran conocimiento de Venezuela porque, siendo niño, había estudiado en Caracas cuando su padre se desempeñaba, también, como embajador del gobierno colombiano.

El Embajador tenía recuerdos vivos de sus años juveniles como cuando conoció al dictador Juan Vicente Gómez el día que su padre fue a Maracay a presentar sus cartas credenciales en su compañía. Igualmente, recordaba episodios de su permanencia en el colegio La Salle donde había estudiado, y se complacía recitando los nombres antiguos del centro de la capital cuyas calles se identifican con los nombres de sus dos esquinas.

Experimentaba un inocultable placer al corregir de manera minuciosa todos los escritos, de suerte que la labor de prepararle borradores era extenuante porque los

rechazaba una y otra vez por errores de gramática, imprecisiones históricas o defectos de estilo. Como conocedor de muchísimos temas nada se le escapaba, y se notaba su satisfacción cuando pescaba un gazapo o encontraba que algo no expresaba cabalmente su pensamiento, tanto que, con frecuencia, rechazaba sus propias correcciones.

Había ejercido con éxito la política en Colombia y llegó a ser precandidato presidencial, opción que él mismo había desechado en un gesto memorable de modestia. Recientemente se había dedicado a escribir piezas teatrales de muy buena factura porque conocía bien los secretos del género, como que había sido actor de un teatro experimental y había leído gran cantidad de obras cumbre de la dramaturgia. El escrito que redactaba en ese momento estaba dedicado a los últimos años del Libertador Simón Bolívar.

Meneses tenía que acudir frecuentemente a la residencia del Embajador para entregarle borradores o recibir las correcciones, en extensas jornadas de un aprendizaje constante acompañadas de irónicas reprensiones y unas agradables copas de oporto rojo.

La residencia del Embajador de Colombia está situada en la urbanización Campo Alegre, uno de los barrios más exclusivos de Caracas. La amplia casa fue donada por el gobierno venezolano en compensación por la que, a su vez, Colombia había regalado a la embajada venezolana en Bogotá. Había pertenecido a José Vicente, el hijo mayor del dictador Gómez, a quien éste desterró cuando supo que, aconsejado por su esposa, conspiraba contra él y llegó a ser acusado en la intimidad de la familia presidencial de haber ordenado el asesinato de su tío Juancho, el hermano más querido del Benemérito. Después, por sucesión familiar, la casona había llegado a propiedad de la familia Tinoco a la que el gobierno venezolano compró para donarla a Colombia. Era una de las pocas mansiones solariegas que se conservaban en esa bella urbanización que se extiende en las estribaciones verdes del Ávila.

Caracas está ubicada en un hermoso valle extendido al pie de la Cordillera de la Costa que la separa del mar Caribe, y tiene una altura aproximada de mil metros sobre el nivel del mar. Su agradable temperatura y su ambiente húmedo generan una vegetación tropical exuberante, especialmente visible en las estribaciones del Ávila, un tramo de la cordillera que se ha convertido en el emblema telúrico de la capital y que figura inveteradamente en la iconografía caraqueña porque todas las viviendas poseen una pintura, una fotografía, una imagen de esos cerros como parte importante del mobiliario doméstico.

La originaria ciudad ocupaba apenas una parte del valle y estaba circundada por grandes haciendas productoras de café y cacao. Con el tiempo, debido a la gran inmigración de ciudadanos del mundo entero, se ha poblado todo con un crecimiento anárquico formando grandes asentamientos urbanos. Hoy existe un contraste extremo entre los barrios atiborrados de casas pobres y las lujosas urbanizaciones que se asientan en las suaves colinas del este y del sur de la ciudad.

A mediados del siglo veinte, cuando Venezuela empezó a explotar industrialmente sus enormes reservas petrolíferas, Caracas tuvo una rápida transformación y surgieron en ella grandes obras urbanísticas. En el centro de la ciudad se derruyeron las viejas edificaciones para crear espacios amplios, y en toda la urbe se construyeron modernas autopistas que la intercomunican y la conectan con la red vial nacional. Se erigió la magnífica sede de la Universidad Central de Venezuela en el corazón de Caracas, y la ciudad se pobló de grandes hoteles, bellas construcciones y numerosos edificios para viviendas populares donadas por los diversos gobiernos.

La sociedad venezolana está conformada por una mezcla de varias culturas fruto de la inmigración constante que ha propiciado el Estado. Junto a los aborígenes, durante varios siglos se han ido asentando españoles, portugueses, italianos, franceses, irlandeses, y colombianos, principalmente y, también, colonias de chinos, árabes y de otros países europeos, africanos y suramericanos.

Esta combinación de razas ha producido una sociedad abierta al mundo, aun, antes del proceso de globalización que vive hoy la humanidad, y que se ha reflejado en los hábitos familiares, en el carácter y apariencia de sus gentes, en la forma de vida y en la gastronomía. Y si a esto se agrega la abundancia de dinero que ha tenido el país por los ingresos petroleros de las últimas décadas, encontramos un país pacífico y proclive a las comodidades y a los lujos.

Meneses había llegado a Venezuela dos años después del golpe de estado contra el presidente Hugo Chávez el 11 de abril de 2002, frustrado cuando fue rescatado por militares leales a él de la base militar de Turiamo situada en el Estado Aragua. La operación de salvación fue dirigida por el General Raúl Isaías Baduel, a la sazón comandante de la Brigada de Paracaidistas del Ejército, y Chávez fue reinstalado en la Presidencia de la República el día 13 del mismo mes, después de que el inepto encargado del poder por los golpistas, Pedro Carmona Estanga, dictó las más absurdas disposiciones cerrando el Congreso, destituyendo a la Corte Suprema de Justicia y otras no menos insensatas. Después del fracasado golpe que apenas duró dos días, Chávez cambió radicalmente su forma de gobernar y se hizo autoritario y rencoroso.

El ambiente que encontró Meneses en Venezuela era de una permanente confrontación entre los seguidores del presidente y sus contradictores. Los opositores de Chávez habían protagonizado un gran paro petrolero que inmovilizó completamente al país, durante el cual se vivieron largas semanas de desabastecimiento de los productos más necesarios, y graves enfrentamientos entre la oposición y el gobierno.

El debate no era solamente por los asuntos públicos o a través de los medios de comunicación, sino que se convirtió en el tema de conversación en todos los ámbitos de la sociedad, y llegó a enfrentar hasta a los propios miembros de las familias venezolanas. Era tan extrema la controversia, que había sectores de la ciudad reservados para cada grupo: El centro de Caracas y los barrios pobres eran el hábitat de los “chavistas”. Por el contrario, la zona del Este y las urbanizaciones de clase alta eran el de los “escuálidos”, el remoquete que se dio a los contradictores del gobierno.

El presidente Chávez era un hombre de mediana estatura y de contextura fuerte. Su tez era limpia, de color trigueño, tenía labios gruesos y ojos pequeños. Locuaz y cordial como el común de los venezolanos, es de origen familiar verdaderamente humilde. Encarnaba a su pueblo y, por más de que se esforzó en implantar el socialismo a la cubana, despertó la aspiración del venezolano de lograr una vida lujosa: Viajar como lo hacía él alojándose en los más costosos hoteles; poseer fastuosos automóviles y aviones privados; descansar en islas afrodisíacas y vestirse con prendas de las marcas más exclusivas.

El comandante Chávez tenía una personalidad arrolladora. En su trato personal desplegaba una simpatía cautivante porque se colocaba al nivel de sus interlocutores, y por su carácter desenfadado prescindía de todas las limitaciones del protocolo para asumir el control de las situaciones con su locuaz llaneza.

Aunque llevaba una vida privada misteriosa, era inevitable conocer los lujos exuberantes de que estaba rodeado. Cuando emprendía uno de sus frecuentes viajes al exterior, además de las avanzadas militares que atendían la seguridad personal, salía una brigada de funcionarios para preparar los detalles más minuciosos de sus gustos y confort. Los comisionados debían calcular la distancia exacta que hay en su habitación para llegar al baño y los demás sitios de ella; exigir la clase de vajillas y vasos que usaría; medir en milímetros el nivel de los líquidos que cada uno debe contener; indicar cómo debe prepararse el café que bebía constantemente y, en fin, atender las predilecciones de sus costumbres íntimas.

Sin escrúpulo alguno, el presupuesto de la nación para atender los asuntos personales del presidente venezolano no tiene comparación sino con los ricos países petroleros de Oriente. A eso hubiese querido tener acceso el pueblo venezolano.

El presidente Chávez acaparó de tal manera la historia contemporánea de Venezuela que no es fácil hacerle un juicio objetivo. En su país desató corrientes igualmente agresivas a favor y en contra, y proyectó hacia el exterior una imagen atractiva derivada de su cautivante discurso populista.

Para tratar de comprender el lugar histórico que ocupa el presidente Chávez hay que adentrarse en el pasado venezolano, pues es imposible entenderlo sin auscultar la apasionante historia de su país.

La epopeya venezolana de la independencia, que fue la más cruenta de Suramérica, aniquiló a la pudiente clase dirigente colonial y transformó a los habitantes de campos y poblaciones en soldados que marcharon bajo el mando obstinado de Bolívar durante diez años.

En los años iniciales de esa década surgirá proveniente de los llanos de Apure y Guárico, así como de Carabobo y Aragua, la primera generación de guerrilleros partidarios de la independencia. Serán los nombres de José Antonio Páez, Santiago Mariño, Juan Crisóstomo Falcón, Judas Tadeo y José Gregorio Monagas, Piar y Bermúdez, principalmente, los que ocuparán en adelante los principales puestos del ejército revolucionario bajo las órdenes del caraqueño en la naciente república.

La Capitanía General de Venezuela se gobernó alejada de la metrópoli peninsular y sus dirigentes, dedicados a la producción de cacao, añil, algodón y caña de azúcar, se enriquecieron grandemente aprovechando el contrabando con Curazao a espaldas de la Corona.

Los descendientes de estos fundadores viajaban frecuentemente a Europa y recibieron una buena educación que les permitió conocer los avances del viejo mundo y aplicarlos para aumentar su poder económico y político. También, se fortalecía en ellos la idea de la autonomía porque se creían capaces de gobernar solos la Capitanía General. Ese fue el germen de la emancipación de donde nació la República de Venezuela.

La crisis española causada por la conquista de Napoleón y el sometimiento del rey Carlos IV al emperador, suscitaron el movimiento conspirador caraqueño de independencia, disfrazado de la intención inicial de defender los derechos del

monarca peninsular. Surge, entonces, la república de 1811 orientada por los letrados, los ricos y los viajeros de Caracas.

Pero, los desacuerdos de los patriarcas con el Precursor Miranda a quien habían designado como Generalísimo de los ejércitos y Dictador de la naciente república; la falta de respaldo militar a las provincias que se habían unido al movimiento; las intrigas cortesanas; las deserciones y el devastador terremoto de marzo de 1812 dieron al traste con el intento. Y, como consecuencia, se produjo la reconquista española de Caracas por Domingo Monteverde, un marino investido del mando más autoritario, que desconoció la jerarquía del Capitán General y sometió a la sociedad criolla a los peores crímenes en nombre de España.

Este primer proyecto de república quedó destruido, sus dirigentes fugitivos, asesinados o cautivos, y sus familias trágicamente dispersas. Entre los pocos que pudieron salvarse del desastre de 1812 estuvo Simón Bolívar, el joven dirigente rico y culto que fue protegido por el Marqués de Casa de León, y quien huyó a Cartagena de Indias para pedir apoyo y tratar de regresar a su país con el propósito de continuar la lucha por la independencia, aplazada por ahora.

Fue en 1813 cuando Bolívar entró por Cúcuta y avanzó por el Táchira, Mérida, Trujillo, Guanare y Cojedes rumbo a Caracas en la denominada “campana admirable”, y fue formando con los campesinos y los jóvenes de los pueblos que encontró a su paso ese primer ejército venezolano.

El 15 de mayo de ese año Simón Bolívar inició la reconquista de su país con 500 hombres del ejército de la Unión comandados por un conjunto de oficiales, casi todos santafereños, que constituían lo más selecto de la juventud de la Nueva Granada. Allí pereció toda la tropa granadina, tal como lo había advertido insistentemente el coronel Manuel del Castillo y Rada quien se enfrentó duramente con Bolívar por su imprudente terquedad.¹³

Cuando Bolívar llegó a Caracas y pidió consejo sobre la forma de gobierno que debía tener Venezuela frente a la situación que se vivía, lo recibió por escrito de uno de los patriarcas sobrevivientes con una sola palabra: *Dictadura*.

¹³ MORENO DE ANGEL Pilar. “SANTANDER Biografía”. Planeta Colombiana Editorial S.A. 1989. Bogotá

“No hay Provincias. Las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas unas a centenas, otras a decenas, y de otras no quedan más que los vestigios...Arrasadas las poblaciones, familias enteras que no existen sino en la memoria y, tal vez, sin más delito que haber tenido una fortuna para vivir honradamente...”, escribiría el 18 de junio de 1814 don José Manuel Oropesa, Asesor de la Intendencia de Venezuela.¹⁴

Las tropas de Bolívar fueron aplastadas. El brigadier Joaquín Ricaurte, después de haberse salvado de ese desastre, el 9 de octubre de 1814 informó desde Cartagena al Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada esa acción en estos términos: *“El bárbaro e impolítico proyecto de la guerra a muerte, que nos iba convirtiendo los pueblos y las provincias enteras en enemigas, no sólo hacía odioso el ejército, sino el sistema que éste sostenía...”*

La victoria de Bolívar en la “campana admirable” fue efimera porque el 7 de julio de 1814 gran parte de la población caraqueña y del centro de Venezuela tuvo que huir hacia el oriente. Estaban cerca las tropas españolas ansiosas de vengarse de la inicial derrota, y las gentas huían despavoridas.

Bolívar trató de organizar el éxodo con los mil doscientos soldados que sobrevivían de su ejército libertador, pero esta acción terminó en otra catástrofe. El coronel José Feliz Rivas en un escrito acusó a Bolívar de *“cobardía y locura”*. Es así como la segunda República de Venezuela se hundió ante la mirada angustiada de Simón Bolívar.

Con todo, faltaba aun el trágico episodio que quedó inscrito en la historia de la libertad americana como uno de los mayores exterminios de patriotas. Fue el avance sangriento del asturiano José Tomás Boves convertido en implacable llanero guariqueño quien, también a finales de 1813, en nombre del Rey de España cayó sobre Valencia y Caracas para asesinar a sangre fría a los que pudieron salvarse de Monteverde y arrasaron los bienes que quedaron en pie.

Parece que se oyeran todavía los estallidos de la pólvora y los gritos de batalla en las instalaciones del ingenio azucarero de la familia Bolívar en San Mateo asediado por Boves, y que voló estruendosamente cuando el neogranadino Antonio Ricaurte encendió la última mecha de su vida para abrir un boquete sangriento en el cerco del ejército español.

¹⁴ VALDIVIESO MONTAÑO, Acisclo. *José Tomás Boves, Caudillo Hispano*. Talleres Gráficos EDUVEN. Colección La Palma Viajera. Caracas. Venezuela 2000.

El coronel Castillo y Rada y el sargento mayor Francisco de Paula Santander, que era el segundo al mando de las fuerzas comandadas por aquel, habían insistido en la tesis de que una invasión militar a Venezuela por la vía de Cúcuta, San Antonio y Mérida para liberar a Caracas de los españoles era un enorme error, y así lo confirmó trágicamente el desastre que desató la obstinación de Simón Bolívar.

Ya en Cartagena, el 20 de septiembre de 1814 Bolívar escribió a Camilo Torres, presidente de la Nueva Granada, lo siguiente: *“La naturaleza de una guerra de exterminio que me fue forzoso sostener en Venezuela, para conservar la libertad que le había dado, redujo aquel país a la desolación que es imposible describir a V.E.” ...“Dichosamente he tenido la gloria de pisar por segunda vez el territorio feliz que tiene el honor de ser dirigido por V.E....”*¹⁵

El 28 de enero de 1815, después de haber sitiado y tomado a Santa Fe, cuando ya se conocía que el pacificador Pablo Morillo había ocupado a Caracas y anunciaba su ingreso punitivo a la Nueva Granada, Bolívar salió rumbo a Santa Marta para cumplir la orden de liberarla.

Como carecía de suficientes armas, pide que le sean entregadas las existentes en Cartagena gobernada en ese momento por el coronel Manuel del Castillo y Rada quien la había tomado recientemente; pero por las desavenencias con Bolívar se resiste a hacerlo y es cuando éste decide cometer otra de sus grandes equivocaciones: atacar y sitiar a Cartagena desatando una nueva guerra civil, sin preocuparse por la inminente llegada del ejército español de reconquista. *“Mientras Bolívar sitiaba a Cartagena, en pugna estéril e inútil, los españoles se apoderaron de todo el Bajo Magdalena....”*¹⁶

Después de muchas gestiones para bajar los ánimos, el 5 de mayo el brigadier Castillo y el general Bolívar firmaron un convenio de paz y amistad dando por terminada la inoportuna contienda. Por ella quedaron diezmadas las fuerzas patriotas dejando el campo abierto para la sangrienta reconquista de Pablo Morillo.

Ante el enorme desastre, en buena parte causado por él, Bolívar se embarcó el 9 de mayo de 1815 en el bergantín británico *La decouverte* rumbo a Jamaica.¹⁷

¹⁵ MORENO DE ANGEL Pilar. *“SANTANDER Biografía”*. Planeta Colombiana Editorial S.A. 1989. Bogotá.

¹⁶ Ibidem

¹⁷ Ibidem

Entre los guerrilleros del llano que se unieron a Bolívar sobresale José Antonio Páez, el León de Apure, el más influyente de todos y quien se constituyó en el conductor de la nueva Venezuela desde el triunfo de Carabobo de 1821.

Un año después de esta victoria empezaron a regresar a Venezuela muchas familias que lograron huir de la muerte viajando a las islas holandesas del Caribe, Cuba y Puerto Rico. Son los descendientes de los mártires asesinados por Monteverde y Boves, así como funcionarios públicos de segundo orden, y comerciantes que habían podido esconder sus fortunas, quienes van a iniciar la recuperación política, social y económica de la nación.

También hace aparición en el escenario venezolano un nuevo factor, el de los generales de la independencia que, por una ley de la República dictada al terminar la guerra de emancipación, reciben bienes en razón de sus méritos militares e ingresan al mundo de los grandes propietarios rurales.

Entre los escogidos figura el León de Apure quien solicitó al gobierno de Santa Fe de Bogotá la adjudicación de las extensas y ricas propiedades del Marqués de Casa León el protector de Bolívar. Probablemente por un gesto de gratitud, el presidente Libertador negó la petición, pero el Vicepresidente Francisco de Paula Santander, cuando estuvo encargado del gobierno la autorizó. Cabe preguntarse si los curtidos guerreros venezolanos iban a aceptar dócilmente, en adelante, que fueran gobernados por la burocracia santafereña que se movía todavía en el sopor perfumado de las salas virreinales.

El historiador don Ramón J. Velásquez trae a cuento una pintoresca anécdota protagonizada en 1832 por el Cónsul de la Gran Bretaña en Caracas, Sir Ker Porter, amigo del General José Antonio Páez:

El destacado diplomático asistió por invitación de Páez al herraje de miles de toros en el hato de San Pablo y, luego, redactó el suceso donde anota que el General Páez había sido un simple vaquero que no tenía ni una sola vaca de su propiedad. *“Ahora es el héroe más grande, uno de los más talentosos patriotas del país y, además, el ciudadano más rico tanto en ganados como en tierras de la República*

*de Venezuela. Todo, todo ganado valiente, gloriosa y honorablemente por servicios prestados a su país.”*¹⁸

El General Páez fue presidente de Venezuela después de Bolívar y de la disolución de la gran Colombia, y gobernó con un poder absoluto de 1830 a 1835, de 1839 a 1843 y de 1861 a 1865, año en el salió del país con una gran fortuna para residenciarse en los Estados Unidos donde, ya mayor, se dedicó a aprender el idioma inglés y a tocar el piano.

Desde el Descubrimiento, Venezuela ha tenido una historia singular que la hace diferente a sus vecinos porque siempre ha sido dueña de riquezas extraordinarias. Cristóbal Colón emprendió su tercer viaje el 30 de mayo de 1498 zarpando del puerto de Sanlúcar, y después de dos meses arribó a una isla que bautizó La Trinidad. Por estar enfermo de los ojos no pudo desembarcar, pero divisó una región que llamó la Tierra de Gracia. Pasando por un estrecho donde una gran ola empujó su nave llegó a la región de Paria de la que el Almirante dijo que era la más hermosa del mundo. Por su belleza le dio el nombre de Los Jardines. Sin saberlo, Colón había tocado por primera vez tierra firme, a la que llegó a considerar como el Paraíso Terrenal

Un año más tarde, en 1499, Alonso de Ojeda inició una expedición en la que usó el mapa que Cristóbal Colón había entregado a los Reyes Católicos, y de cuya tripulación hacían parte Juan de la Cosa, compañero de aquel, y un florentino llamado Américo Vespucci. Después de un largo recorrido por la costa suramericana regresaron a los sitios que había descubierto el Almirante, y siguieron hacia el occidente donde encontraron un golfo que los indios llamaban Coquibacoa poblado de una serie de casas en forma de campanas ancladas en el fondo de las aguas. Este asentamiento de palafitos les hizo imaginar que era como una pequeña Venecia, una “venezuela”.

Uno de los primeros hallazgos en la Tierra de Gracia fue una isla desértica y salobre frente a la región de Paria que guardaba bajo sus transparentes aguas un gran

¹⁸ VELASQUEZ, Ramón J. *La Caída del Liberalismo Amarillo. Tiempo y drama de Antonio Paredes*. Grupo Editorial NORMA. Caracas. Venezuela 2006. La mayor parte de las anotaciones históricas del presente capítulo son basadas en este libro.

tesoro. La isla de Cubagua o Isla de las Perlas, famosa en Europa, produjo una enorme riqueza a los conquistadores.

La inmensa explotación de las perlas que se extendió a la Isla Margarita y al sur de la Península de Macanao y otros sitios, fue causante de grandes caudales, ruinas y pleitos durante las décadas que duró. Fue ésta la primera gran riqueza que se extrajo de Venezuela, la que llegó a su mayor capacidad en 1527 cuando se estima que ese año alcanzó el volumen de 1.380 kilogramos de perlas.

Tuvo gran repercusión en Venezuela el hecho de que, para alcanzar la corona del Impero Austro-Húngaro, el joven Carlos I de España, hijo de la legendaria Juana la Loca y Felipe de Habsburgo, tuvo que endeudarse con ricos banqueros alemanes para poder sufragar los enormes gastos de su elección, los cuales llegaron a la fabulosa suma de 581.666 ducados equivalentes, aproximadamente, a unos 100 millones de dólares actuales.

Para respaldar la cuantiosa deuda, el rey Carlos entregó a prestamistas alemanes la posesión de numerosas minas en Europa y una extensa franja de tierra en las Indias. Es cuando aparecen los ricos banqueros Welser que llegaron primero a La Española para lucrarse de la riqueza de México; después, tras la muerte de Rodrigo de Bastidas en Santa Marta, en Nueva Granada, los Welser, que habían adquirido en garantía los pagarés del Emperador, llegaron a esta región para pacificarla y poblarla ejerciendo el poder que les concedió el ya poderoso Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico.

La historia de las regiones fronterizas de Colombia y Venezuela evidencia que ellas están íntimamente ligadas desde tiempos inmemoriales porque sus características geográficas, sus orígenes demográficos y su desarrollo económico y político son compartidos. En estas páginas iremos desvelando los episodios que, desde el descubrimiento americano, la gesta de independencia y la vida republicana, dan cuenta de sus vínculos inseparables.

Ambrosio Alfinjer, muerto de un flechazo en su paso por Chinácota (N. de S.), y Nicolás de Federman - que pretendió disputarle a Gonzalo Jiménez de Quesada los derechos por la fundación de Santa Fe-, eran dependientes de los ricos banqueros Welser, fueron designados gobernadores en Venezuela y tuvieron figuración en la historia colonial del Nuevo Reino de Granada. Finalmente, el contrato con los Welser, muy criticado por los criollos, fue cancelado el 13 de abril de 1556 después de una vigencia de 3 décadas que comenzaron en 1528.

En el año 1561 llegó a la Isla Margarita un siniestro personaje que pasaría a la historia como un desalmado asesino, quien llegó hasta firmar documentos con el apelativo de “traidor”. Había encabezado el asesinato del fundador de Pamplona

Pedro de Ursúa en la expedición que encabezó en el Perú en busca de Eldorado. Lope de Aguirre, el Tirano, como se le llegó a conocer, comenzaría en Venezuela su macabra trayectoria ejerciendo un poder arbitrario conseguido con el asesinato de rivales y subalternos.

A su arribo ahorcó a todos los tripulantes que consideraba sospechosos, y apresó al gobernador Juan Sarmiento de Villadrando, saqueó la isla, se apoderó de las arcas reales y ordenó incendiar los archivos de la gobernación para que no quedara constancia de lo que ocurrió. Sin piedad alguna, ajustició a quienes no pudieron huir.

Con su paso de terror y muerte llegó hasta Barquisimeto donde fue acorralado y muerto a tiros por las fuerzas de la Nueva Granada leales al rey. Su cadáver fue descuartizado y exhibido por las ciudades del derredor dejando en la memoria de Venezuela su leyenda como una de las más terroríficas que se recuerdan. Era el 26 de octubre de 1561.

Otro hecho destacado en la historia venezolana es la creación en 1728 de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas con el fin de ejercer control sobre el creciente contrabando, especialmente, con las islas de Las Antillas. La compañía asumió el monopolio del comercio regional, y fue creada en favor de comerciantes vascos de la provincia de Guipúzcoa. Operó en Venezuela desde 1730 hasta 1785 con gran influencia en su desarrollo económico, cultural, científico, social y político.

Esta empresa era la única autorizada para la importación y venta de las mercancías europeas en la Provincia de Venezuela, y la que fijaba los precios y autorizaba la compra de los bienes para su comercialización con España. Desde la Península sólo podían salir los barcos del puerto de San Sebastián (capital de Guipúzcoa), y desembarcar en Cádiz de regreso. Fue la compañía mercantil hispánica más importante del siglo XVIII y la de más larga duración contra la que hubo frecuentes protestas de los criollos venezolanos. Su sede principal estaba en La Guaria en un edificio que hoy se conserva como museo.

Las provincias venezolanas existentes, que eran gobernadas, bien por la Real Audiencia de Santo Domingo o, en ciertas, épocas por la de Santafé de Bogotá, pasaron a formar parte del Virreinato de Nueva Granada en 1717. Bajo el reinado de Carlos III, en 1777 se configuró la Capitanía General de Venezuela como ente autónomo, y en 1786 se creó la Real Audiencia de Caracas consolidando así la jurisdicción venezolana.

Es en la segunda mitad de ese siglo cuando surgieron las intenciones de rebelión contra el sistema colonial español inspiradas en corrientes culturales como el

enciclopedismo y la ilustración; los ejemplos de la independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa, y la oposición a la invasión napoleónica a España.

Creada la república, una funesta tradición se apoderó de Venezuela en la conquista del poder político: La guerra y los alzamientos. Con pocas excepciones, los presidentes venezolanos llegaron encabezando una revolución o protagonizando un golpe militar: Juan Crisóstomo Falcón fue el vencedor de la Guerra Federal en 1863. Antonio Guzmán Blanco, hijo de Antonio Leocadio Guzmán muy cercano a Bolívar, llegó al poder comandando la revolución liberal de Abril. El general Joaquín Crespo para lograr su segunda presidencia en 1892 encabezó una revolución. Cipriano Castro llegó a Caracas a tomarse el poder en 1899 como vencedor de la Revolución Restauradora. Juan Vicente Gómez derrocó a Castro en 1908 y gobernó durante 27 años. El general Isaías Medina Angarita, que había llegado por elecciones indirectas, fue derrocado en 1945. El escritor Rómulo Gallegos, elegido popularmente, fue víctima de un golpe de estado dirigido por Carlos Delgado Chalbaud en el primer año de su mandato.

En 1952, desconociendo las elecciones presidenciales, el General Marcos Pérez Jiménez asumió el poder mediante un golpe militar. A su vez, en 1958 fue derrocado por otro golpe, y se inicia un período de elecciones democráticas de la llamada Cuarta República en el que son elegidos popularmente 9 presidentes, de los cuales el último fue el coronel Hugo Chávez Frías, elegido en 1999 exactamente a los 100 años de la llegada al poder del singular presidente Cipriano Castro con quien se puede comparar por su extravagante manera de gobernar. Chávez había fracasado en un golpe estado contra el presidente Carlos Andrés Pérez el 4 de febrero de 1992.

De esta historia de revoluciones y derrocamientos hay que destacar varios hechos para obtener una visión global de este singular país:

El autócrata Antonio Guzmán Blanco, de amplia formación intelectual, mandó autoritariamente en Venezuela durante 17 años, dejó importantes realizaciones por las que se recuerda como un modernizador del país, y fue acusado de enriquecerse a costa del Erario Público, organizó la Administración Nacional y sus finanzas; estableció el Bolívar como moneda moderna; creó la Gaceta Oficial; construyó el ferrocarril entre Caracas y La Guaira; fundó la Academia Venezolana de la Lengua; estableció el servicio telefónico entre Caracas y La Guaira; fomentó la agricultura y estableció la educación obligatoria, entre otros importantes avances.

En la accidentada historia de Venezuela el General Cipriano Castro es una de los más singulares y controvertidos presidentes de la República. Dueño de un temperamento explosivo y una notable valentía, en el momento en que el país vivía una de sus frecuentes inestabilidades políticas causada por la muerte del caudillo

Liberal Amarillo Joaquín Crespo, Castro emprendió en mayo de 1899 una insólita marcha revolucionaria desde la frontera con Colombia para derrocar el gobierno central.

Don Cipriano tiene una relación directa con el Norte de Santander porque siendo muy joven fue enviado por su padre Carmelito Castro a estudiar en el Seminario de Pamplona de donde fue expulsado a los dos años de estudios por su indomable indisciplina. Más tarde conoció en Cúcuta a Zoila Martínez, quien lo acompañaría hasta su muerte.

Antes de emprender la revolución que lo llevaría al Poder, Castro tuvo que exiliarse en Colombia durante 7 años por causa de su derrota en defender la reelección del presidente Andueza Palacio, y estableció una hacienda ganadera en los Vados de Cúcuta junto a la de su compadre Juan Vicente Gómez quien lo acompañaría en su marcha victoriosa hasta Caracas.

Cipriano Castro se destacó como joven figura regional cuando fue gobernador del Táchira y diputado al Congreso Nacional, donde se hizo conocer por su oratoria encendida y alambicada que sus colegas le achacaban a sus estudios en el seminario de Pamplona.

Con el fin de expresarle sus ideas, en enero de 1899 Castro trató de entrevistarse con el presidente Ignacio Andrade quien no lo recibió después de hacerlo esperar largas horas en la antesala de su despacho. Al salir de la casa presidencial, don Cipriano aseguró que volvería a la Capital a cobrársela a ese hombrecito. *“Este gallito viejo y marantoco, gallo de sopa y no de pelea, de Ignacio Andrade, aprenderá a conocer ahora cómo roncan los tigres que bajan de los Andes”*.

Desde su pequeña hacienda Bellavista de Los Vados de Cúcuta, Castro producía numerosos documentos y hacía públicos comentarios sobre el desarrollo de la política. Entretanto, Juan Vicente Gómez, que también tuvo que viajar al exilio con familia y ganados por los senderos fronterizos, se dedicó al negocio de compra y venta de reses y al expendio de carne en su hacienda vecina Buenos Aires, aumentando su patrimonio que siempre puso a disposición de su compadre.

En la madrugada del 23 de mayo de 1899 sesenta jinetes están listos en el corredor de Bellavista embozados en sus chamarretas y con los revólveres al cinto esperando la orden de partida. Para animar a los guerreros de Cipriano Castro, se reparten pocillos de café y tragos de ron a pico de botella.

La campaña por tierras del Táchira durará más de dos meses, y por los municipios donde pasa se suman muchachos que admiran su audacia y su liderazgo: Jóvenes

labriegos, bachilleres y seminaristas van formando los cuadros militares de esa revolución que se ha vuelto una causa popular.

En Caracas hay confusión. Manuel Antonio Matos, el hombre más rico de Venezuela al servicio del presidente Andrade, conferencia con éste y le recuerda que su Presidencia se la debe a los liberales amarillos que yo represento en el gobierno.

Matos defiende su influencia en la conducción del país con el respaldo de capitales extranjeros, y por ser uno de los más poderosos hombres de negocios de América del Sur se ha convertido en fiador del crédito internacional venezolano.

En Valencia esperan al presidente Andrade para que derrote al invasor, y Ramón Tello Mendoza ha engalanado su casa para recibirlo; pero, contra todo pronóstico, Andrade se queda en la Casa Amarilla quejándose de que no tiene colaboración. Como Tello Mendoza arregló su casa con todo esmero, decide invitar al General Castro que se aloja en una modesta vivienda de Tocuyito. La casa valenciana reúne a la dirigencia local y, allí, el doctor José Rafael Revenga, médico gubernamental, atiende al ilustre herido para aliviar los dolores de su pierna luxada. Los criados sirven finos licores, y Castro empieza a disfrutar los halagos del triunfo, no sin tomar la precaución de hacerse acompañar de su compadre Juan Vicente Gómez.

En adelante, durante el final de septiembre y mediados de octubre se suceden los episodios más desafortunados para el presidente Andrade por las deslealtades de sus colaboradores y sus propias indecisiones. Finalmente, Andrade huyó hacia La Guaira el 19 de octubre por el camino de las Dos Aguadas con un piquete de soldados, y dejó a la Capital en manos de los conspiradores. Esa noche se embarcó en el navío "Bolívar" rumbo a Barbados por la vía de Trinidad.

Desde Valencia, el Caudillo Liberal Restaurador se moviliza en tren con sus hombres, rodeado de quienes en la víspera eran sus enemigos; en las poblaciones por donde pasa se le hacen honores bajo arcos triunfales. Su marcha victoriosa terminará en la Casa Amarilla donde en la noche del domingo 22 de octubre de 1899 el Encargado del Poder Ejecutivo, general Víctor Rodríguez, le ofrece un banquete de gala con asistencia de autoridades, diplomáticos y políticos en homenaje al nuevo amo de Venezuela.

En la tarde del 22 de octubre de 1899 las más altas autoridades eclesiásticas, políticas y militares esperaron al caudillo en la estación de Palogrande para rendirle un solemne saludo de bienvenida. Desde allí, la elegante comitiva se desplazó entre las aclamaciones de numerosos curiosos para llevar a Castro hasta la Casa Amarilla, sede del gobierno.

Era la primera vez que el caudillo andino se dirigía al pueblo desde los balcones de la casona señorial para anunciar que su gobierno sería de nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos. Prometió laborar con incansable tesón por su felicidad, y aseguró que *“si mis buenos propósitos se frustran y a pesar de todos mis esfuerzos no llego a satisfacerlos, partiré cual peregrino a mi hogar, sintiendo únicamente no haber podido labrar vuestra dicha”*.

Luego, a las 10 de la mañana, el general Víctor Rodríguez procedió a hacer la transmisión del mando con una singular fórmula como si se tratara de entregarle el manejo de una hacienda: *“Tenemos el honor y grato placer de poner el gobierno de la República en manos del Jefe de la Revolución*. Y, Castro, acudiendo a referencias históricas de sus estudios pamploneses, afirmó: *“Repito aquí las palabras de Fabricio: Primero desviarse el sol de su camino que Fabricio del camino del honor y del deber”*

Tello Mendoza le sugirió al general Castro que debía nombrar en el Ministerio de Hacienda a alguien que no sólo se encargara de las finanzas públicas, sino que atendiera las necesidades personales del Jefe de Estado. Con ese argumento, Castro nombró a Tello ministro de Hacienda, y fue cuando empezó a entrar en el cerco perverso de quienes fueron domeñando su impetuosa personalidad con los halagos de los lujos y las francachelas.

Cuando Castro examinó el estado de la tesorería nacional supo que las arcas estaban vacías, con la amenaza de potencias extranjeras de cobrar por la fuerza las enormes deudas que habían adquirido los gobiernos anteriores. Casi todas ellas provenían de gastos de guerra en que tuvieron que incurrir para dominar a los militares rebeldes que constantemente se alzaban a lo largo del territorio nacional.

La primera propuesta de un Consejo de Ministros fue la de exigir a los bancos privados unos préstamos forzosos, tal como lo habían hecho anteriores gobiernos. Pero, los banqueros se negaron porque conocían la precaria situación de la tesorería. Sin embargo, el ex presidente Andueza Palacio exclamó que si no lo hacían voluntariamente había que abrir las cajas fuertes a golpes de mandarina.

Ante la negativa de los banqueros, Castro ordenó su arresto y, después de varios días de prisión, los hizo desfilar encadenados por las calles de Caracas para arrancarles su asentimiento. Logrado su propósito, los liberó.

En el año 1900 varios gobiernos extranjeros iniciaron enérgicas reclamaciones por los abusos de la Revolución Restauradora y los injustos tributos que se les exigían, y las Legaciones de Alemania, Bretaña, Italia y Holanda congestionaban el Ministerio de Relaciones Exteriores con Notas Diplomáticas de quejas y exigencias.

La deuda pública ascendía a la impagable cifra de 190 millones de bolívares, que iría aumentando con las urgencias del nuevo gobierno.

La intención de Don Cipriano de pacificar a Venezuela se fue desvaneciendo por las repercusiones de la Guerra de los Mil Días de Colombia, que convirtieron la frontera en un polvorín bajo el comando del doctor Rangel Garbiras, siempre listo a iniciar otra revuelta. El Restaurador decide apoyar a los liberales colombianos en cabeza del general Rafael Uribe Uribe con quien intenta combatir el gobierno ultra conservador de José Manuel Marroquín. A la postre, ese propósito se frustra por la falta de coordinación de las fuerzas rebeldes neogranadinas que son derrotadas una y otra vez por el gobierno del poeta Marroquín.

Imbuido por sus anhelos de gloria, don Cipriano delira ahora para reconstruir la Gran Colombia y establecer como centro del poder de la poderosa nación a Caracas, bajo su mando.

Era tal la ruina de las finanzas gubernamentales que en 1901 los banqueros europeos sugerían una agresión bélica contra Venezuela. Los empresarios alemanes exigían de su propio gobierno una acción contundente para que les fueran pagadas las deudas pendientes, reclamos a los que se unieron los diplomáticos de Francia, Gran Bretaña e Italia. El 25 de noviembre de 1902 Gran Bretaña y Alemania informaron que procederán contra Venezuela: 4 barcos venezolanos fueron capturados, otros destruidos, y fuerzas armadas desembarcaron en La Guaria. La fortaleza de Puerto Cabello y el Castillo de San Carlos en Maracaibo fueron bombardeados como inicio de un sangriento hostigamiento que se prolongará por largas semanas.

Es el momento cuando el Presidente de la República lanza su fervorosa proclama que comienza con la frase famosa *“La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria”*, y se hace una fogosa propaganda gubernamental para despertar el nacionalismo apasionado y lograr elevar la figura de Castro al pedestal de un heroico caudillo.

A esa acción punitiva se sumaron acreedores de todos los calibres que llegaron a contabilizar deudas venezolanas por valor de 490 millones de bolívares, lo que significaba que por más de 10 años el país debía comprometer todas sus rentas anuales calculadas entre 40 y 50 millones de bolívares.

Gracias a la eficaz intervención del embajador Brown de Estados Unidos, lograda por gestión de varios diplomáticos venezolanos, se lograron unos acuerdos que permitieron superar medianamente los graves diferendos comerciales y sobreaguar el temporal.

Para buscar un respaldo del pueblo, Castro utilizó la estratagema de ofrecer su renuncia a la Presidencia con expresiones de su perorata trasnochada. Por la obvia negación de su retiro, consigue recursos con la confiscación de bienes de los más ricos venezolanos, y emprende la represión de los alzamientos que se multiplican en varios estados.

Surge, entonces, la vigorosa figura del vicepresidente Juan Vicente Gómez que sale a derrotar a los caudillos regionales y logra pacificar a casi toda Venezuela. Castro no tiene más remedio que reconocer sus triunfos y lo califica de “El Salvador del Salvador”.

En adelante, entre desconfianzas y elogios, Gómez irá avanzando sigilosamente en el manejo de los hilos del poder y, ajeno a los agasajos y jolgorios con los que se adula a Castro, va ganando la confianza de doña Zoila Martínez de Castro quien dará su visto bueno para que él quede encargado del poder Ejecutivo cuando, el presidente, viaja a Berlín el 24 de noviembre de 1908 para someterse a una intervención quirúrgica con el fin de tratarle su enfermedad renal.

Castro, enfermo y cada vez menos respaldado por sus allegados, se debate entre soportar su enfermedad en Venezuela, donde no lo pudieron operar, o viajar a Alemania para buscar su curación. Finalmente, acosado por su mal y aconsejado por su círculo familiar, decide embarcarse y dejar como Presidente Encargado a su compadre Juan Vicente Gómez.

En 1909, la Corte Federal y de Casación, a instancias del Procurador General de la Nación, declaró que había lugar para la formación de un juicio por el asesinato del valeroso militar Antonio Paredes y por otros abusos de poder cometidos por el Presidente Castro. Mientras estaba convaleciente en Berlín, don Cipriano fue suspendido e inhabilitado para ejercer la Presidencia de la República y, en consecuencia, se legaliza así la toma de la Presidencia por Juan Vicente Gómez.

En ese momento Venezuela afrontaba una enorme crisis porque desde octubre de 1899 tenía rotas sus relaciones con Holanda, Colombia, Francia y los Estados Unidos. Se informaba que una flota holandesa se había concentrado en Curazao con la intención de bloquear a La Guaira y Puerto Cabello y, además, varios generales rebeldes se preparaban para invadir el territorio apoyados con armas y recursos de países inconformes con el trato recibido por el gobierno de Castro.

Las cuantiosas deudas oficiales y los compromisos derivados de los Protocolos de Washington con los que se logró sobreaguar la crisis de 1903 tenían exhausto al Tesoro Público, y las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello estaban embargadas.

El 12 de diciembre se produjo un hecho que conmocionó a Venezuela y desató un repudio general, porque el acorazado holandés Gelderland apresó al guardacostas venezolano Alejo, y su Cancillería informó que esa acción había sido en reparación por los daños causados a los intereses de Holanda; advirtió que en adelante se apresará y embargará a los navíos venezolanos que encuentre en el mar. En los siguientes días, barcos holandeses navegarían por aguas territoriales venezolanas, entrarían al Golfo de Venezuela y harían ejercicios balísticos frente al Castillo de San Carlos.

La Plaza de Bolívar se colmó con una multitud que protestaba por la agresión holandesa, pero la policía no persiguió a los manifestantes por considerar que se trataba de una expresión de patriotismo. Se oían gritos en contra de Castro y en favor de Gómez. Nadie dijo nada; nadie actuó. En un segundo plano, imperturbable y silencioso, Juan Vicente Gómez observaba el acontecimiento.

El siguiente 13 de diciembre las protestas contra la agresión aumentaron, pero se hicieron más notorios los gritos contra Castro. El Canciller Paúl se dirigió a la multitud para referirse al inaudito ataque holandés y, cuando en un aparte de su discurso se le ocurrió mencionar a Cipriano Castro, la muchedumbre estalló en una ensordecedora rechifla. Numerosos oradores enardecidos se pronunciaron contra Castro e incitaron a tomarse los periódicos castristas. Y cuando Leopoldo Baptista le insinúa a Gómez que se dirija a la multitud, él le responde: “No es hora de discursos”. En todo el país van desapareciendo de oficinas públicas y casas particulares los retratos, litografías, bustos y textos de proclamas alusivos al Presidente Castro. Gómez no se pronuncia, y las expresiones de animadversión hacia Cipriano Castro crecen como la espuma bajo la mirada impávida de su Encargado.

El New York Times publica el 15 de diciembre un editorial titulado “Holanda y Venezuela”, en el que afirma que lo mejor sería la llegada al poder de un Porfirio Díaz venezolano *“lo suficientemente fuerte para mantener el orden civil y lo suficientemente sabio para dar a los venezolanos el sincero deseo de perpetuarlo.”*

El Presidente encargado ordenó que se alistaran 300 hombres de confianza de la llamada “sagrada”, una temible guardia incondicional de Juan Vicente Gómez.

Cipriano Castro nunca volvería a Venezuela. Al lado de Gómez se alinearon los viejos caudillos que habían combatido al líder de Capacho (Táchira), y ofrecieron el respaldo de sus fuerzas al nuevo Presidente, sin imaginar que jamás dejaría el poder hasta su muerte, ocurrida veintisiete años después.

Meneses encontró que la casa de la Embajada de Colombia en Caracas, donada por el gobierno venezolano nuestro país, había pertenecido a José Vicente, el hijo del dictador Gómez, desterrado por su padre acusado de participar con su esposa en el asesinato de Juancho, el hermano más querido del presidente. A José Vicente sólo se le permitió regresar en un ataúd, después de una penosa enfermedad que no conmovió a su padre. Lo hizo enterrar en el mausoleo que el Benemérito ordenó construir en Maracay en la tumba que está junto a la suya.

Juan Vicente Gómez, quien secundó al Restaurador en su Revolución y fue fundamental en la organización y financiamiento de la campaña triunfadora, fue designado Gobernador de Caracas. El 31 de diciembre de 1899, el Gobernador recibió la orden de Castro de liberar a los presos políticos que venían del anterior gobierno para echar las bases de una gran reconciliación nacional. Fue la primera vivencia de Gómez sobre el manejo que se da en Venezuela a los opositores.

Por su desconocimiento de la vida caraqueña, la primera prueba en el desempeño gubernamental no fue muy exitosa, y el Presidente Castro tuvo que hacerle varias observaciones por escrito. Pero, Gómez, desde la gobernación, atendía hasta con su propio dinero las necesidades de numerosos andinos que habían llegado con la Revolución, y que deambulaban empobrecidos por las calles caraqueñas.

Al poco tiempo, y como se presentaba una difícil situación en el Táchira por la rebeldía de varios generales, el Presidente Castro consideró que Juan Vicente Gómez era el más indicado para dominar ese Estado, el único fuera del control político del gobierno central. Para el Primer Mandatario, Gómez era mucho más útil en su tierra natal que en la Caracas esquiva para él.

Fue una inesperada oportunidad para estar nuevamente cerca de su familia. El viaje por mar desde la Guaira hasta Maracaibo y, luego, hasta Encontrados, fue un nuevo aprendizaje de la geografía patria, y la ausencia de acciones de guerra permitió a Gómez licenciar a sus soldados que regresaron felices a sus hogares a reiniciar las actividades agrícolas generando una nueva prosperidad en la región.

Juan Vicente Gómez nació en La Mulera, una hacienda que su padre, Pedro Cornelio heredó, donde se criaron los catorce hijos del matrimonio con Hermenegilda Chacón, perteneciente a una modesta familia de San Cristóbal.

Para Juan Vicente, la familia fue siempre el entorno insustituible alrededor del cual desplegó su actividad durante toda la vida. Sus numerosos hermanos sobrinos y primos; los parientes de uno otro tronco ancestral; sus 74 hijos y sus respectivas

parentelas fueron la clientela con la que gobernó, negoció y se enriqueció inmensamente. Uno de sus biógrafos afirma que Gómez no se dejó encuadrar en algo que pudiera llamarse partido político; ese partido era su familia y su gente del Táchira e, inclusive, de la frontera norte santandereana donde tuvo que refugiarse durante varios años.

De la infancia de Gómez se sabe muy poco y no se conoce dónde aprendió a leer, escribir y hacer cuentas, pero es evidente que no tuvo la educación que recibieron sus hermanas en un colegio de monjas de Pamplona, o su hermano menor, Aníbal, en el colegio de La Grita.

Juan Vicente Gómez nunca se casó. La primera mujer con la que hizo vida marital y tuvo ocho hijos fue Dionisia Bello, madre de su hijo mayor José Vicente, el único de ellos que tuvo una destacada figuración política, y quien se casó con la caraqueña Josefina Revenga Sosa.

A José Vicente, el hijo del Dictador, lo encontramos como Inspector General del Ejército en 1914, cargo en el que acompañó a su padre durante varios años. Fue elegido Segundo Vicepresidente, junto al hermano de Juan Vicente Gómez, “Juancho”, elegido Primer Vicepresidente. En 1923, “Juancho”, quien residía en el Palacio Presidencial de Miraflores porque el Presidente Gómez había resuelto vivir en Maracay, apareció asesinado de varias puñaladas. De hecho, el joven hijo del Dictador, José Vicente, pasó a ocupar el primer lugar en la sucesión presidencial, y aunque el crimen nunca fue esclarecido, desde el comienzo se sospechó que él había participado en el crimen de “Juancho”, probablemente instigado por su madre y por su ambiciosa mujer.

Otra compañera de Juan Vicente Gómez fue Dolores Amelia Núñez de Cáceres, bella caraqueña de rancio abolengo con la que tuvo diez hijos. Gómez había resuelto dormir solo porque decía que en la cama se pueden saber los secretos que no se deben revelar. El rompimiento definitivo con Dionisia Bello, después del asesinato de su hermano Juancho, hizo que Dolores Amelia pasara a ocupar el puesto de una especie de esposa social en los últimos años del Dictador.

Gómez era un hombre modesto en sus costumbres personales. No bebía, no fumaba, y sus casas de Maracay, donde residió casi siempre cuando ejercía el poder absoluto de Venezuela, más parecían unas guarniciones militares que las residencias de un poderoso Dictador. En ellas, el servicio residencial era atendido exclusivamente por varones, y su alcoba, sin lujos ni excesos, era custodiada de noche por su asistente cucuteño Eloy Tarazona quien dormía en una estera bajo el dintel de la puerta de entrada.

El ministro de la Legación de Estados Unidos, Mr. Preston McGoodwin, en relación con la elección presidencial por el Congreso reglada por la Constitución de 1914 y que iba a ocurrir en 1915, informó al Departamento de Estado sobre el poder absoluto con el que Gómez controlaba todo en Venezuela. Era el sistema ideado para que él mandara de manera indefinida desde el golpe de estado con el que derrocó a Cipriano Castro. Según el ministro americano, dos de sus hijos, sus dos yernos, un cuñado y otros parientes fueron nombrados senadores o diputados. Su hermano Juancho y su hijo José Vicente eran, respectivamente, Primero y Segundo vicepresidentes de la República.

Una de las decisiones más impopulares de Gómez fue la designación en 1914 de su primo Eustoquio como presidente del Estado Táchira. Este siniestro personaje gobernó brutalmente durante 11 años, época en que cerca de 20.000 familias tuvieron que huir a Colombia apremiadas por el miedo. Eustoquio Gómez, que estuvo preso en 1907 por el asesinato del Gobernador de Caracas Luis Mata IIIa, fue igualmente asesinado 4 días después de la muerte del Benemérito.

El sucesor de Juan Vicente Gómez fue el General Eleazar López Contreras, uno de los jóvenes que siguieron a Cipriano Castro en la Revolución Restauradora, y a quien éste escogió como su edecán presidencial. López Contreras asumió la Presidencia a la muerte de Gómez a quien el dictador había señalado para sucederlo por ser el Ministro de Guerra y Marina. Una vez López Contreras tomó el mando, introdujo cambios sustanciales en la conducción del gobierno liberando a los presos políticos, permitiendo el regreso de los exiliados y autorizando la libertad de prensa. Al cumplir el primer año de su mandato hizo aprobar la confiscación de los bienes de la familia Gómez y, más adelante, el establecimiento de un sistema electoral.

A la muerte del Dictador se produjeron ruidosas manifestaciones, saqueos y ataques a familiares y allegados en varios sitios de Venezuela. Los parientes más cercanos fueron evacuados a Curazao. Y, Regina, una de las hermanas solteras de Gómez que lo acompañó en el lecho de muerte, fue empujada por una escalera durante los saqueos de Caracas de febrero de 1936 fracturándose de tal manera que quedó reducida a una silla de ruedas. Se fue a vivir a Trinidad donde murió en mayo de 1967 a los 98 años de edad maldiciendo a López Contreras.

Excepto algunos destacados ciudadanos civiles, como el doctor José María Vargas que gobernó brevemente, fueron presidentes de la República los militares revolucionarios que habían seguido a Bolívar durante sus frecuentes victorias y derrotas. Y, después, numerosos caudillos gobernaron arbitrariamente durante décadas y asumieron el mando de la República bien fuera por la fuerza de las armas, los derrocamientos o el fraude.

En Venezuela, varios personajes ejercieron repetidas veces la Presidencia entre quienes figuran José Antonio Páez, Carlos Soublette, Judas Tadeo Monagas, Pedro Gual Escandón, Juan Crisóstomo Falcón, Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Marcos Pérez Jiménez, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez y Hugo Chávez Frías; pero solamente el apellido Monagas tuvo a tres familiares como presidentes. La mayoría de los gobernantes se enriquecieron de manera exorbitante porque, con frecuencia, el patrimonio público venezolano se ha confundido con el patrimonio propio de los mandatarios.

El 30 de noviembre 1952, rechazando las elecciones convocadas por la Junta de Gobierno que se instaló después del derrocamiento del escritor Rómulo Gallegos, el general Marcos Pérez Jiménez fue investido como Presidente Provisional, sin permitir la reunión de la Asamblea Nacional Constituyente que debía expedir una nueva Constitución y normalizar la llegada de un gobierno democrático. Como había ocurrido reiteradas veces en el país, el 17 de abril de 1953 Pérez Jiménez se autoproclamó Presidente Constitucional para el período 1953-1958.

Como también era frecuente, muchos opositores fueron apresados o tuvieron que partir al exilio después de que el gobierno declaró ilegales los partidos políticos que no eran afectos al nuevo régimen. Entre los encarcelados por oponerse al gobierno de Pérez Jiménez estuvo el doctor Ramón J. Velásquez, insigne historiador y quien ocupó la Presidencia de la República en reemplazo de Carlos Andrés Pérez juzgado por malversación de dineros públicos. En Venezuela se dice que quien no hay ido a prisión o al exilio no tiene méritos suficientes para llegar a la Primera Magistratura de la Nación.

Con todo, Pérez Jiménez pasó a la historia como el mandatario que logró el mayor desarrollo económico del país porque aprovechó de manera eficiente el gran ingreso petrolero. Inició un Plan Nacional de obras civiles que generó un pleno empleo como no se conocía en Latinoamérica, tanto, que fue necesario abrir las fronteras para recibir mano de obra extranjera que cubriera los trabajos existentes.

Son innumerables las obras que construyó, entre las cuales se destaca la Autopista Caracas - La Guaira reconocida como la carretera de mejores especificaciones del mundo en ese momento. Además, construyó la Autopista Regional del Centro y la de Caracas a Valencia; las autopistas del Este, Valle Coche, Urdaneta, Francisco de Miranda y Libertador de la Capital. Dio inicio al gran proyecto Siderúrgica del Orinoco; se instalaron los teleféricos de Caracas y Mérida; edificó el Centro Simón Bolívar, las Torres del Silencio y numerosas viviendas para las clases trabajadoras. También erigió el campus de la Ciudad Universitaria de Caracas, varios estadios y hospitales en toda Venezuela, etc.

Marcos Pérez Jiménez fue derrocado el 23 de enero de 1958, huyó del país y, finalmente, fue protegido por el gobierno del General Francisco Franco en España, a donde llegó con una gran fortuna calculada en 250 millones de dólares en efectivo. Murió el 20 de septiembre de 2001. Después de su caída fueron elegidos democráticamente los presidentes Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campins y Jaime Lusinchi, que integraron durante el transcurso de 40 años la llamada Cuarta República.

El presidente Hugo Chávez fue elegido en 1999 por la mayoría de los electores. Cuando recibió el poder el 2 de febrero de ese año de parte del mandatario saliente, doctor Rafael Caldera, manifestó que prestaba juramento sobre la “moribunda” Constitución venezolana. Ya anunciaba cuáles eran sus intenciones de cambio, y el 15 de diciembre de 1999 puso en vigencia una nueva Constitución Política que hizo aprobar mediante un referendo. La reforma que más le interesaba es la consignada en el artículo 230 que prescribe: *“El período presidencial es de seis años. El Presidente o Presidenta de la República puede ser reelegido o reelegida, de inmediato y por una sola vez, para un nuevo período”*

Sin embargo, fue tan desastroso su gobierno que, después de un largo paro petrolero y enormes manifestaciones populares en su contra, en la madrugada del 12 de abril de 2002, obligado por los militares, Chávez accedió a renunciar y fue sacado del Palacio de Miraflores y apresado en la Isla La Orchila.

Ese mismo 12 de abril, en nombre de los insurreccionados, tomó posesión como Presidente Interino Pedro Carmona Estanga, dirigente de Fedecámaras promotora del golpe. Pero las primeras decisiones del nuevo gobernante fueron tan absurdas como disolver el Tribunal Supremo de Justicia, la Fiscalía, la Defensoría del Pueblo y asumir poderes por encima de la Constitución, que los militares rebeldes decidieron reinstalar a Chávez en la Presidencia deponiendo de inmediato al mentecato suplantador.

Desde su regreso a la Presidencia Chávez cambió por completo su forma de gobernar asesorado por el dictador Fidel Castro. En adelante, mediante referendos, fue legislando para apoderarse de todas las ramas del poder público, establecer su reelección indefinida, expropiar los bienes de los opositores y malversar sin medida la riqueza del Estado. Chávez se convirtió, como anteriores dictadores, en el amo absoluto de Venezuela.

Aunque se quiera culpar al actual presidente Nicolás Maduro de la tragedia que vive el pueblo venezolano, lo cierto es que esta desgracia fue creada por el caudillo del Socialismo del Siglo XXI en su gobierno dictatorial y perverso. Ya, a los nueve años de su funesto mandato, había despilfarrado US\$ 617.000 millones de dólares del ingreso petrolero sin mostrar una sola solución definitiva a los problemas nacionales, y haber propiciado la más grande corrupción oficial en la historia de su país.

A pesar de que la dictadura ocultaba las verdaderas cifras de su desempeño, hay hechos que no se pueden ocultar como tener la inflación más alta del mundo; perder totalmente el valor de su moneda; observar a millones de nacionales deambulando por el mundo buscando comida y vivienda; encontrar a los profesionales más calificados asilados en los países petroleros. Y lo que resulta más incomprensible, ver la ruina de la que fue una de las empresas más ricas del mundo, PDVESA, y reducida la producción de crudo a niveles ínfimos a pesar de que el gobierno chavista la recibió generando tres millones de barriles diarios a un precio mayor a 100 dólares por barril cotizado durante su mandato.

Pero, mientras los ciudadanos padecen miseria y frustración, los altos funcionarios del gobierno amasan inmensas fortunas fruto de la corrupción y el narcotráfico, y los lujos de la vida oficial tiene el sello de la riqueza robada. El único objetivo del gobierno bolivariano es permanecer en el poder porque sus funcionarios saben que, una vez afuera, sólo les queda como destino la cárcel o el destierro, lo que ha ocurrido frecuentemente en Venezuela.

A Chávez le fue diagnosticado un cáncer en junio de 2011 que fue tratado por la medicina cubana. Su estado empeoró gravemente y tuvo que ser trasladado a La Habana a comienzos de 2013, pero nunca se recuperó, y no se sabe con certeza el día de su muerte porque se dieron versiones diversas sobre este acontecimiento ocurrido cuando el Presidente tenía 58 años de edad. Lo cierto es que, aconsejado por el gobierno castrista, designó a Nicolás Maduro como su sucesor, quien fue elegido posteriormente para continuar con el oprobioso régimen que padece Venezuela.

El presidente Hugo Chávez era un comunicador excepcional. Tanto en la plaza pública como a través de los diversos medios de comunicación era capaz de hablar en frecuentes intervenciones ininterrumpidas de más de cinco horas sin dejar perder la atención de sus oyentes. Consciente de esa virtud, Chávez sacó inmenso provecho usando de manera permanente la televisión, para lo cual hizo aprobar leyes que le permitieron utilizarla en cualquier momento obligando a todos los canales públicos y privados a retransmitir sus alocuciones. Eran las llamadas “cadenas presidenciales” criticadas arduamente por sus opositores.

Su favorito era el programa dominical “Aló Presidente” seguido por millones de venezolanos durante la mañana entera cuando se enteraban de los logros de la revolución, y veían a su presidente cercano y familiar atendiendo todo lo que sucede en el país. Aunque el acceso personal a él era casi imposible porque estaba siempre protegido por varios anillos de seguridad controlados por militares cubanos, la magia de la televisión hizo que los ciudadanos creían que estaban muy cerca de su líder y que él conocía personalmente a cada uno de ellos.

El montaje del programa Aló Presidente, que el televidente percibe como algo natural y sencillo, era verdaderamente cinematográfico gracias a los enormes recursos de todo género empleados en él.

La preparación del programa ocupaba el tiempo completo de centenares de funcionarios que debían atender en forma minuciosa todos los detalles técnicos y de información. El lugar escogido para cada emisión estaba rodeado de las más extremas medidas de seguridad en varios kilómetros a la redonda con la presencia de tropas, vehículos y aeronaves militares desplegados estratégicamente. La tarima principal utilizada exclusivamente por el Presidente se cubría con gruesas placas metálicas para precaver sorpresivos ataques aéreos. Estaba a su disposición permanente una decena de ingenieros en sistemas con toda la información requerida por el comandante en sus alocuciones acerca de los temas más disímiles, que se le suministraba permanentemente a través de un audífono instalado en uno de sus oídos, o en documentos que se le acercaban discretamente durante toda la transmisión.

Los ciudadanos del común no tenían acceso al sitio donde se emitía Aló Presidente, y era frecuente que centenares de personas se agolparan tras las rejas perimetrales pidiendo a gritos, infructuosamente, que se les permita hablar con el Presidente. Los únicos asistentes al programa eran los funcionarios públicos y los invitados especiales que señalaba el Primer Mandatario.

En septiembre del año 2007, la Embajada de Colombia presentó en Caracas al grupo colombiano *Los Niños Vallenatos del Turco Gil* dentro de la programación cultural de la Misión. El director del grupo sugirió ofrecer un concierto al Presidente Chávez, y la casa militar de Miraflores contestó que el Presidente invitaba a los niños vallenatos al programa *Aló Presidente* que se emitiría el siguiente domingo 16 de septiembre desde una de las instalaciones de Petróleos de Venezuela en el Estado Anzoátegui.

Para el efecto se dispuso que un avión presidencial recogiera en el aeropuerto de Maiquetía al grupo musical y a algunos diplomáticos, entre quienes estaba Meneses que admiraba al presidente Chávez, para llevarlos a San Tomé, y de allí, por unas carreteras controladas por varios retenes militares, al campo petrolero fuertemente militarizado donde se realizaba el programa televisivo. Después de la presentación musical que fue cálidamente elogiada por el presidente, uno de los niños le pidió que si los podrían transportar en avión hasta Valledupar para evitar el largo regreso por carretera. De inmediato, el presidente ordenó a uno de sus edecanes que arreglara lo propio para hacerlo y, así, los Niños Vallenatos regresaron a la cálida capital del Departamento del Cesar en un avión militar venezolano.

Portilla decidió abandonar a Pamplona en abril de 1980 porque sus continuas reyertas lo fueron distanciando de amigos y enemigos hasta el punto de que ya no tenía con quién departir. Viajó a Cúcuta en un bus de línea y se alojó temporalmente en la casa de una parienta lejana que sentía por él un poco de afecto, pero a los pocos días, su comportamiento se hizo insoportable para la anfitriona.

Empezó para el artista una forma lamentable de vida. Sin tener ingresos fijos, sobrevivía vendiendo sus caricaturas en las inmediaciones del Instituto de Cultura, e invitaba a los transeúntes a posar para hacerles un dibujo. Como pago recibía lo que quisieran darle por su trabajo.

Como no podía costearse un alojamiento permanente, en las inmediaciones del terminal de transporte encontró unos hoteluchos que servían de prostíbulos nocturnos y alquilaban las camas en las horas de la mañana por tiempo limitado. Allí se alojó durante meses, y su mayor afán era conseguir los pocos pesos que le costaba cubrir su hospedaje diurno, mientras, de noche, deambulaba por las sombrías calles pobladas de maleantes y desocupados.

Se hizo conocido del dueño de un bar atendido por atractivas meseras que lo contrató de “arrastrador”, tal como se llama a los encargados de llevar clientes hasta el establecimiento que era simultáneamente taberna y burdel. Allí empezó a ganar las propinas que le prodigaban los clientes, y su situación mejoró un poco.

Se le ocurrió a Portilla ofrecer al dueño del bar una estrategia para hacer una propaganda gratuita que le traería muchos clientes, y la aceptó. Fue cuando el caricaturista escribió la carta dirigida al cura de la Parroquia de San Antonio que tenía jurisdicción sobre esa zona, firmada por supuestos feligreses quienes le pedían que condenara la presencia en el barrio de la casa de lenocinio recientemente abierta donde se ofrecían los servicios sexuales de llamativas jovencitas provenientes del occidente del país.

En el sermón del domingo siguiente, efectivamente, el sacerdote, con ira, leyó la carta de protesta que sus fieles escucharon con sorpresa, y se divulgó por todas partes la existencia del atractivo burdel que el párroco identificó con nombre y dirección. El éxito de la argucia fue notable.

En adelante, Portilla se convirtió en el ayudante preferido del bar y, con mejores ingresos, logró instalarse en la habitación de un modesto inquilinato en las inmediaciones del parque Mercedes Ábrego. Allí pudo recomenzar su verdadera

profesión de caricaturista y dibujante de plumillas. También, allí conoció a la mujer que lo acompañaría en los años siguientes.

En sus andanzas por el barrio se hizo amigo de un zapatero con el que entablaba largos diálogos, porque los dos eran implacables críticos de todos los gobiernos que no resuelven los problemas del pueblo ni ayudan a los más pobres. El zapatero había leído, al desgaire, panfletos en los que se publicó el Manifiesto Comunista, una semblanza de Lenin, la convocatoria a la Primera Internacional Socialista, y otros escritos que lo hacían pasar como un ilustrado comunista. Tenía puesta en la pared principal la fotografía del Che Guevara con su negra boina ornada con una estrella blanca. Portilla se identificaba plenamente con las ideas del zapatero.

Una tarde cualquiera, el vendedor que habitualmente le ofrecía al zapatero la Lotería de Cúcuta le dejó el consabido billete sobre la mesa de trabajo, pero el artesano ocupado en reparar un calzado sólo tuvo tiempo de fijarlo en la puerta que daba al patio de su casa con el pegante que tenía a mano, y siguió en su minuciosa labor.

A los pocos días llegó el lotero con gran algarabía para informarle que se había ganado el premio mayor del sorteo. El zapatero quedó petrificado. Volteó hacia la puerta para asegurarse de que el billete estaba todavía allí y, con horror, comprobó que no había forma de despegarlo. Después de que lo aturdieron con todas las opiniones que le insinuaban parientes, amigos y el propio vendedor, tomó una decisión irrevocable: desengancha la puerta y llevarla hasta las oficinas de la Lotería de Cúcuta para reclamar su premio. Así lo hizo, obtuvo el cuantioso dinero y nunca más volvió a abrir la zapatería.

Portilla visitaba, también, a un conocido carpintero del barrio que tenía una forma particular de hablar porque no modulaba la voz en sus interminables conversaciones y, por ese motivo, el caricaturista le puso el remoquete de “Mono Tono” como lo empezaron a llamar todos los vecinos y clientes.

Mono Tono le confesó a Portilla que él era un hombre al que lo acompañaba la mala suerte porque todo en su vida le resultaba mal. Soy un trabajador responsable pero casi siempre pierdo plata en los encargos que me hacen. Una vez un matrimonio rico me contrató para que le fabricara una cama matrimonial de 3 metros de largo por 3 de ancho. Hice el mejor trabajo y me pagaron una generosa suma de dinero. Entonces, pensando que ese era un buen negocio, invertí toda la plata en hacer dos camas iguales, pero nunca las pude vender y perdí lo que había recibido por el trabajo que entregué.

Viendo que el negocio de la carpintería no me daba ganancias, me ofrecí para hacer trabajos de albañilería a domicilio; entonces, un señor rico me contrató para que le pintara el interior de su casa. Me puse en obra, conseguí las herramientas y una

escalera de tijera con la que podía llegar hasta lo más alto de las paredes. Una tarde, cuando pintaba el pañete superior de la puerta de entrada, llegó el dueño, abrió repentinamente la puerta y, tan de malas, que le cayó encima el pote de pintura que yo había preparado. Ya se imaginará cómo quedó el señor. Yo salí despedido de inmediato sin recibir ni un centavo.

Pero, lo más grave que me ocurrió fue el día que estaba en un salón de billar situado en el Barrio Santander que tenía mesas de juego en los dos pisos de la casona. En la planta superior había dos grandes salas, cada una con una mesa de billar y varias mesitas para competir en ajedrez y otros juegos. Yo estaba con un amigo que me acompañaba esperando que desocuparan alguna mesa para entrar a jugar, pero viendo que allí había demasiadas personas y, creyendo que el piso se podía derrumbar, nos pasamos a la contigua con tan mala suerte que ésta fue la que se desplomó, y en la caída me fracturé una pierna y un brazo. Todavía estoy convaleciente de las fracturas.

De la noche a la mañana Mono Tono cerró su taller y desapareció sin avisar a nadie. Un amigo le informó a Portilla que se había mudado al Barrio La Libertad donde los arriendos eran más baratos y que por ningún motivo quería salir de su nueva vecindad.

Como Portilla se apostaba los domingos en el atrio de la Iglesia de San Antonio para vender sus pinturas, conoció al abogado que frecuentemente tocaba el armonio de la parroquia durante la misa dominical de las 11 de la mañana. Era un hombre de apariencia distinguida que no intimaba casi con nadie, pero le cayó en gracia la forma como el pintor ofrecía sus trabajos, conversaba algunas veces con él y luego a comprarle una de las plumillas que retrataban el frente de la iglesia parroquial. Era un alcohólico irremediable.

Por una extraña razón, el abogado no volvió a interpretar el armonio en las misas de once; no volvió a la tienda donde bebía diariamente su aguardiente; no abrió nunca más el bufete, ni contestaba el teléfono. Como había quedado viudo hacía algunos años, vivía solo en su casa en la que la puerta principal siempre permanecía cerrada como si nadie viviera en su interior. Alguien sabía el secreto de aquella misteriosa desaparición, pero no se lo confió a nadie.

Durante largo tiempo el abogado fue coleccionando imágenes de santos de los más variados materiales que guardaba en el segundo piso de su casa: Eran imágenes de yeso de la Virgen María, San José y el Niño Jesús; en las vigas del techo colgó una voluminosa paloma blanca fabricada de tafetán que representaba al Espíritu Santo; había cuadros pintados al óleo de numerosos santos; un crucifijo de tamaño

natural puesto en el fondo del salón, y estampas, oraciones, novenas, invocaciones y camándulas que ocupaban todos los muebles.

El abogado se encerró por semanas en ese piso abarrotado de aquellas figuras fantasmales, que en la penumbra del atardecer parecían moverse a la luz de los cirios que encendía permanentemente. Para comer sólo tenía galletas de soda, y aguardiente para beber, y fue adquiriendo un seco color amarillento que lo hacía confundir con las estatuas religiosas.

Él creía estar en el cielo prometido e invocaba a Dios con los motetes que entonaba en latín en la iglesia parroquial. Allí fue encontrado muerto después de que lo buscaron por todas partes durante varios días, y su cuerpo fue hallado incorrupto dentro de un ataúd que parecía un Santo Sepulcro, porque se había embalsamado con los incontables litros de aguardiente que consumió durante su permanencia en el paraíso celestial que él había fabricado en sus piadosos delirios.

La muerte del abogado produjo conmoción en el barrio. El párroco invitó a una solemne misa fúnebre para rogar por su alma, y la iglesia se colmó de fieles compungidos; las dos floristerías que ayudaban a adornar el altar de la iglesia instalaron varias coronas mortuorias, y la música estuvo a cargo del coro parroquial, aunque no sonó el armonio que interpretaba el abogado en las misas de 11 porque el cantor permanente de la parroquia se fue de vacaciones. Esto hizo sentir mucho más triste la ausencia del difunto.

- Hola Portilla - le dijo un coterráneo con el que se encontró en la misa de honras fúnebres.
- Usted qué anda haciendo por aquí.
- Es que ahora estoy viviendo en Cúcuta - contestó Portilla
- Ah, muy bueno. Y, ¿está pintando?
- ¡Claro! respondió el caricaturista

El amigo pamplonés le contó que él trabajaba como chofer en la secretaría de educación del municipio de Cúcuta, y que estaba a la orden por si acaso necesitaba algo.

- Gracias. De pronto paso por allá.

Los dos amigos se habían conocido en Pamplona cuando eran adolescentes y habían compartido numerosas veladas de licores y drogas. Pero, mientras Portilla apenas salió de su ciudad algunas veces, su coterráneo viajó permanentemente de una parte a otra sin un oficio definido sobreviviendo como podía. Algo misterioso había en su vida andariega.

Durante un tiempo estuvo en la zona cafetera en los oficios de recolección del grano, y fue contratado temporalmente para la vigilancia de fincas; de allí pasó a Villavicencio en busca de trabajo y logró que lo emplearan en una hacienda ganadera para ayudar en la vacunación, en el lavado de los animales y en las faenas de su movilización en los potreros de pastoreo.

Durante su permanencia en los llanos orientales conoció la historia del amor sacrificado de una bella mujer que entregó su vida al rico amante que nunca la desposó, y en una inverosímil fidelidad llegó a la ancianidad, solitaria y repudiada.

Sentada en un banquito de madera que ponía al pie de la hamaca, Aurora mecía suavemente a quien hacía la siesta vespertina durante su estancia pasajera que repetía dos veces por semana. Él llegaba antes del mediodía, se bañaba las manos en el aguamanil preparado con agua limpia y aroma de menta, la amaba y, luego, almorzaba en solitario con las viandas exquisitas que Aurora le servía en su impecable vajilla blanca de orillos dorados.

Era un ritual recurrente, casi sin palabras, que la hermosa mujer recibía como una dádiva a su amor inextinguible por el hombre a quien ofrendó su virginidad y del que nunca quiso alejarse, así fuera para recibirlo en una especie de visita conyugal a esa cárcel que ella misma confeccionó con los inacabables bordados de cientos de metros en los que se ocupaba durante las ausencias interminables a la espera ilusionada de su amante.

Era, aquel, un romance clandestino solamente para Aurora, porque todos sus familiares, los vecinos de los pueblos a donde ella llegaba huyendo de los acusadores que la perseguían, y hasta un pretendiente que le ofreció casarse con ella, conocían su condición de querida de Medardo al que por nada del mundo quería renunciar porque su vida se había convertido en un sacrificio abnegado por su primer amor, por el único, por el real.

Aurora pasaba sus días solitarios lavando las sábanas blancas, los manteles bordados, la lujosa vajilla alemana, los vasos de cristal, las pantuflas acolchadas, el aguamanil de peltre, todo, aquello que solamente podía usar Medardo en sus fugaces visitas.

En uno de esos interminables años, Aurora había tejido con hilo calabrés blanco el chinchorro de las siestas de Medardo que ella guardaba cuidadosamente para que ni una sola mancha pudiera ensuciarlo. La hamaca tenía de lado y lado unas hermosas randas que colgaban casi hasta el suelo, y cuando Medardo se tendía allí parecía envuelto en una ingrátida nube mecida por la silenciosa constancia de Aurora. El verlo allí dormido era para Aurora su mayor placer. Era como si el esfuerzo de tanta limpieza lo compensara el ronquido tranquilo de su amante

despreocupado. Era el ritual diario del amor solitario de Aurora, que Medardo nunca logró apreciar en su intensidad porque su paso por la casa de ella era tan sólo una de sus visitas eróticas a las mujeres que frecuentaba.

Así llegó a la ancianidad, enamorada, sola y sin esperanza alguna, evocando ya brumosamente a quien atendió de vez en cuando, y a quien llegó a considerar un hombre malo sin que pudiera hacerle reclamo alguno porque él tenía su propia familia, otras mujeres que lo recibían como amantes sumisas, y que murió antes que ella sin dejarle siquiera un recuerdo grato.

Para el coterráneo de Portilla su interés era conseguir actividades verdaderamente lucrativas, y parece que estuvo al servicio de algún contrabandista conduciendo un vehículo de carga y desempeñando otros trabajos ilícitos. Por fin, se radicó en Cúcuta y, gracias a su vieja amistad con el secretario de Educación, fue nombrado chofer del Despacho. Por eso, su casual encuentro con Portilla fue para él un hallazgo venturoso.

En ese atardecer, el chofer le llamó la atención a Portilla con un toque de su claxon para que se acercara a la ventanilla del vehículo y le dijo:

- Súbase que tengo que decirle algo bueno.
- Y, ¿a dónde vamos?
- No, solamente demos una vuelta por aquí.
- Le tengo una propuesta chévere: Es que a mí me dejan guardar este carro en mi casa por las noches, y el negocio es pasar hasta San Cristóbal y traer mercancías.
- Y, ¿entrar a Venezuela nos es riesgoso? – preguntó Portilla
- No, hombre porque la placa es oficial. Además, yo tengo un amigo en el retén de Peracal que es el único en todo el trayecto, y él nos deja pasar de aquí para allá y de allá para acá sin problema.
- ¿Y qué se puede traer? - preguntó de nuevo Portilla.
- Se pueden traer licores, enlatados, cosas de aseo, leche en polvo. Muchas cosas. Yo vengo mañana a las 9 de la noche y lo recojo. Vayamos que eso va a ser muy bueno.

Esa noche, encarcelado, Portilla le preguntó a su amigo cómo iban a salir de ese lío en que lo había metido porque la guardia venezolana era implacable con los colombianos. Estaban en problemas porque, aparte de la detención que les habían decretado, el vehículo de la Secretaría de Educación había sido decomisado.

En el pequeño calabozo donde los metieron el calor era insoportable, unos olores nauseabundos casi les impedía respirar y el trato que les daban era cruel. Estaban totalmente incomunicados.

El chofer de la Secretaría le dijo a Portilla

- Hágase el enfermo y yo llamo a un guardia para hablarle.

Portilla fingió que vomitaba y empezó a dar alaridos como si lo atacara un intenso dolor.

- ¡Guardia, guardia! ¡Mi amigo se está muriendo!
- Apenas se asomó el guardián, Portilla cayó desgonzado convulsionando.
- Un médico, por favor, clamó el chofer. Y, enseguida, acercándose al oído le dijo en voz baja al policía:
- Amigo por qué no se queda con toda la mercancía y nos deja seguir a Colombia. Yo soy amigo del Distinguido Armas, pero hoy salió de permiso y no nos pudo ayudar. Ayúdeme usted, por favor.
- El funcionario se quedó mirándolo y le dijo: - pero eso le va a costar. -
- Lo que sea. Mire déjeme ir en el carro, y Portilla se queda mientras yo le traigo una buena platica. Usted sabe que el carro es oficial y yo no le voy a quedar mal.

Después de varias horas apareció el guardián y le ordenó al chofer:

- Venga usted conmigo.

Así es como Portilla quedó preso en Peracal como rehén por el soborno que debía pagar su amigo, quien nunca volvió. Fueron semanas de un suplicio indecible y, como su amigo había engañado al guardián, Portilla era el chivo expiatorio sometido a toda clase de vejámenes.

Un día en que Meneses despachaba en la Embajada de Colombia en Caracas, un amigo de Portilla lo visitó para informarle que su amigo estaba detenido en San Cristóbal acusado de contrabando, y que si no lo ayudaban lo podrían condenar a una pena de prisión muy larga. Meneses quedó muy preocupado y se dispuso a averiguar cuál era la suerte de su coterráneo.

Efectivamente, a Portilla lo habían trasladado a la cárcel de San Cristóbal del Táchira e iba a ser acusado ante un juez de esa jurisdicción por contrabando e irrespeto a la autoridad. Meneses se puso en obra para ver la manera de ayudarlo.

Averiguando con varias personas se enteró de que Portilla y un amigo suyo habían utilizado el carro oficial de la Secretaría de Educación de Cúcuta para trasportar unas mercancías de contrabando desde San Cristóbal. Y que, de regreso, habían sido detenidos en el puesto de Peracal porque no acreditaron los documentos de exportación exigidos por las leyes venezolanas.

El amigo de Portilla le había asegurado que él tenía el paso franco porque había pagado a un Distinguido venezolano una buena suma de dinero para que se hiciera el de la vista gorda, pero que el guardia se ausentó precisamente el día en que regresaron por Peracal. Y que cuando estaban recluidos, el amigo de Portilla sobornó a otro de los guardias y le prometió que volvería con más dinero y que lo dejara pasar con el carro oficial. El individuo nunca regresó.

Dado que el compañero de andanzas se había ausentado de su trabajo durante varios días, fue despedido de inmediato y, tal como lo hacía habitualmente, desapareció sin dejar rastro.

Por eso, Portilla quedó abandonado en la cárcel como único responsable del delito de contrabando, y acusado también de irrespeto a la autoridad porque en un ataque de desesperación había insultado al comandante de guardia. Su caso era muy delicado.

Meneses hizo varias diligencias con autoridades de policía en Caracas que él conocía por su trabajo en la Embajada, quienes le autorizaron a visitar al detenido para conocer directamente su situación y buscarle una solución. Por eso viajó a San Cristóbal.

- Qué le pasó, hombre. – preguntó Meneses a Portilla.
- Es que el hiju madre que me convidó a traer cosas de San Cristóbal me dejó engrampado aquí y nunca apareció con la plata que le ofreció al Distinguido que nos apresó.
- Oiga, Portilla, yo voy a hacer todo lo posible para que le levanten el denuncia que todavía no ha llegado al juzgado. Pero como yo no puedo ofrecer dinero porque soy funcionario de la Embajada, le voy a prometer al Distinguido ayudarlo en Caracas para que lo asciendan, y si lo logro nos vamos para La Parada y yo lo dejo a usted allá; pero no se le ocurra volver por aquí.

Después de esas dolorosas semanas, Portilla regresó acongojado a Cúcuta y buscó volver a sus actividades en el bar donde servía de “arrastrador”. Allí lo recibieron con agrado y recomenzó, también, su vida de caricaturista prometiéndose no dejarse convencer por sinvergüenzas que le prometieran a ganarse la vida en actividades ilegales. No olvidaría jamás la generosa ayuda que le dispensó Meneses.

El director del Museo de Arte Moderno dirigía una tertulia que realizaba una vez al mes a la que asistían artistas plásticos, músicos, escritores y alumnos de diversos institutos de educación. Allí se encontraron Meneses y Portilla, que no se veían desde el episodio del encarcelamiento de éste en San Cristóbal del Táchira ocurrido hacía varios años.

Meneses había terminado su trabajo en la Embajada, y Portilla estaba de nuevo en Pamplona en su rutina agobiante. Los dos regresaron como empujados por el viento indomable de sus destinos paralelos, exhaustos por su lucha desigual contra la vida que los fustigaba cuando estaban a punto de triunfar. Portilla, que no sabía manejar el dinero porque lo consideraba banal, llegó a vivir en su casa de la salida de Bucaramanga sin un centavo en los bolsillos. Empezaba para él la cotidiana peregrinación por las calles de su ciudad indolente.

Meneses, que ahorró parte de sus sueldos de la Embajada en Caracas, los agotó tratando de abrirse camino en esa ciudad para ricos. Tuvo que regresar a Pamplona para ocultar su depresión en el seno de su modesta familia que sobrevivía con el sueldo de maestra de su hermana menor.

El Museo se fue convirtiendo en un refugio para artistas empíricos que recibían clases dictadas por profesores de la Universidad; las salas se abrían para pintores, fotógrafos y artesanos de la ciudad, y las tertulias convocaban a jóvenes y viejos a compartir sus experiencias. En una de esas gratas veladas fue la reconciliación definitiva de Meneses y Portilla.

La ciudad aloja a una muchedumbre de habitantes venidos de muchos lugares, casi todos estudiantes, que llenan las calles, los parques, los bares con un bullicio inquietante que se alcanzaba a percibir desde las colinas circundantes. Todas las edificaciones se convirtieron en comercios del más variado género y arrasaron los antiguos cafés donde se reunían los lugareños más viejos a compartir sus críticas y reclamos por la incuria oficial. Hoy, arrinconados en la única panadería que los acoge, sus reproches son por el desastroso mercado callejero en que se convirtió Pamplona. Por ese bullicio interminable que ya no soportaba, Portilla se encerraba días enteros en su casa con las cartillas, revistas y libros usados que alquilaba en el puesto de Albarracín en el mercado cubierto para aprender a hacer caricaturas y dibujos, siguiendo las publicaciones de comics, historietas y biografías que encontraba allí.

Meneses contó en una de las tertulias que había escrito más de 100 canciones y que tenía listo para publicar un libro con numerosas poesías con retratos irónicos de sus personajes preferidos, historias de amores frustrados, recuerdos agrídulces de su infancia aflictiva.

Con un humor cargado de sarcasmo, en las sesiones era el más activo de los contertulios y siempre contaba alguna historia conocida en sus permanentes andanzas por las calles brumosas que guardan secretos familiares detrás de portones y postigos, o que había escuchado de sus mayores en conversaciones prohibidas para niños.

Contó que Clarita llevaba varios años preparando el ajuar para su matrimonio porque se había impuesto la tarea de llevar a su nuevo hogar sábanas y fundas, pañuelos y ropa interior, toallas y manteles bordados con las iniciales de su nombre. Según su deseo, aun le faltaban varios juegos de las preciosas piezas que cosía con delicadeza. Su novio la visitaba pacientemente en casi todos los atardeceres, y esperaba a que ella culminara su interminable tarea.

Al subir hacia la casa de Clarita, el novio tenía que pasar frente a la ventana de una hermosa vecina que lo veía pasar en las tardes cuando una ingrátida neblina empezaba a descender sobre la ciudad vetusta

Siempre se cruzaban un saludo cada vez más expresivo hasta que, cuando el novio comprendió que a Clarita le faltaban cuatro juegos completos del ajuar para poder fijar la fecha del matrimonio, sin decirle nada, le propuso matrimonio a la bella vecina. Ella, que había rezado fervorosamente para que Clarita nunca terminara de bordar su ajuar, lo aceptó de inmediato. La ceremonia se celebró el siguiente domingo a las cuatro de la mañana en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen.

Cuando Clarita se enteró del matrimonio de su novio envió todas las piezas grabadas con sus iniciales al ancianato de las Hermanitas de los Pobres, y esa misma tarde empezó a bordar con hilos negros los linos de su mortaja.

Portilla también competía en aquellas tertulias vespertinas con historias que protagonizaban los habitantes de su barrio. Recordó que en una casa vecina a la suya había una pensión de estudiantes donde vivían varios compañeros de la universidad. Uno de ellos, Hernando, que tenía un empleo en la biblioteca del instituto, era el más pudiente de todos, pero adobaba una avaricia enfermiza con costumbres tan odiosas como llevar en la cajetilla que sacaba de su bolsillo un solo cigarrillo para no tener que compartir los que escondía en otra parte de sus trajes.

Dos de sus compañeros resolvieron hacerle una ingeniosa jugada para sacarle un dinero, que consistía en disfrazarse de atracadores, atalarlo en el callejón oscuro por donde tenía que pasar todas las tardes cuando regresaba de su trabajo, y despojarlo de su plata. El plan acordado era infalible.

Carlos y Jorge se vistieron con ropas viejas, se pusieron unas gorras deportivas y se cubrieron nariz y boca cara con pañuelos, de suerte que de sus caras sólo eran

visibles los ojos saltones de Carlos y los achinados de Jorge. El asalto iba a ocurrir de un momento a otro.

Venía Hernando totalmente desprevenido fumando, cuando en la penumbra callejera aparecieron los ladrones y lo intimaron con sus cuchillos a que levantara las manos y les entregara todo el dinero que traía. Pero, en un rápido movimiento reflejo, Hernando le propinó al más pequeño un enorme puñetazo que lo lanzó al suelo a varios metros de distancia, y el otro huyó apresuradamente presa del miedo. Así terminó para Hernando la azarosa aventura, pero no para Carlos que tuvo que esconder durante largos días el moretón que le cerraba el ojo izquierdo, de lo cual no podía dar explicación alguna.

Portilla contó que se vinculó al movimiento político de un candidato a la Asamblea Departamental y se dedicó a llevarlo a los barrios donde él tenía amigos, para presentarlo como un hombre serio y honrado. En una de las correrías por el Barrio Cristo Rey visitaron a un reconocido líder, presidente de la Acción Comunal, conocido como Rocito, quien tenía gran influencia sobre su comunidad porque atendía a sus vecinos en los casos de dolencias y enfermedades y les recetaba remedios naturales, compresas y sahumeros curativos. Rocito era un hombre menudo, sencillo y de buenas maneras que siempre estaba dispuesto a atender las necesidades de los habitantes que lo buscaban de día y de noche para pedir su ayuda.

Sus preocupaciones mayores eran lograr que se construyera el alcantarillado del barrio y se instalara el alumbrado público en todas sus calles. A lograr eso se comprometió el candidato que le presentó Portilla, y él le pidió a Rocito que invitara a la gente a votar por él: Ese fue el mutuo compromiso del líder de Cristo Rey y el candidato a la Asamblea.

Aquella era una época en que los dirigentes cívicos de los barrios populares daban su palabra irrevocable para apoyar al político que ofrecía con honradez solucionar las más urgentes necesidades de esas comunidades marginadas. Rosito siempre fue fiel al político que cumplió su compromiso, a pesar de las ofertas que le hicieron otros candidatos en épocas electorales.

Con los años, Rosito enfermó. En su lecho de muerte pidió que viniera a acompañarlo su jefe político que por ese tiempo estaba residenciado en la capital de la República. La llamada fue urgente: ¡Doctor, Rosito no puede morir si usted no viene! No hubo remedio. El dirigente tuvo que abandonar sus tareas actuales, tomar un avión hasta Cúcuta y trasladarse a Pamplona por carretera. Con dos días de retraso, el político ya ingresaba a la ciudad por la entrada de El Camellón compungido porque creía que su llegada era tardía. Cuando el automóvil se detuvo

en la puerta de la casa de Rosito aparecieron su esposa, las dos hijas que vivían con él y las mujeres vestidas de negro que rezaban las oraciones de la muerte. ¡Gracias a Dios! - gritaron en coro - Rosito lo está esperando. Entró, se acercó al lecho y le tomó una mano. Rosito abrió los ojos, lo miró con una mirada serena y balbuceó estas palabras: Doctor, gracias por venir, y expiró.

Monseñor Alberto Alarcón Infante, Rector de la Catedral de Santa Clara, sede del arzobispado metropolitano de Pamplona, en una de las tertulias del Museo dictó una ilustrada conferencia sobre aspectos históricos de la ciudad

Señaló que desde Pamplona salieron los fundadores de una decena de ciudades de Colombia y de Venezuela por lo que, con todo honor y toda verdad, le corresponde el título de Ciudad Fundadora de Ciudades. Ninguna otra población de nuestra patria puede ostentar este título glorioso refrendado por los hechos consignados en la historia colombiana.

También relató el heroico aporte de Pamplona a la gesta libertadora, su temprano grito de Independencia el 4 de julio de 1810, e hizo el recuento del sacrificio de sus muchos mártires en la cruenta guerra relatada por varios historiadores.

Su historia eclesiástica, explicó, es inmensamente rica: Fue la primera Diócesis en crearse después de la Independencia Nacional, y de ella nacieron las actuales diócesis de Bucaramanga, Cúcuta, Málaga y Tibú y parte de Ocaña y Arauca. Hoy, Pamplona ostenta el rango y privilegios de Arquidiócesis Metropolitana.

Contó Monseñor que en el año de 1858 el papa Pío IX creó en Roma el Colegio Pío Latino Americano, llamado así en honor a su nombre; para su funcionamiento donó un edificio de propiedad de la Santa Sede y se inauguró con 18 alumnos, de los cuales 8 vivieron de la Diócesis de Nueva Pamplona como consta en los anales del Colegio. Llegaban para estudiar en la más famosa Universidad Eclesiástica del Mundo, la Pontificia Universidad Gregoriana, constituyéndose así en los fundadores del más famoso centro de formación eclesiástica del continente americano.

Un buen día, Monseñor Alarcón, seminarista del Colegio Pío Latino durante el desarrollo del Concilio Vaticano Segundo, departía con su compañero Juan Carlos Maccaroni, más tarde obispo de la diócesis de San Isidro en Argentina, y éste se asombró de que Alberto Alarcón perteneciera a la Diócesis de Pamplona en Colombia. “¿Entonces vos conocés al Padre Rafael Faría?” Era grande su admiración porque relataba que él había estudiado en su natal Buenos Aires con los libros de Religión de este autor colombiano. Como varios de los libros de Faría se habían editado en Argentina, eran textos oficiales en muchos colegios de ese país.

Años más tarde, un sacerdote nacido en el barrio Flores de Buenos Aires fue elegido Sumo Pontífice de la Iglesia Católica y adoptó el nombre de Francisco en honor al gran santo de Asís. Se preguntaba el presbítero Alberto Alarcón si, por tener una edad cercana a la del Papa Francisco, éste también pudo haber estudiado en los libros del padre Faría.

Años más tarde, cuando monseñor Alarcón era secretario de la Conferencia Episcopal Latinoamericana – CELAM-, en una visita que hizo el obispo argentino Juan Carlos Maccaronia a la entidad tuvo ocasión de preguntarle si él creía que el Papa había estudiado en textos de Religión de Faría, y él le respondió sin vacilar: “estoy convencido de que fue así

En relación con la historia diocesana de Pamplona cabe anotar que, el 16 de febrero de 1777, una bula pontificia dividió en dos partes la Arquidiócesis de Santa Fe y en una de ellas erigió la diócesis de Mérida inaugurada más tarde en 1796. Antes, una Cédula Real del 10 de diciembre de 1783 ordenó incorporar a dicha jurisdicción la ciudad de Pamplona, lo que generó no pocas dificultades por la demarcación de límites entre los dos obispados. De todas maneras, la Corona reiteró la orden de la anexión española con Cédula del 12 de mayo de 1790.

Pese a algunos intentos por definir esta enojosa situación causada por la creación de la nueva diócesis, no fue posible lograrlo. Con la declaración de Independencia las gestiones quedaron en suspenso y Pamplona permaneció en la jurisdicción de Mérida hasta 1832, cuando el Congreso de la Nueva Granada ordenó la reintegración de Pamplona a la Arquidiócesis de Bogotá.

Durante el gobierno del Presidente Francisco de Paula Santander se dictó la Ley del 11 de mayo de 1834 por la cual se creó la Diócesis de Nueva Pamplona, confirmada el 25 de septiembre de 1835 por la bula *Coelstem agricolam* del papa Gregorio XVI. Este nuevo obispado se formó con territorio desmembrado de la arquidiócesis de Santa Fe de la cual quedó como sufragáneo limitando con el de Mérida. Es la primera diócesis creada en Colombia después y de la independencia, y fue fundamental para fijar los límites entre Colombia y Venezuela en esa frontera al hacer la delimitación definitiva de las diócesis de Mérida y Pamplona.

El 21 de noviembre de 1836 el Sumo Pontífice nombró como primer obispo de Pamplona a Monseñor José Jorge Torres Stans, quien era viudo para ese momento, y se afirma que en las ausencias del Prelado sus hijos utilizaban el palacio episcopal para ruidosas fiestas. El obispo Torres Stans fundó el seminario de Pamplona y, aunque no hablaba Latín, asistió en Roma a un sínodo. En 1852 fue desterrado de

Colombia y confinado en San Antonio del Táchira con otros tres preladados, donde falleció el 19 de abril de 1853.

Cuando el director del Museo ordenaba una de las gavetas del escritorio de la Dirección halló una pequeña caja de cartón que contenía una bolsa plástica con unos granos como de gruesa arena de color ámbar. Extrañado por aquel hallazgo comprobó con antiguos empleados que se trataba de una porción de las cenizas funerarias del maestro Eduardo Ramírez Villamizar que, en su mayor parte, habían sido enterradas bajo el antiguo magnolio del patio, - como él había pedido - dentro de la escultura circular que fabricó para el efecto la artista Edelmira Boller.

Corría el mes de diciembre de 2012 cuando aparecieron las cenizas, y el director decidió hacer una ceremonia íntima con los empleados y varios asiduos visitantes del Museo para esparcirlas al pie del magnolio haciendo un homenaje al Maestro Ramírez Villamizar, su creador y permanente mecenas. Desde entonces parece que el magnolio florece constantemente y llena de suave aroma todas las estancias de la casona.

Eduardo Ramírez Villamizar era oriundo de Pamplona, su pequeña población conventual poblada de estudiantes que impone una marca tradicionalista a sus habitantes por la existencia de instituciones que sobreviven desde la época colonial. Allí pasó, él, sus años de infancia.

Los antepasados del maestro tenían, como muchos viejos lugareños, fuertes caracteres. Su abuelo materno, Justo Villamizar, había sido un hombre rico, pero como secuela de las guerras civiles del siglo XIX se había arruinado y quedó con cuantiosas deudas. Tomó la drástica decisión de pagar con su trabajo hasta el último centavo, y mientras eso no ocurriera calzaría alpargatas de lona. Por eso, durante largos años, los pamploneses vieron a don Justo andar con las impecables alpargatas blancas hasta el final de sus días.

Eduardo Ramírez Villamizar era hijo de Jesús Ramírez Castro, proveniente de Villa del Rosario de Cúcuta, y de Adela Villamizar Cote, pamplonesa raigal y pariente cercana del gran poeta pamplonés Eduardo Cote Lamus. El padre era un orfebre que trabajaba con exquisitez la plata y fue el maestro de todos los plateros de Pamplona de quienes, todavía, hijos y nietos conservan los talleres.

Si bien Eduardo Ramírez Villamizar había alcanzado una avanzada edad, estaba en la plenitud de su capacidad productiva y era dueño de todas sus facultades mentales y físicas cuando lo sorprendió el ataque cardíaco que lo hirió de muerte.

Era admirable verlo producir todos los días nuevas formas y hacer nuevos hallazgos en su estética rigurosa. En los días anteriores a la ocurrencia de su muerte estaba feliz porque vivía una especie de eclosión de su imaginación, y de sus manos prodigiosas surgían bocetos y maquetas que se convertían en esculturas de metal o de madera, limpias, puras, casi perfectas. ¡Perfectas!, hubiera corregido él echando mano a su fama de malgeniado que adobaba con una secreta complacencia.

Detrás de su prestigio había un hombre sencillo y tímido; terco, a su vez, cualidad que le había permitido sobreponerse a la fuerza del tradicionalismo de su entorno infantil, pero, también desplegar con creces la vena estética y artesanal de su padre. Ramírez Villamizar también era un orfebre.

Cuando iba con su madre a los oficios religiosos admiraba el enorme retablo mayor de la Catedral de Santa Clara que él, en su imaginación infantil, creía que era de oro macizo lo que debió influir en su alma de artista. Pero, un día que tuvo que ir a la sacristía con algún recado para el sacerdote y, con decepción, vio que el respaldo del retablo era una tosca armazón de envejecidas maderas. El dorado frontal era apenas una cobertura de pan de oro.

Su casa era una construcción modesta, rica en jardines y prados en los cuales ocupaba sus ratos de descanso que no eran muchos. Trabajaba muchas horas al día y luchaba con las formas, las sombras y los colores a los que fue derrotando hasta construir una obra depurada, coherente, y original. Es difícil encontrar una obra escultórica de igual armonía y pureza, fruto del esfuerzo disciplinado de un hombre que dedicó toda su austera vida al arte.

Ramírez Villamizar tenía entre sus mayores afectos el Museo de Arte Moderno que levantó en Pamplona gracias a la ayuda de amigos suyos como los ex presidentes Virgilio Barco y Belisario Betancur; el ex gobernador Leon Colmenares y Augusto Ramírez Villamizar, su primo.

En esa casa descansan sus cenizas porque allí está el recuento más tangible de su vida y a donde quiso que llegaran las obras que más amaba ¡Qué sitio más bello puede haber para su recuerdo que la sombra del inmenso magnolio que él amó y cuidó con esmero!

Cerca de su muerte tenía ya ochenta años, pero revelaba una edad mucho menor porque era un trabajador incansable y un hombre disciplinado. Después de muchos esfuerzos de búsqueda había encontrado la figura geométrica del rombo como la base de su estética, y a partir de ese hallazgo los utilizaba de varias maneras para idear las formas más diversas.

Su mayor lujo era el jardín, adornado con numerosas esculturas oxidadas con la paciencia de los sietecueros y los saúcos que crecían a su alrededor. Y, aunque era un renombrado artista, su forma de vida era sencilla y no demostraba vanidad alguna. Vivía modestamente, comía con frugalidad y todo a su alrededor estaba revestido de su estilo sobrio.

Tenía, el maestro, un mecanismo de defensa para impedir que alguien invadiera los dominios de su timidez, y era posar de enfadado. Era tan evidente su estrategia que, cuando su actitud no asustaba, pretendía lograrlo con sus propias palabras:

-No me contraríe porque me pongo furioso- decía en esas ocasiones.

Nunca se casó. En los últimos años vivía acompañado por una empleada y su pequeño hijo que atendían las labores domésticas. Era, esa, su familia íntima, y él se comportaba como padre y abuelo: Regañaba por el desorden y los olvidos; consentía al pequeño a quien le fabricaba juguetes de cartón que éste despedazaba sin entender lo valiosos que podrían ser, y compartía los viajes a su pequeña propiedad rural ubicada en La Vega, agradable población de clima medio.

Murió serenamente y, hoy, parece vivo en su museo, en sus cenizas cobijadas por la sombra familiar del magnolio del patio, en las formas geniales de su pintura, en las luces y sombras de sus relieves y esculturas que perviven como la herencia a su ciudad que quiso enriquecer con lo mejor de su obra.

Portilla se recluyó en su pequeña habitación amoblada con un camastrón cubierto de varios colchones superpuestos, apelmazados con el correr de los años, las depresiones sobrellevadas bajo las mantas espesas y el ajetreo de los amores furtivos que pasaron por allí de vez en cuando. En un clavo oxidado cuelga la chaqueta de lujo que usa en sus días especiales, y debajo del catre, en un desorden de años, están las caricaturas, los bocetos, los óleos y las acuarelas que pintó al vaivén de sus corazonadas que siempre le llegaron a destiempo. Estaba muy enfermo.

En ese tiempo conservaba algunos amigos que lo visitaban de vez en cuando, le llevaban algunos alimentos y le compraban los medicamentos que le recetaban en el centro de salud. Pasaba los días entre las brumas de sus recuerdos imprecisos, los dolores que le producía su dolencia incurable y el temor recóndito a la muerte.

Meneses también lo visitaba. Su permanencia frente al enfermo era casi muda con, apenas, un parco saludo, un monosílabo de agradecimiento y unas despedidas frías. Pero esas visitas eran frecuentes y demostraban que ambos se tenían un afecto que eran incapaces de expresar. Un día Meneses le llevó un legajo con numerosas poesías escritas por él, entre las cuales había varias dedicadas a Portilla. El enfermo las hojeó, se conmovió hasta las lágrimas, y sin decir palabra alguna tomó las manos de Meneses con una fuerza que era como el despojo de su pérdida energía que lo había llevado a ser irreverente, pendenciero y creador.

En una ocasión en que estaban solos Portilla y Meneses llegó al cuchitril un hombre de buena figura, los saludó con entrañable cortesía y se sentó en la orilla del camastrón. Ninguno de ellos sabía de quién se trataba. El visitante comenzó por relatar episodios de su vida, primero en Pamplona y, luego, en diversos lugares a donde había viajado por motivo de negocios o porque, simplemente, quería cambiar de residencia. Su tono era sereno, amable y desenfadado.

-Vine a Pamplona porque supe que Portilla está muy enfermo y no podía dejar pasar este momento sin confesarles a los dos algo que, cobardemente, me reservé todo el tiempo: Ustedes dos son hermanos y son mis hijos que abandoné con una irresponsabilidad imperdonable. Hoy quiero hacer lo que esté a mi alcance para ayudarlos. No soy un hombre rico, pero pueden contar conmigo.

Portilla se fue extinguiendo lentamente sin angustia, sin dolores y murió el día siguiente con una expresión de paz. Todos los servicios funerarios estaban pagados de antemano por el inesperado visitante, y en la sala de velación sólo permanecieron todo el tiempo Meneses y su padre.

Fueron pocos los visitantes que se acercaron a despedir al artista. Era incomprensible que aquella estancia permaneciera casi solitaria con el féretro de quien había vivido casi siempre en Pamplona y había plasmado en sus caricaturas los momentos más sobresalientes de aquella sociedad ingrata.

Antes de que se cerrara la sala de velación sólo estaban Meneses y su padre frente al ataúd alumbrado con un titilante cirio solitario y adornado con las escasas flores que algunos amigos llevaron. A las ocho de la noche en punto se cerraron las

puertas y, hasta su entierro, allí debía permanecer el cuerpo de Portilla en la desierta penumbra que rodea a la muerte. Era el final de una vida plenamente vivida.

Los dos únicos deudos que permanecieron hasta ese momento se despidieron con un abrazo prolongado. Meneses caminó pensativo entre la espesa neblina vespertina hasta el templete del parque principal, y frente a la placa que conmemoró el paro cívico en que fueron protagonistas él y Portilla se quedó largo tiempo releiendo la inscripción

*Recuerdo
del Primer Paro Cívico
del pueblo pamplonés.
1962 mayo 21,22 y 23*

COLOFÓN

Después de la muerte del gran escultor Eduardo Ramírez Villamizar, por una afortunada casualidad fui designado director del Museo de Arte Moderno que él creo para legar a Pamplona lo mejor de su obra en una exposición retrospectiva de un valor artístico inconmensurable, y para dotar a la ciudad de un gran centro cultural

Mi paso por el Museo ha sido una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Aunque yo había vivido mi infancia y mi juventud en Pamplona, y más tarde ejercí algunos empleos en mi Departamento y en mi Ciudad, fue desde esta actividad cultural donde logré apreciar mejor a mi ciudad; compartir con sus artistas e intelectuales sus formidables valores y mirar con desconsuelo cómo el mazo indolente va destruyendo lo poco que queda de su valiosa arquitectura. Alguien afirmó con pesar: ¡Pamplona ya no se puede reconstruir, hay que hacerla de nuevo!

Entre los muchos artistas con los que departí, dos de ellos se convirtieron en confidentes permanentes de sus afanes y alegrías, de sus anhelos íntimos, de sus desmedidas ambiciones porque superan el cerco montañoso en el que se vive allí lentamente.

Quiero hacer un homenaje a Juan Parra, caricaturista y pintor de fina plumilla, y a Carlos Mariño compositor de música, panfletista, escritor incansable que tristemente se nos murió un día inesperado, quienes hubieran podido ser protagonistas de alguna gran novela. Con gratitud transcribo pensamientos de cada uno de ellos, que sirven de colofón a estas páginas escritas filialmente.

*“Por la rendija penetra un rayo de
luz como afiliado cuchillo
robándome un pedazo de eternidad”*

Juan Parra

*“La soledad es la compañía
de la inteligencia creativa
en la ciencia, la tecnología y el Arte”*
Carlos Mariño

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA MOHALEM José de Jesús. *“Historia de la Iglesia en Pamplona. Siglos XVI, XVII y XVIII”*. Edición Litoflórez. 2000. Pamplona

ANGEL Rafael Eduardo *“Los Comuneros de Pamplona. 1781”* Instituto de Investigaciones Culturales y Científicas. 2003. San José de Cúcuta

BOHORQUEZ CASALLAS Luis A. *“Breve Biografía de Bolívar”* Gráficas Margal Ltda. 1980. Bogotá

CONSTITUION DE LA REPUBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA. Talleres Gráficos de la Asamblea Nacional. Septiembre de 2005. Caracas.

CONSALVI Simón Alberto. *“Juan Vicente Gómez”*. C.A. Editora El Nacional. 2007. Caracas

DEL CAMPO Luis. *“PEDRO DE URSUA. Conquistador español del siglo XVI”* Editorial La Acción Social. 1970. Pamplona (Navarra).

DUQUE ESCOBAR Iván. *“Bolívar. Una visión dispersa”*. Editor Hubert Ariza. 2000. Bogotá.

ERIZALDE Rosa Myriam y **BÁEZ** Luis. *“Chávez Nuestro”*. Casa Editorial Abril. Ciudad de. 2004? La Habana, Cuba

FARIA J. Rafael *“DE MI HUERTO. Poesías”*. Segunda edición. Imprenta de la Arquidiócesis. 1956. Pamplona.

FEBRES-CORDERO Luis. *“Del Antiguo Cúcuta. Datos y apuntamientos para su historia”*. Biblioteca del Banco Popular. 1975. Bogotá.

GARCIA PONCE Antonio. *“Cipriano Castro”*. Biblioteca Biográfica Venezolana. C.A. Editorial El Nacional. 2006. Caracas

MATOS-HURTADO Belisario. *“Fechos e Subcesos de la mía Ciubdad.”* Editorial Gómez y Páez. 1948. Bucaramanga.

MONDOLFI GUDAT Fernando. *“JOSÉ TOMÁS BOVES”*. Biblioteca Biográfica Venezolana. C.A. Editora El Nacional. Abril de 2005. Caracas.

MORENO DE ANGEL Pilar. *“SANTANDER Biografía”*. Planeta Colombiana Editorial S.A. 1989. Bogotá

OLAVARRÍA, Jorge. “*GÓMEZ UN ENIGMA HISTÓRICO*”. Fundación Olavarría. 2007. Caracas

OTALVARO Edgar C. “*RAIMUNDO ANDUEZA PALACIO*”. Biblioteca Biográfica Venezolana. C.A. Editorial El Nacional. 2006. Caracas

PAREDES Antonio. “*Cómo llegó Cipriano Castro al Poder*”. C.A. Tipografía Garrido. 1954. Caracas

PICÓN SALAS Mariano. “*LOS DÍAS DE CIPRIANO CASTRO*”. Ediciones Garrido. 1953. Caracas

POLANCO ALCÁNTARA Tomás. “*JUAN VICENTE GÓMEZ, Aproximación a una Biografía*”. Morales y Torres Editores S.L. 2004. Barcelona. (España)

RIOS Juvenal. “*Reseña Histórica del COLEGIO PROVINCIAL de San José de Pamplona. 1816 – 1966*”. Imprenta Departamental 1966. Cúcuta.

ROCHEREAU Enrique. “*PAMPLONA. Descripción, tradiciones y leyendas. Historia.*”. Imprenta de la Diócesis. 1911. Pamplona

SÁNCHEZ MENDOZA, Alirio. “*JOSÉ ANTONIO ANZOÁTEGUI. La muerte del héroe*”. Sic Editorial. 2008. Bucaramanga.

URIBE RUEDA, Álvaro. “*La otra cara de la Luna*”. Ediciones Uniandes. Impresión: Editorial Kimpres. 2014. Bogotá.

VELÁSQUEZ Ramón J. “*LA CAÍDA DEL LIBERALISMO AMARILLO*” Editorial Norma. 2005. Caracas